LATINOAMERICA, S. XIX

VIOLENCIA, SUBDESARROLLO Y DEPENDENCIA

Miquel Izard

HISTORIA UNIVERSAL 6 CONTEMPORANEA

EDITORIAL SINTESIS

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos, en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos, y no comerciales

CONSEJO EDITOR:

- Director de la colección: DOMINGO PLÁCIDO SUÁREZ

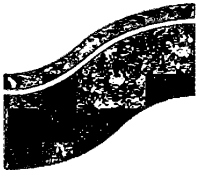
- Coordinadores:
  - Prehistoria: MANUEL FERNÁNDEZ-MIRANDA
  - Historia Antigua: JAVIER ALVAR EZQUERRA
  - Historia Medieval: JAVIER FACI LACASTA
  - Historia Moderna: M.ª VICTORIA LÓPEZ CORDÓN
  - Historia Contemporánea: ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA
    ROSARIO DE LA TORRE DEL RÍO

HISTORIA UNIVERSAL

CONTEMPORANEA

AMÉRICA LATINA, SIGLO XIX
VIOLENCIA, SUBDESARROLLO Y DEPENDENCIA

Miquel Izard



EDITORIAL
SINTESIS

Diseño de cubierta: Juan José Vázquez

© Miquel Izard Llorens

© EDITORIAL SINTESIS, S. A.
Vallehermoso, 32-4.º A Izq.
28015 Madrid
Teléf. (91) 593 20 98

ISBN: 84-7738-087-2
Depósito legal: M. 14.106-1990

Fotocompuesto en MonoComp, S. A.
Impreso en Lavel, S. A.
Impreso en España - Printed in Spain

Índice

1. El laboratorio que fueron las Indias **7**
Cronología 12

2. La independencia: insurgencias populares y secesionismo oligárquico **17**
2.1. Desbarajuste general 17
2.2. Enmascaramiento de la historia oficial 18
2.3. El discurso heroico 21
2.4. El juego de los disparates 26
2.5. Acontecimientos 28

3. Dependencia y subdesarrollo **37**
3.1. Estructuración de sociedades periféricas 37
3.2. Planteamientos teóricos 41
3.3. Inversiones financieras 46
3.4. Un progreso sin mañana 49

4. Liberales *vs.* conservadores **51**
4.1. Herencia de la guerra 51
4.2. Liberales 54
4.3. Conservadores 57
4.4. De los masones a los científicos y cien años de violencia 59
4.5. Los oligarcas que no temblaron 62
4.6. Los leones y la historia 64

5. Violencia y represión **73**
5.1. Herencia colonial 73
5.2. Papel de las fuerzas armadas 75
5.3. Intervenciones externas 78
5.4. Guerras fratricidas 81

6. Gente y sociedad **83**
6.1. De la hecatombe a la explosión demográfica 83
6.2. Crisis del cambio de siglo 84
6.3. Gobernar es poblar 87
6.4. Persistencia de rasgos antiguos 92
6.5. Sociedad 96

7. Actividades e intercambios **101**
7.1. Explotación de la tierra 102
7.2. Caso del café 108
7.3. Comercialización 111

8. Etnias, pueblos, naciones y estados **115**
8.1. Los que ya estaban allí 115
8.2. Implantación del estado liberal 120
8.3. En las estribaciones 124

9. Gente de a caballo **127**
9.1. Señores y guerreros 127
9.2. El Llano, los llaneros y su cultura 130
9.3. Sin más patria que la tierra que pisaban sus caballos. 135

10. Saber, conocimiento, creación y entretenimiento **145**
10.1. Cultura liberal 146
10.2. Cultura nostálgica conservadora 149
10.3. Cultura de masas 150
10.4. Cultura resistente 150
10.5. Nacionalismo 153
10.6. Organización del estado 155

11. Azúcar y abolición **157**
11.1. Los retales del imperio 157
11.2. Rebeliones y luchas 159
11.3. Azúcar amargo 163

12. Apéndice **165**

Bibliografía **173**

1.

El laboratorio que fueron las Indias

En territorio americano, como en otras latitudes, y durante cientos de miles de años, la gente vivió de la caza, la pesca y la recolección y, en circunstancias especiales, pudo recurrir a la agricultura, alternativa conocida pero poco utilizada. Los miembros de estas sociedades *autosuficientes* conseguían lo imprescindible mediante mecanismos que consideraban juego, distracción o habilidad, obteniendo, a la vez, alimentos, objetos manufacturados y placer, pero jamás beneficio o rendimientos materiales. Son las que el antropólogo venezolano Esteban Emilio Mosonyi prefiere llamar sociedades *no conflictivas*.

Por causas que se nos escapan, algunos pueblos se vieron obligados (o quizás lo decidieron) a dedicarse más intensivamente a la agricultura, lo que estaba preñado de futuras consecuencias. Si se invertía en esta actividad más tiempo del estrictamente necesario, se producía un excedente almacenable, por encima de lo imprescindible para subsistir y alguien podía intentar apropiárselo, provocando una situación injusta que, para perpetuarla, exigiría un aparato represivo degenerando, a su vez, en nuevas coerciones para obligar a las gentes a incrementar la producción, lo que conduciría hacia una espiral viciosa, sin retorno.

La presión occidental sobre América abrió una nueva etapa que se prolongaría hasta, aproximadamente, mediados del siglo XVIII. La posibilidad de someter coercitivamente a diversos grupos de pobladores sobre enormes territorios, la organización de un colonialismo a escala

continental por primera vez en la historia de la humanidad, los ensayos para conseguir compulsivamente incrementos de productividad y de consumo, llevaron a los ocupantes occidentales a ir elaborando un complejo sistema coactivo basado en la violencia material e ideológica, el racismo en sus diversas formas, la mitificación del pasado, el menosprecio de otras culturas y, en definitiva, una creciente incapacidad para entender el funcionamiento de otras sociedades diferentes.

La violencia física de la conquista y los primeros intentos de excedentarización fueron tan bruscos, alienantes e insoportables para los indígenas que provocaron desde el primer momento respuestas extremas. Negativas (como los suicidios colectivos, los infanticidios sistemáticos o el abuso del alcohol), pero también activas. Por todo el continente se reunían en palenques los refractarios y en muchas regiones —de la mayoría de las cuales no queda ya ni el recurdo— miles de fugitivos organizaron lo que se ha dado en llamar sociedades *cimarronas*. En Puerto Rico y otras Antillas, en el oeste de los actuales Estados Unidos y en el norte de la Nueva España, en el Llano, la Amazonía, la Pampa o la Araucania, aborígenes autóctonos aceptaron a otros aborígenes que huían de la invasión occidental y, más tarde recibieron a esclavos que no querían serlo, mulatos, indios o mestizos que no aceptaban la nueva cultura, así como a blancos refractarios. Todas estas gentes crearon nuevas *naciones* en las que la mezcla étnica y cultural fue total (hasta la desaparición de las distintas etnias originarias), naciones abiertas, que sincretizaban constantemente (sin ortodoxia alguna) las aportaciones de los recién llegados, resistentes, sus miembros tenían en común el rechazo al experimento y a la imposición, y alternativas, pues reinventaban una sociedad autosuficiente diferente.

A otro nivel bien distinto, la oferta (*plata* primero y, posteriormente, *coloniales*) y la demanda indianas (desde manufacturados europeos a esclavos africanos o naves para el comercio atlántico) fueron elementos esenciales en la decisiva transición de una sociedad a otra. La segunda de ellas despegó a lo largo del siglo XVIII con un programa que durante aquella centuria se conoció con el nombre de «ilustrado», para pasar a calificarse de «liberal» desde principios del siglo XIX.

Para organizar definitivamente la sociedad *excedentaria, burguesa, liberal* o *capitalista* (según denominaciones equivalentes), los futuros beneficiarios y sus mensajeros debían, necesaria e imprescindiblemente, provocar la descomposión de la trama mediante la cual funcionaba la sociedad anterior, trama que servía a aquéllos para conseguir todos los elementos que constituían su identidad, satisfacer los objetivos que el grupo había escogido para existir y defenderse de los

ataques desde el exterior. Durante el llamado período colonial, en el laboratorio que fueron las Indias, los colonialistas habían descubierto esta necesidad ineludible de destruir la *cultura*, en el sentido más amplio del término, de los que iban a ser explotados.

Distinto es el conjunto de medidas que podríamos llamar «ilustrado» o «liberal». A nivel material, todas las reformas propuestas giraban alrededor de un eje: el tránsito del *abastecimiento* a la *producción*, asunto en el que estaban absolutamente de acuerdo todos quienes querían y pensaban beneficiarse del cambio; se trataba de liquidar los últimos restos de la trama autosuficiente, acabar con el usufructo comunal de las tierras, las praderas y los bosques (en las Indias, esencialmente los llamados «resguardos»), donde podían obtener lo necesario para sobrevivir, permaneciendo así bien poco vulnerables y apenas dependientes. Con estos cambios los naturales se verían obligados a convertirse en *trabajadores*, muy vulnerables ahora ya, pues si no podían trabajar no podían comer, y, posiblemente, se convertirían también en compradores. El programa implicaba además la *desamortización*, para liquidar los vestigios de las tierras no privadas, permitir la construcción de redes de transporte y el drenaje de la producción autóctona, y asegurar la entrada de productos industriales, procedentes de la periferia local o del todo forasteros. Un desarme *arancelario*, para derribar las viejas trabas aduaneras impuestas por el mercantilismo, que congestionaban entradas y salidas, completaba el proyecto transformador.

En conjunto, se trataba de imponer la *nueva* cultura, sin la que habría sido impensable e imposible el triunfo de la Buena Nueva que, necesariamente, habría de ser inculcada a los indígenas. Además del excedentarismo, imponer necesariamente una religión, en esencia represiva que, entre otras cosas, servía para justificar los castigos impuestos a los contestatarios, aferrados a su vez a un *panteísmo* ecologista que pretendía conseguir la satisfacción a través de los placeres sensuales. Una moral nueva, la occidental, que habla de las excelencias del crecimiento *material*, del triunfo y del éxito *individuales*, de *una sola* idea válida de *progreso*, o de los *beneficios* del ahorro y de la laboriosidad, frente a una moral coherente, basada en la solidaridad, la reciprocidad y la cooperación.

El ocio, que era en aquellas comunidades participativo y variado, se vio convertido en una mercancía de consumo para continuar la tarea desarticuladora iniciada en la familia y en la escuela. La culminación vendría cuando, en pleno siglo XIX, se instaura, falsamente, el engaño del *parlamentarismo* como única forma posible de gobierno democrático.

La organización definitiva de esta sociedad excedentaria provocó,

lógicamente, el tenaz rechazo de los futuros perjudicados, al menos desde la segunda mitad del siglo XVIII y, más decididamente, desde principios del XIX. Los terrenos quedaron entonces bien delimitados: la inmensa mayoría se opuso, firme y radicalmente, a las transformaciones; los futuros beneficiarios y sus apóstoles tampoco titubearon y el número de los indiferentes fue menospreciable.

Concretamente en las Indias los rechazos mencionados fueron incontables y se dieron por todas partes, desde la rebelión de Tupac Amaru hasta la insurgencia de los comuneros del Socorro, desde insubordinaciones de las esclavitudes hasta el enardecimiento de las sociedades cimarronas.

Los resultados de los experimentos efectuados en el laboratorio indiano fueron elemento importante en la ideologización imprescindible para la consolidación del nuevo proyecto. Esta ideologización, en líneas generales podríamos llamarla *ilustrada* (sería imposible ahora entrar en detalles y especificar diferencias que son muy notables), y fue elaborada esencial (pero no exclusivamente) en Europa, aunque también cruzó el Atlántico, en naves metropolitanas o de otros países. Hacia finales de siglo, la Ilustración se bifurcó y generó una serie de hijuelas. Lo que más tarde se daría en llamar *liberalismo*, la opción *radical* y el *conservadurismo*, o versión moderada. A esta escisión, precipitada en buena parte por la revolución francesa, deberíamos añadir el capítulo de los nostálgicos, los que inventandose (y exigiendo) un pasado que jamás existió conformaban el grupo *reaccionario*. La primera de estas corrientes, el liberalismo, habría iluminado la actitud de los comerciantes y terratenientes de las Trece Colonias en su enfrentamiento con Londres, y pudo ser un modelo a tener en cuenta por los notables de otras colonias si llegaban a situaciones límite.

Las nuevas ideas también habrían producido una variante que deberíamos llamar «revolucionaria». La mayoría de los filósofos sólo pretendían *perfeccionar* la sociedad excedentaria y contrarrestar la insurgencia de los que la rechazaban, pero hubo un número estimable de quienes —no aceptando los resultados del proceso de excedentarización— proponían la organización de una «nueva» sociedad, radicalmente distinta de la que se estaba engendrando en Europa o en las Indias. Rousseau, Voltaire, etc., habrían iluminado una etapa bien concreta de lo que todavía demasiados llaman la revolución francesa en singular, y provocado una brutal confusión, la revuelta de esclavos de Saint Domingue, algunas revueltas indianas, de las que la historiografía escrita por los vencedores ha borrado incluso la memoria, o al menos las ha enmascarado y desdibujado (Piar, quizás, en Venezuela, Morelos en Nueva España o Carrera en Chile).

Por otra parte, muchas insurgencias de las clases subalternas habrían confluido seguramente con esta propuesta revolucionaria de haber sabido de ella, aunque tampoco la necesitaban, pues les bastaba proclamar el retorno a su pasado comunitario, que conocían bien porque de él conservaban excelente recuerdo; la memoria era, muy posiblemente, lo único que no habían perdido.

	Virreinato Nueva España	*Virreinato Nueva Granada*	*Virreinato Perú*	*Virreinato La Plata*
1803	Francia recupera Louisiana y la cede a USA.			
1804	Independencia de Haití.			
1806		Fracaso de Miranda en Venezuela.		
1807				Gran Bretaña fracasa en sus ataques a Buenos Aires.
1808	Las oligarquías indianas rechazan abiertamente a José Bonaparte como rey.			
1810	Insurgencia popular de Hidalgo.	Juntas en favor de Fernando VII.		Junta en favor de Fernando VII.
1811	Hidalgo fusilado.	Venezuela proclama su independencia.		
1813	Insurgencia dirigida por Morelos.			
1815	Morelos ejecutado.	Reconquista ejército Morillo.	Insurgencia aborígenes.	
1816				Argentina independiente.
1818			Chile independiente (San Martín).	Belgrano quiere reconstruir el imperio inca.
1819		Bolívar vence en Boyacá.		
1821	Independencia y Plan de Iguala.	Bolívar vence en Carabobo.	Perú independiente (San Martín).	
1822	Iturbide emperador			
1823	México, república federal.			

	Virreinato Nueva España	*Virreinato Nueva Granada*	*Virreinato Perú*	*Virreinato La Plata*
1824			Victoria secesionista, Ayacucho. Liquidación propiedad comunal.	
1825				Alto Perú deviene Bolivia.
1826	Bolívar reúne Congreso Anfictiónico en Panamá. Fracaso intento federación.			
1828				Uruguay (Banda Oriental) independiente.
1829	Fracasa reconquista hispana.			Dictad. de Rosas → 1852.
1830		Desmembración Rep. Colombia.		
1835	Texas se separa de México.			
1837	USA reconoce independencia de Texas.			
1839		Colombia guerra civil → 1842.		
1840			Perú inicia exportación guano.	
1842				Paraguay proclama la independencia.
1846	USA invade México y llega hasta su capital. Sublevación mayas.			
1848	México cede medio territorio a USA.			

	Virreinato Nueva España	*Virreinato Nueva Granada*	*Virreinato Perú*	*Virreinato La Plata*
1849		Gobierno adopta medidas radicales.	Llegada colis → 1873.	
1853				Arg., constituc. federal.
1854			Perú: Castilla programa liberal.	
1855	México: Juárez programa liberal.			
1857	Federalismo y desamortización.			
1859		Venezuela: guerra federal → 1861.	Chile: levantamiento araucano.	
1861	España interviene en Sto. Domingo.	Ecuador: dictad. G. Moreno.		
1862	Gran Bretaña y Francia invaden México. Francia se queda.			Arg., estabilidad liberal.
1864	Llega Maximiliano, emperador.			
1865	Maximiliano: sigue programa liberal.		Armada de España ataca Chile/Perú.	Guerra del Paraguay → 1870.
1866	Franceses salen de Méx.			Bolivia indios expulsados de sus tierras.
1867	Maximiliano derrocado y ejecutado.			
1868	Cuba: 1.ª guerra de independencia → 1878.			

	Virreinato Nueva España	*Virreinato Nueva Granada*	*Virreinato Perú*	*Virreinato La Plata*
1873	Méx.: Reforma incorporada a la Constitución.			
1876	México: Gobierno Porfirio Díaz → 1910.	Colombia: recrudece la guerra civil.		Arg., 1.ª export. carne congelada.
1879			Guerra del Pacífico. Chile *vs.* Perú y Bolivia → 1883.	Arg., conquista Patagonia.
1881				Bolivia, supresión tributo indígena.
1883	Méx.: Leyes de colonización baldíos (desposesión campesinos).			
1889	Primera conferencia Panamericana, Washington.			
1890	Méx.: grandes inversiones USA.			Arg., nace el partido radical.
1891			Chile: caída y suicidio de Balmaceda.	
1895	Cuba: empieza guerra independencia.			
1898	Cuba: EE.UU. declara la guerra a España. Tratado París: EE.UU. se anexa Pto. Rico y tutela Cuba.			
1899	UFCO en Costa Rica y resto área intervenciones EE.UU. en la zona.	Colombia: guerra civil de los mil días → 1902.		Bol., liberales al poder.

2.

La independencia: Insurgencias populares y secesionismo oligárquico

2.1. Desbarajuste general

A finales del período llamado *colonial* el panorama social de las Indias se había dislocado totalmente, debido a las consecuencias inmediatas del avance capitalista. Insurgencias o revueltas de los rurales de cada una de las etnias se detectaban en todas las regiones, creciendo cuantitativa y cualitativamente. Las sociedades cimarronas se expandían con la llegada de grandes cantidades de escurridizos que agigantaban el riesgo de desestabilización. Además, miles de personas, barridas por la transición (la desamortización, o medidas similares), expulsadas de las regiones en las que habían vivido por generaciones y generaciones, acabaron en las ciudades tras una diáspora más o menos larga, deviniendo lo que Torcuato S. Di Tella llama las *clases peligrosas*. Constituían bandadas de desarraigados, desaculturados y desesperados, porque los habían expulsado de su mundo sin que se les diera cabida en el que se estaba gestando, de modo que suponían un nuevo peligro de desestabilización para sociedades que ya eran de sí explosivas. Poco más tarde, a partir de 1808, los miembros de estas clases peligrosas pudieron, sin embargo, ser contratados por políticos y demagogos de todo tipo.

En el grupo social antagónico —el de los explotadores - mientras

en períodos anteriores no hubo discrepancias insalvables, a partir de 1789 se inició la escisión, que ya he mencionado, y que surcaría toda la época contemporánea. Los historiadores oficiales franceses pudieron enmascarar los acontecimientos, pero los coetáneos vieron claramente cómo el estallido popular del 14 de julio en París —el de los *sans-culottes* y los rurales que ya no soportaban la agresión— parecía hacer tambalear no sólo la viabilidad del proyecto de excedentarización, que llevaba ya décadas iniciado, sino también el propio andamiaje, llamémosle *feudal*, anterior.

Si los ilustrados no habían vacilado hasta este momento, a partir de 1789 el miedo a la revolución popular provocó la escisión mencionada, apareciendo, además de nostálgicos y revolucionarios, otras dos alternativas, la *liberal* y la *conservadora*. Ambas perseguían también la excedentarización, organizar una sociedad capitalista de trabajadores y consumidores, pero diferían en los métodos. Los liberales pensaban por ejemplo que el control social podía ejercerse desde las escuelas, para que la infancia interiorizara el nuevo discurso moral, que los rurales acabarían aceptando producir muy por encima de sus necesidades si se les convencía de que la tierra era suya, o que la gente acabaría tolerando un sistema, en principio insoportable, si se les conseguía convencer de que se lo habían otorgado a sí mismos por la vía del parlamentarismo. Contrariamente, los conservadores preferían a la Iglesia y al ejército como agentes de ese control, no veían viable (ni deseable) la llamada *reforma agraria* y temían que el parlamentarismo diera el poder a la inmensa mayoría, lo que podían aprovechar para gobernar en su propio beneficio.

En América la revolución francesa supuso la insurgencia total de los esclavos de la futura Haití, con lo que el miedo a la revolución se convirtió en terror pánico y los conservadores lo fueron incluso mucho más que los de Europa.

2.2. Enmascaramiento de la historia oficial

Guerras más o menos civiles de una violencia impactante, desmoronamiento de lo que se tenía por más sólido e incuestionable, sensación de desorden generalizado pudieron hacer pensar, en las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX, que el Viejo y el Nuevo Mundo eran sacudidos por un contagioso movimiento telúrico que afectaba a todos los estamentos. Los notables temían perder, parcial o totalmente, viejos privilegios económicos, sociales y jurídicos; había grupos interesados en ser los máximos beneficiarios de las transformaciones materiales y en hacerse con las mayores parcelas posibles de estos nuevos

privilegios; las clases subalternas, a su vez, respondían con una insurgencia creciente a los impactos de una mutación antagónica a sus aspiraciones.

Pienso que este desorden generalizado obedecía a una causa común y sospecho que ésta fue la mencionada *transición final* de la sociedad autosuficiente a la excedentaria, lo que otros llaman, y no me parece correcto, *transición del feudalismo al capitalismo*.

En Europa, los propagandistas y futuros beneficiarios del proceso, al mismo tiempo que se inventaban las *nacionalidades*, debieron encomendar a la historia oficial el demostrar, por una parte, el pedigree del proyecto, supuestamente común a todas las clases, y, por otra, la antigüedad de las peculiaridades culturales que conformaban la moral burguesa.

En las Indias, dado el cariz y la vehemencia del rechazo popular a la revolución liberal, hubo que camuflarlo, al igual que ocurrió en la metrópoli española, bajo la forma de guerra por la independencia. Ello supuso inventarse un aplastante conjunto de inexactitudes sobre el período colonial, si bien impidió afirmar que la *nacionalidad* venía de la noche de los tiempos; en todo caso no podía atribuírsele más de trescientos años, pues de lo contrario se habría originado antes de la irrupción europea y habría sido meramente aborigen. Se pergeñó una nacionalidad surgida, abruptamente, a lo largo de la gesta emancipadora; de aquí, en parte, la mitificación esperpéntica del período y el necesario papel de eje generador atribuido al héroe nacional.

La historia oficial realiza, indistintamente y a la vez, dos tareas diferentes de distorsión y escamoteo. Según la venezolana, a mediados de 1808, se desconoció al capitán general y creó una Junta defensora de los derechos de Fernando VII, intento que habrían frustrado las autoridades y apenas se menciona nada más hasta el 19 de abril de 1810, cuando la oligarquía de la capital organizó una nueva Junta como la de 1808, desconoció al capital general, al que se tenía por partidario de Napoleón (quien lo habría nombrado personalmente), y también desconoció a la Regencia metropolitana.

Diremos, como ejemplo, que la historia oficial venezolana ha escamoteado sistemáticamente el «público regocijo de Caracas por la feliz instalación de la Suprema Junta Central», a pesar de que la información al respecto está al alcance de cualquiera en el archivo del Concejo Municipal de Caracas.

El 23 de enero de 1809 hacían los munícipes relación de este jubileo por la instalación, recordando previamente que era Caracas «representante de un pueblo [en el léxico de la época pueblo significaba el conjunto de los propietarios] que sobre el glorioso blasón de su antigua y acendrada fidelidad ha tenido en el Nuevo Mundo la dicha de jurar el

primero, a impulsos de su heroica lealtad, vencer o morir por su legítimo y desgraciado soberano el señor don Fernando VII». Añadían los del ayuntamiento que con la instalación de la Junta, «cesarían ya todos nuestros temores [provocados por Napoleón], para dar lugar a las más lisonjeras y fundadas esperanzas; y vamos a ver desde luego vengado el trono, asegurada nuestra *independencia* y repuesta en su antiguo y propio estado de esplendor y poder la Nación más generosa del Universo».

El día 13 hubo repiques de campanas, por la noche, y en las dos siguientes, hubo iluminación general y se exhibió en público, desde el balcón del ayuntamiento, «con toda pompa y solemnidad, el Augusto retrato del más deseado de los Reyes»; además de otro retrato también iluminado en el cabildo eclesiástico. Actuó una orquesta de treinta profesores y se representaron tres dramas titulados «Restauración de España», «Batalla de Bailén» e «Ympersonal de Murat». El día 16 celebróse misa solemne y Te Deum y el 20 hubo rogativas públicas a Nuestra Señora del Carmen, en las que se le manifestó «el muy debido reconocimiento a su singular protección por tan particulares beneficios; implorándo[le] al mismo tiempo su maternal y poderoso auxilio, para que nos anticipe el venturoso día en que la Nacion, realizadas sus esperanzas, vea calmar las aflixiones que la cercan, con la restitucion de tan Augusto soberano».

La mencionada relación del 23 de enero concluía diciendo: «Así piensa la ciudad de Caracas, así se explican los leales corazones americanos, que a pesar del anchuroso oceano, que los separa, se sienten inflamados de aquel mismo fuego, en que arden sus hermanos de Europa; y así acreditan al orbe su ciega obediencia a cuanto tiene relación con la causa del soberano». Tres días mas tarde se decidio imprimir toda la pieza y publicar un bando, en la capital y en el resto de la provincia.

Quisiera insistir en dos casos más. Como mínimo hasta 1812, cada vez que se hablaba de dependencia o independencia se hacia en relación, no con la Metropoli, sino con la monarquía de Jose Bonaparte, puesto que las oligarquías indianas no querían ingresar subordinadamente al estado-nación-mercado que se estaba organizando desde París. Esto queda nitidamente transparente en los documentos oficiales de las Juntas creadas en todas las Indias, y las autoridades metropolitanas rechazadas y desobedecidas lo fueron, sin duda alguna, por afrancesadas y partidarias del proyecto napoleónico.

La segunda observación reside en el significado de la palabra *pueblo*. Ahora tiene un carácter bien general, y ya he señalado el restrictivo que tenía en la época. Así, pongo por caso, en el *Semanario de Caracas*, 23 y 30 de diciembre de 1810, se publicaba un texto esclarece-

dor: «Es una proposición generalmente admitida que la conservación de las propiedades fue uno de los principales motivos con que los hombres se unieron civilmente; con que establecieron leyes y fundaron estados. No hay nación, pues, sin propiedades, ni propiedades sin territorio. Esas bandas errantes de Scitas, Tártaros, Indios y de otros salvajes, que vuelan de una parte a otra, mudando fácilmente de habitación y morada, no pueden llamarse naciones porque no tienen territorio determinado, ni poseen sino lo que roban y consumen diariamente o les ofrece la suerte; ni necesitan de un sistema de leyes, porque no hay materias sobre qué formarlas [...]. Lo que se dice de la nación, debe aplicarse al individuo: sólo el que posee y reside puede llamarse ciudadano, y en los ciudadanos solamente reside la Soberanía de aquélla, porque son los que se interesan en su existencia, orden y prosperidad. Los no-propietarios limitadamente tienen un derecho a ser protegidos por el estado en razón de su obediencia a las leyes, y de su buena conducta, y una esperanza a participar de la Soberanía, cuando ayudados de su trabajo y de la fortuna, se coloquen en la clase de los propietarios [...]. Pretender que todos los habitantes tengan indistintamente igual influjo político en una nación es romper los resortes de la emulación y dar motivo a que el honrado y pacífico poseedor viva continuamente amenazado de los insultos y violencias del codicioso vagamundo, del ocioso atrevido y del malvado tunante [...] los no-propietarios, enemigos capitales del orden, porque en el trastorno y confusión hallan ganancia [...] nada tienen que perder, van siempre tras un héroe para poseer los despojos del tumulto. ¡Qué estragos no causaron los sans-culottes en Francia!».

La cita, un poco larga, y muchas más que podrían aportarse, pone en evidencia (lo que por otra parte es de una lógica aplastante) que el secesionismo criollo frente a París era oligárgico y elitista, también movido por miedo a las clases subalternas que, calificadas precisamente de *pueblo,* la historia oficial quiere vendernos fueron las grandes protagonistas, del brazo de sus explotadores, formando ambas un conjunto revolucionario que, por *nacionalista,* habría planeado por encima de los antagonismos de clase.

2.3. El discurso heroico

Esta propuesta es elemental, maniquea y simplista. Tras precedentes ensayos abortados (pueden buscarse incluso en las primeras décadas de la colonia), el *pueblo* se pronunció por la libertad y la independencia (el caso de México es grotesco), pues la vinculación con la Metrópoli era ya insoportable y suponía un obstáculo para el desarrollo

material. Momentáneamente —para no alarmar a un *populacho obcecado* (nueva categoría que no se explicita)— se crearon Juntas que se proclamaron defensoras de los derechos de Fernando VII. Más o menos tarde los amotinados dejaron de fingir y proclamaron la independencia *absoluta*, de la que habrían sido partidarios desde el primer momento.

Esta decisión habría enfrentado el rechazo de quienes se califican de españoles o «realistas», y degenerado en contiendas más o menos largas que surcan todo el período.

Al virreinato de la Nueva Granada —curiosamente cuando los realistas ya habrían recuperado las colonias— llegó el primer y único ejército expedicionario español, formado en buena parte por tropas cesantes tras la derrota de los ejércitos napoleónicos, y comandado por el general Morillo. Un año más tarde, Simón Bolívar protagonizaba un nuevo intento independentista con la ayuda de Alexandre Petion, presidente de Haití; el Libertador consiguió conectar con Piar (sus guerrillas actuaban en la Guayana) y con Páez, dirigente de los llaneros que, sin que exista para ello una explicación coherente, de realistas se convirtieron en *patriotas*.

Tras la conquista de Angostura, donde instalaron un aparato gubernamental, los patriotas, si bien conseguían controlar el interior del virreinato, fracasaban ante las tropas expedicionarias que señoreaban todo el norte y, por supuesto, las grandes ciudades. Bolívar, tras un golpe de audacia, cruzó los Andes y conquistó Bogotá.

A finales de 1820 se firmó un armisticio, que duró hasta abril siguiente, y el 24 de junio tuvo lugar la definitiva batalla de Carabobo. A continuación, el ejército patriota derrotó a los realistas en el resto de Venezuela, Nueva Granada y Quito.

En el sur, el impresionante ejército con el que San Martín liquidó al final los focos *realistas*, fue enviado más allá de las fronteras, para libertar Chile y el Perú, lo mismo ocurrió con el ejército bolivariano que, tras la renuncia de San Martín, acabó definitivamente con el imperio colonial español en la batalla de Ayacucho (1824).

Dada la complejidad de lo acontecido durante este período y el elevado porcentaje de analfabetos todavía vinculados a una narrativa oral, se esquematizó el discurso oficial independentista y se resumió en un solo personaje (o pocos más) que cumpliría una tarea múltiple, deviniendo también *modelo* de la moral burguesa que se intentaba inculcar a los nuevos súbditos.

Teniendo en cuenta que Bolívar es el caso paradigmático de esta historia heroica nos centraremos en él. Se engendró para la ficción histórica una extraña y peculiar criatura que reunía, en primer lugar, las peculiaridades de los héroes de la Grecia clásica. Antes de iniciar su vida pública tuvo una juventud agitada y cosmopolita en Europa,

surcada por viajes y aventuras, incluidas las galantes. Gran orador, fue capaz con sus arengas de torcer los acontecimientos, y escribió tanto que se ha pensado dictaba a varios escribas a la vez. Táctico y estratega excepcional, venció finalmente a los enemigos nacionales, pero, también pacificador, pudo restablecer la concordia entre los patriotas en el Perú o en Venezuela, tras el primer secesionismo de éstos; extraordinariamente capacitado, pudo proponer soluciones para los más enrevesados problemas económicos. A pesar de estas características hagiográficas, con que se le reviste, fue muy humano, lo que patentiza su turbulenta vida sentimental, enfocada por los cronistas dentro del más puro y estereotipado prototipo machista del comportamiento civil.

Tuvo, como los héroes clásicos, poderes taumatúrgicos y sonadas premoniciones —en 1805 y en Roma, nuevo Aníbal, ya juró que lucharía por la independencia americana—, o salió increiblemente airoso de peligros, trampas y pruebas sobrehumanas; en Jamaica (1815) escapó de un asesino porque había cambiado de lecho; poco más tarde, en Ocumare y en el estero de Casacoima, se salvó de forma fabulosa de patrullas enemigas; en 1818 (o en 1828), de nuevo burló asesinos nocturnos...

Ya hemos insistido en que el discurso oficial debía enmascarar la insurgencia popular contra el intento de excedentarización, sacralizar las *virtudes* que se querían inculcar y propagar una interpretación de los sucesos como si éstos hubieran supuesto realmente la implantación de las características sociopolíticas que los liberales decían defender. La mezcla de los tres elementos da, con frecuencia, un esquema flagrantemente contradictorio.

Bolívar fue el eje generatriz del *Estado nacional,* aunque el resultado fuese sólo una parcela del proyecto primigenio, y pasó a ser el modelo a seguir del nuevo proyecto —*nacional* y *burgués*—, puesto que encarnaba todas y cada una de sus peculiaridades: trabajador infatigable, tenaz, individualista, ahorrador, capaz de dominar la naturaleza y hacerla obedecer sus mandatos. Liberal, radical en sus comienzos, pensaba que para construir la nueva sociedad debía distribuirse la tierra entre los campesinos y podía prescindirse de la Iglesia como aparato de coerción ideológica, pero previamente debía recurrirse a la educación, desde la primaria hasta la universitaria y organizar un *culto* patrio; de aquí sus discrepancias con Simón Rodríguez, que había sido su maestro, y que defendía una pedagogía liberadora. También en política fue modélico: impecable como republicano, patriota o demócrata, jamás abusó del poder por despotismo o para lucrarse, aunque recurrió a la *dictadura* cuando no le quedó otra alternativa, si bien en esta historia apologética jamás se explicita el *por qué* debió hacerlo. De familia aristocrática, desde su más tierna infancia, a través

del ama negra que lo amamantó, conectó con el pueblo e incluso con los esclavos y, ya *libertador*, se preocupó constantemente, y a la vez, no sólo por los de su clase, sino también por los pobres, los indios o los africanos.

En 1983, con motivo del bicentenario de su natalicio, la petrolera Corpoven editó un *comic* para muchachos relatando su vida. De la encomiástica introducción se podría sacar un listado de calificativos de honda significación: «El más importante de todos los venezolanos, el héroe más grande de América. Supo entusiasmar y guiar al pueblo hacia la libertad. Defendió los derechos humanos; dejó en herencia la libertad nacional; el ejemplo de una vida dedicada a un ideal y las enseñanzas de sus escritos.»

Lo que acabo de poner en relieve respecto a Bolívar podría decirse casi exactamente de otros, de San Martín sin ir más lejos. Pero hubo también los héroes victimados. Protagonistas de los acontecimientos del período, dirigentes de las insurgencias populares derrotados e inmolados por orden de los notables. Tras su sacrificio —y normalmente algo más tarde— la historia oficial camufló su pasado, dictaminándose que eran precursores o colegas de los dirigentes oligarquicos que, sin embargo, les habían liquidado o mandado liquidar. Tupac Amaru fue derrotado y ajusticiado, puesto que dirigió una revuelta contra los terratenientes criollos. Estos —que con tanta tenacidad se opusieron a San Martín y a Bolívar, y que finalmente aceptaron la independencia bien a su pesar— proclamaron posteriormente a Tupac protomártir. Lo mismo podría decirse de los comuneros de El Socorro de la Nueva Granada, cuando la oligarquía había ofrecido a las autoridades vidas y recursos para derrotarlos; no en balde tenían una propuesta alternativa que no incluía la explotación. Un caso esperpéntico es el de la Nueva España; Hidalgo y Morelos fueron los responsables electos en las insurgencias indígenas de 1810, derrotados y ordenada su ejecución por los notables de la capital serían tenidos por precursores de Itúrbide, cuando éste cambió de bando obedeciendo las órdenes de quienes en realidad mandaban en México.

Caso distinto fue el de Miranda, precursor por antonomasia. En un momento determinado del conflicto generado por los caraqueños, lo nombró generalísimo la facción más radical, con la notoria oposición de lo más granado de la oligarquía. Pero Miranda, que no era revolucionario, aterrado por la revuelta de esclavos, prefirió capitular ante el ejército de Monteverde; Simón Bolívar lo aprovechó para deshacerse de un temible contrincante, encerrándole en La Guaira y dejando que lo apresaran los llamados realistas. Aunque en aquel momento se le acusó de traición, lo que jamás se ha replanteado, ingresó posteriormente en el panteón de los libertadores.

AMERICA

hacia

1800

2.4. El juego de los disparates

Este dislate se reduce a un solo maniqueísmo, patriotas excelsos y angélicos enfrentados a realistas monstruosos y diabólicos. Falacias de la historia oficial (en adelante HO) al margen, el pueblo llanero tuvo una intervención decisoria en la segunda y tercera etapas de la lucha, primero tenido por realista y después por patriota, por descontado los adjetivos demoníacos se aplican exclusivamente a aquélla.

Para simplificar volveré a ceñirme a Venezuela. El académico Angel Francisco Brice, en un inefable folleto criticando la voz de Bolívar que Marx escribió para la Enciclopedia Británica, afirma: «Es necesario no haber leído la *verdadera* historia [...] para no saber que el Libertador se caracterizó por una nobleza sin par, por una generosidad inigualada y por un desprendimiento tan excelso, que su lucha está dirigida a implantar la igualdad de los hombres, sin distinguir, nacimiento, color, ni religión [...]. Si alguna verdad es *indiscutible*, es aquélla que nos presenta a nuestra Guerra de la Independencia cual un verdadero rasero, porque así como sembraba la libertad en los pueblos lo hacía con la igualdad también [...]. Bien puede decirse, pues, que la labor del Libertador fue formar una sola clase, la de los ciudadanos libres». Contrariamente, Boves, no lo olvidemos, el perdedor, recibió todos los adjetivos peyorativos; José Antonio de Armas Chitty lo tiene por «sanguinario de oficio, criminal por costumbre, reo en la práctica, delincuente por hábito, facineroso en ejercicio, forajido de rutina, defensor de Fernando VII, negador de la España de *siempre*», y ya veremos al final del apartado cuál era esta España de siempre.

A tales caudillos debían corresponder consonos ejércitos. Para Juan Uslar Pietri se enfrentaron «El patriota, comandado por ilustres señores, educados en su mayoría en Europa, conocedores de las buenas reglas, observando en la batalla la disciplina del arte y del honor, y el realista, una montonera indisciplinada y sangrienta, dirigida por seres terribles que no conocían lo más esencial de la tradición militar y que en su mayor parte eran esclavos, pulperos, contrabandistas, asesinos, capataces y presidiarios». Para Tomás R. Pérez Tenreiro parecería que quienes escogieron a Boves fueron seres de alguna casta inferior, ya que «*no entendían* mucho ni poco de leyes. Tenían en algo el respeto a la experiencia que se supone en los ancianos y en mucho las cualidades *viriles* [...]. *Ignorantes*, servirían a las órdenes de quien consideraran más representativo de dichas cualidades y de quien, con medidas de halago y de rápida justicia, los atrajera por una parte, y por la otra contuviera, según las conveniencias, sus naturalezas anárquicas con el procedimiento *más al alcance de su comprensión*: la muerte». Por su parte, Caracciolo Parra-Pérez, en carta a Casariego, dice que Boves

recorrió Venezuela «peleando y destruyendo a la cabeza de bandas que nunca tuvieron que ver con las tropas regulares» y menciona a continuación «las proclamas que dirigió a las milicias barbáricas que le seguían en sus devastadoras algaras, la seducción como magnética que se dice ejerció sobre las turbas, su prédica demagógica por la lucha de castas y de clase».

Este maniqueísmo enfrentó, sin embargo, un difícil escollo: justificar o escamotear el decreto bolivariano de guerra a muerte, y las ceremonias de la confusión empezaron bien pronto. En unas memorias publicadas en 1829, el general alemán Guillermo Miller afirmaba que desde el inicio de la guerra sólo los españoles ajusticiaban a sus enemigos, y así «los naturales del país preferían entrar en las filas de los realistas, puesto que, en caso de ser prisioneros, tendrían la ventaja de salvar la vida»; lo que obligó a Bolívar a tan brutal medida, que «hizo igual el peligro en ambos partidos».

Según Parra-Pérez, la guerra a muerte en realidad «fue inventada por aventureros cuyos tipos son Monteverde y, en especial, Boves» y con esta medida «trató tal vez Bolívar de equilibrar, por decirlo así, las condiciones de la guerra porque estimara imposible permitir que las bandas enemigas continuasen exterminando la *mejor parte* de la nación venezolana». Por su parte, Pérez Tenreiro dice de la violencia patriota que fue «tremenda pero necesaria y *saludable* disposición» y especifica: «los patriotas se limitaban al limpio empleo de la pena de muerte, sin bajezas y tormentos».

Dualismo que degenera en una historia comparada recalcitrantemente subjetiva en la que cada quien puede paralelizar según su ideología. Así, Carlos Urdaneta Carrillo, en la introducción, mecanografiada, a la colección de documentos que copió en el Public Record Office para la Academia de la Historia, se lamenta de quienes vetaban «la glorificación de los varones que fundaron la Patria», que odian la memoria de Bolívar y la oponen a la de Boves, «para vituperar al primero y ensalzar al segundo, y no otra cosa desearían que sustituir la bandera tricolor de las siete estrellas [la de Venezuela] por la bandera roja de la hoz y el martillo». Mientras Parra-Pérez, en la mencionada carta a Casariego, supone, «se batió sin duda con legendario valor de requeté para salvar a España de tantos sub-boves marxistas», y enfatiza, tras una sarta de adjetivos sobre Boves: «Baste aquí afirmar que los malhechos de éste sólo pueden compararse a los perpetrados recientemente en España por las hordas rojas». (Para las referencias de este apartado, Izard, 1988, 80-82).

2.5. Acontecimientos

El intento de Miranda de invadir Venezuela con el apoyo británico terminó en estrepitoso fracaso. Al año siguiente la escuadra inglesa quiso independizar Buenos Aires, pero enfrentó la decidida oposición de la burguesía local.

En 1808 el proyecto napoleónico de incorporar a España y las Indias en su mercado-estado enfrentó la oposición de parte de los notables hispánicos que se reunieron, por ausencia de los monarcas, en una Junta. Esta y el Emperador rivalizaron en atraerse a las oligarquías indianas. En la Asamblea de notables que se reunió en Bayona para reconocer a José Bonaparte como rey había representantes de las Indias y en la Constitución que preparaban, estaba prevista una representación regular de las colonias. La llegada a los puertos americanos de los navíos con las últimas noticias de Europa —abdicaciones de Bayona, insurgencia española antinapoleónica, coronación de José I— provocó por todas partes reacciones fernandistas y españolistas. En Buenos Aires, pongo por caso, de nada valió a los franceses que el virrey Liniers simpatizara abiertamente con ellos. En la segunda mitad de 1808 todas las capitales hicieron causa comun con la Junta de Sevilla. Sencillamente los notables coloniales no querían depender de París, como poco antes habían demostrado no querer depender de Londres, y les parecía bien una vinculación etérea con España que significaba conservar la autonomía conseguida durante el periodo colonial a la vez que se iba poniendo en evidencia la debilidad de la Metropoli.

Pero a medida que las victorias de la Grande Armee consolidaban la incorporación de España al Imperio, el mantenimiento de la ficcion era cada vez más difícil, a la vez que mayor el riesgo de acabar estrechamente vinculados a Francia o Inglaterra. A partir mas o menos de 1811, para enfrentar los graves problemas que no podían seguirse aparcando, y no era el menor la impresionante insurgencia creciendo por todas partes, de los aborígenes a los esclavos, de los llaneros a los mestizos, las oligarquías americanas pensaron en seguir el ejemplo de las Trece Colonias; el Congreso que reunía en Caracas representantes de los cabildos del resto de la capitanía proclamo la independencia el 5 de julio de 1811, y la constitución que se elaboro en diciembre era casi una traducción de la norteamericana. En este mismo mes Quito siguió el ejemplo de Caracas.

A mediados de 1810 el virrey de La Plata, nombrado por la Junta pero tenido por afrancesado, había debido capitular ante la coalición de los notables de Buenos Aires, encabezados por Manuel Belgrano, y ceder el poder a una Junta. Algo parecido ocurrió en el resto del virreinato. Chile lo hizo en 1811. En el Perú, donde la oligarquía estaba

aterrorizada por la cantidad y determinación de las insurgencias aborígenes que no cesaban desde la de Tupac Amaru, aquélla prefirió no cuestionar, por si acaso, el poder virreinal, que veía como el último contrafuerte capaz de contener la revuelta.

En México, capital de la Nueva España, ocurrió algo parecido, los notables, criollos o españoles, debieron unirse y olvidar discrepancias, si las había, ante las insurgencias aborígenes que, curiosamente, escogieron dos sacerdotes como representantes, Hidalgo y Morelos.

Por esta misma época, los ejércitos británicos, con la inestimable ayuda de las guerrillas hispánicas, derrotaban a los imperiales en la Península; los mismos ingleses debían vigilar cómo actuaban frente a los secesionistas indianos, pues podían estropear su alianza con los liberales hispánicos resistentes en Cádiz, que habían adoptado una absurda política colonial, enfrentándose con las oligarquías defensoras de posturas bien similares a las suyas, e indudablemente hispanófilas. La segunda guerra de la independencia, que volvió a enfrentar a la Gran Bretaña con los Estados Unidos (1812-1814), impidió a éstos colaborar más estrechamente con los rebeldes del sur.

Este aislamiento, los graves conflictos internos en las mismas colonias, las dificultades que oponía la naturaleza a comunicaciones y desplazamientos, ayudarían a comprender las derrotas, fracasos y descalabros de la primera etapa.

En la actual Venezuela (el norte se había transformado en una gran plantación con miles de esclavos), el rechazo de los perjudicados por el proceso de excedentarización no fue mayor que en el resto de las Indias, pero movilizó un abanico más amplio de clases y etnias; enfrentamientos de los notables con pequeños blancos, aborígenes, esclavos, mestizos, pardos o «cuatreros» (mote que recibían los llaneros) se dieron por todo el continente, pero en parte alguna (salvo, quizás en Buenos Aires), se dieron los cinco a la vez y, sobre todo, no en todos los lugares, los rebeldes, alzados o vencidos, los escurridizos, los forajidos, los contestatarios, tenían tan cerca un santuario para refugiarse, el Llano, donde podían sobrevivir como gente libre, y de donde podían salir atacando para defenderse.

A otro nivel, la definitiva puesta en marcha de la sociedad excedentaria significaba que los futuros beneficiarios escogieran el ámbito, único o plural, para su estado-nación-mercado. Los ilustrados ibéricos habían intentado con esta finalidad, y a través del llamado reformismo borbónico, incorporar las Indias al proyecto peninsular, pero fracasaron estrepitosamente. Ya he dicho que a partir de 1808 el proyecto de contar con el mercado indiano ya no era de la protoburguesía española, sino de la francesa, en apariencia con grandes posibilidades de conseguirlo.

Los notables caraqueños en 1808 y, definitivamente, en 1810, se replantearon si preconizaban un proyecto autóctono, si seguían vinculados a la inoperante oligarquía hispánica, o si aceptaban participar de forma subordinada en el proyecto galo que, en apariencia, les privaría de la muy considerable autonomía que, ya lo he dicho, habían ido consiguiendo a lo largo de la espectacular e imparable decadencia metropolitana. La decisión no afectaba solamente a la organización económica. Había una cuestión previa y vital, la represión imprescindible para domesticar o liquidar tanto insurgente.

La proclamación de una determinada independencia, a mediados de 1811, enfrentó la oposición de los notables provinciales de las demás ciudades de la Capitanía que, rota la vinculación con la Península, no querían ahora depender de la oligarquía caraqueña y se aliaron con los partidarios de la hegemonía metropolitana, que no debían ser necesariamente peninsulares.

Sería bueno detenerse un momento, pues uno de los embelecos de la HO consiste en calificar de españoles o realistas a quienes se enfrentaron con los de Caracas, sin entrar en más detalles. Lo que ocurrió en toda la América Latina, cambiando el nombre de la capital. Caracciolo Parra Pérez, en su *Historia de la primera república*, ya hace tiempo dejó plenamente demostrado que Cumaná, Coro o Maracaibo en 1810 no eran realistas. Simplemente cuestionaban la preeminencia y el centralismo de Caracas que, todo sea dicho de paso, ni tenía lógica ni precedentes históricos.

El Congreso reunido en Caracas, un mes antes de proclamar la independencia, había enfrentado la solicitud de los cabildos de las demás ciudades de la provincia de Caracas, de dividir ésta en dos, con Valencia como capital de la segunda. La idea era también apoyada por las demás capitales y ciudades de las otras provincias, alegando que, si no, sería desequilibrada la federación, por el tamaño, producciones y población de la provincia de Caracas, mucho mayor que las seis restantes. La discusión duró bastantes sesiones, no se llegó a un acuerdo y enconó considerablemente los ánimos.

El antagonismo perduró largo tiempo. A mediados de 1816 se recibió en Caracas una real cédula pidiendo a la audiencia informara sobre la solicitud de Valencia «a fin de que se erija en la capital de las provincias de Venezuela».

Este cúmulo de enfrentamientos internos fue aprovechado por los esclavos —ambos bandos les habían ofrecido la libertad si se alistaban bajo sus banderas— para rebelarse, produciendo tal pánico en la colonia que Miranda, a quien habían nombrado generalísimo para conducir la guerra, capituló ante Monteverde.

En diciembre de 1812, cinco meses más tarde, Simón Bolívar se

puso a disposición de la Junta de Cartagena, en la vecina Nueva Granada y, desde allí, emprendió un segundo intento, ya meramente militar, a principios de 1813; proclamó la guerra a muerte (ajusticiaría a sus contrincantes si eran españoles) y se consolidó en el poder a la vez que distintos grupos de forajidos llaneros —hasta este momento habían actuado inconexamente— se coaligaron para pasar de la defensa al ataque, escogiendo a José Tomás Boves como representante, aceptando en sus filas miles de esclavos fugitivos de las plantaciones y aliándose con ellos, de forma accesoria, los escasos peninsularistas que quedaban en el país. Esta decisión de los llaneros no era sorprendente. Una de las primeras medidas de Bolívar al llegar a Caracas había sido mandar a Campo Elías a las sabanas para acabar con los que calificaba —al fin y al cabo Bolívar era un miembro de la oligarquía— sencillamente de «bandidos». Por supuesto la HO endilga a quienes derrotaron de manera estrepitosa a los secesionistas las atrocidades más increíbles, el sadismo más inexplicable o la vesanía más lamentable.

Curiosamente, cuando la futura Venezuela, según esta misma HO, había sido total y plenamente recuperada para España por estos supuestos realistas, llegó de la Metrópoli el primer y único ejército expedicionario que ésta alcanzó a mandar a América, lo cual tampoco tiene ni pies ni cabeza. Las falacias liberales cuentan algo parecido para el resto de las Indias. Los realistas habrían recuperado Quito en 1812. En 1813 José María Morelos, en la Junta de Chilpancingo, habría proclamado la independencia de la Nueva España en un ambicioso programa al parecer muy radical (abolición de la esclavitud o igualdad ante la ley). Pero algunos a quienes la HO llama españoles, dirigidos por Iturbide, habrían liquidado el ejército popular del cura, gracias en especial a ocho mil soldados llegados de la Península en otoño de 1814. Morelos, totalmente derrotado, fue ejecutado a finales del año siguiente.

En otros lugares —América Central, Chile— el restablecimiento de Fernando VII, tras la derrota final de los napoleónicos, habría bastado para que recuperaran el control las facciones que, a posteriori, se calificaron como de sus partidarios. Sólo en el Plata los secesionistas seguían en el poder aunque enfrentados por sopotocientas disputas, y no era la menor la oposición entre Buenos Aires (comerciantes librecambistas y centralistas) y las demás capitales del virreinato (propietarios agrícolas o de manufacturas, proteccionistas y, en todo caso, federalistas); o el enfrentamiento entre la inmensa mayoría de los notables, muy conservadores, y el grupo radical jacobino de Mariano Moreno; o el antagonismo total entre la oligarquía y los gauchos.

En 1811 los notables de Buenos Aires, tras apartar de la Junta a Moreno y sus partidarios, habían decidido someter por las armas a los notables del resto del virreinato que, como pasó en todas las Indias, no

querían dejar de depender de una lejana e impotente Metrópoli para quedar sometidos a una capital que aportaba razones bien cuestionables. La expedición comandada por Belgrano fracasó en el Paraguay y fue derrotada en Tacuarí; la que se dirigió a Córdoba y el Alto Perú —acorde con sus planteamientos liberales— suprimió el tributo y proclamó, sobre el papel, la igualdad total al margen de las diferencias étnicas, provocando que el criollaje altoperuano solicitara la intervención del virrey del Perú, gracias a lo cual se deshicieron de los argentinos tras la batalla de Huaqui.

La Junta de Buenos Aires se quedaba sin la plata del Potosí, que al fin y al cabo había provocado la expedición al noroeste, tuvo que enfrentar disensiones internas cada vez más disgregadoras, o pactar con las resistencias populares, los de Salta habían elegido como representante a Martín Güemes.

Por su parte, el líder de los gauchos de la Banda Oriental José Artigas y su pueblo, acosado por los de Buenos Aires y los brasileños, pues era uno de tantos malos ejemplos que había que erradicar al precio que fuese, emprendieron su heroico éxodo por Santa Fe. Entre Ríos y Corrientes.

En el Paraguay, tras la batalla de Tacuarí, se produjo la escisión entre la oligarquía, cada vez más próxima a Buenos Aires, pues necesitaba de un poder fuerte que le ayudara a someter la insurgencia popular, y los radicales dirigidos por José Gaspar Rodríguez «Francia». La victoria de los segundos supuso la puesta en práctica de su proyecto: confiscación de los latifundios civiles y eclesiásticos para, de alguna manera, reconstruir una economía comunal.

Me malicio, ya lo he dicho, que el ejército expedicionario de Morillo llegó de España para restablecer en Venezuela el viejo orden colonial —la victoria de esclavos y llaneros lo había desbarajustado todo— y para rematar la desquiciada situación creada en el centro del virreinato por los enfrentamientos —la mayoría armados— entre las distintas facciones de liberales mas o menos escisionistas o de conservadores que no se atrevían a confesar su españolismo.

A partir de 1815, restaurado Fernando VII, alejado el miedo al imperialismo napoleónico, amortiguadas las discrepancias, se inició precisamente la secesión definitiva de las colonias cuando, en apariencia, había muchas y poderosas razones que podían hacer pensar que iba a ocurrir lo contrario, que iba a reconstruirse el imperio colonial.

Son varias las circunstancias que ayudarían a entender el enigma. Fernando, que en la práctica no había reinado, demostró de inmediato ser un pelele del grupo más retrógado de los nostálgicos, con bien pocas posibilidades de mantenerse en el trono —fue fundamental el apoyo incondicional de la Santa Alianza— y de ofrecer algo en el

ámbito americano, donde, a raíz de los acontecimientos, se habían abierto expectativas y un amplio abanico de propuestas, con las distintas variantes hijuelas de la ilustración; para demasiados dirigentes latinoamericanos la monarquía metropolitana no era de recibo. En cuanto al constitucionalismo de 1820 —que enfrentó de forma pacata los anhelos de las oligarquías criollas—, llegó, por otra parte, cuando el secesionismo de los notables ya había, al final, prácticamente cuajado en todas partes.

A nivel internacional, el final de las guerras napoleónicas supuso, de un lado, que hubiera muchos vendedores de armas interesados en colocar un notable excedente y muchos militares en paro, dispuestos a luchar donde fuese; por otro lado, Gran Bretaña, eliminado el riesgo bélico en el Viejo Mundo y terminada su alianza accidental con los españoles antinapoleónicos, pudo actuar con manos libres en el Nuevo Continente y una de las formas de hacerlo era dejar que los acontecimientos se deslizasen por sí solos por una determinada pendiente.

Por otra parte en Inglaterra se estaba consolidando la revolución industrial exigiendo mayores mercados y más proveedores de materias primas. No tan trascendente, fue considerable la ayuda norteamericana a los secesionistas, incluso cabría la posibilidad de que lo hubiese sido por similitudes ideológicas y políticas, además de las razones económicas evidentes.

En las mismas Indias buena parte de las contiendas tenían que ver, no lo olvidemos, directa o indirectamente, con las insurgencias populares y nada había ocurrido para que éstas hubiesen cesado. En algunas partes, la futura Venezuela, pongo por caso, Bolívar buscó la alianza con los mismos llaneros que le había derrotado unos años antes, puesto que ahora tenían un enemigo común: el ejército expedicionario que había venido a apuntalar el viejo orden colonial que la oligarquía necesitaba inexorablemente para seguir beneficiándose de una situción injusta; los llaneros seguían la misma lucha de siempre, Bolívar, cambiando de bando, ahora se declaraba enemigo del grupo de los notables, el suyo por sangre y en el que se había apoyado con anterioridad.

También en México, empresarios y propietarios pensaron que les quedaba la sola posibilidad, ante las reiteradas insurgencias, de decir que tenían algo en común con ellas, pues también serían comunes su supuestos enemigos, los gachupines. De esta manera, Iturbide, que había derrotado y ejecutado a Morelos, podía proclamarse su sucesor llegando a coronarse emperador. La oligarquía de Buenos Aires podía deshacerse de esclavos y gauchos, ya era imposible que volvieran al redil, mandándolos más allá de los Andes, primero a Chile y de allí al Perú.

Volviendo a Simón Bolívar, tras escapar de Venezuela, refugiarse

en Jamaica (1815) y pasar diversas vicisitudes, había iniciado el nuevo intento en 1817 con avituallamiento británico y ayuda del presidente Petion de Haití. Posteriormente, después de varios estrepitosos fracasos en el norte, conquistó la ciudad de Angostura, sobre el Orinoco, y conseguía ir aglutinando a todos los grupos, entre ellos antagónicos, que sólo tenían en común no aceptar la reconquista hispánica —desde conservadores o notables provinciales hasta las gentes de Piar— y ocupar buena parte del sur virreinal. Bolívar, excelente planificador, para hacer frente al ejército de Morillo recurrió a mercenarios europeos, organizó un eficiente corso vendiendo patentes, en especial a navíos norteamericanos, para pagarlos y comprar pertrechos. A mediados de 1819, ante la obstinación de la oligarquía que seguía aceptando a Morillo, Bolívar decidió atacar el centro de la Nueva Granada, cruzando los Andes, con Bogotá en su punto de mira. Y a finales de año, retomando una idea de Miranda, creó la República de Colombia, que equivaldría de momento sólo al exvirreinato, en su mayor parte controlado todavía por españoles o españolistas, y con Bogotá como capital, marginando a Caracas donde, supuestamente, había nacido el secesionismo criollo.

Las huestes de Bolívar no cesaban de crecer mientras el ejército expedicionario no cesaba de disminuir (enfermedades, muertes, deserciones, todas las desventajas de actuar sobre país ocupado) y perdía terreno. La proclamación de la Constitución en España desorientó a todos —los nostálgicos indianos temieron ahora una metrópoli inexplicablemente liberal mientras el ejército expedicionario, mandado por liberales, ya no sabía qué hacía en América— y Carabobo no fue sino el golpe de gracia de una derrota anunciada.

José de San Martín, como Bolívar, había estado en Europa y aprendido técnica militar al servicio de España. Regresó a América en 1812 y, dos años más tarde, la Junta de Buenos Aires lo nombró general de sus ejércitos. En 1816 los discrepantes notables de las ciudades del virreinato parecieron llegar a un acuerdo en Tucumán y a los pocos meses, tras la declaración formal de la independencia, decidieron que el ejército cruzara los Andes, para intervenir en Chile, en una ruta epopeica que supuso, entre otras cosas, llegar a los 4.200 metros de altitud. En 1817, tras vencer a los llamados realistas, San Martín rechazó la presidencia de Chile y pensó seguir hacia el Perú (1818), pero por tierra se oponía el infranqueable desierto de Atacama; así fue inapreciable la colaboración del corsario británico Lord Cochrane quien, además de realizar muy buenos negocios atacando naves españolas, puso sus embarcaciones al servicio de los argentinos para poder navegar hacia el norte y proclamar la independencia del Perú (1821) en contra del parecer de la oligarquía limeña; ésta seguía pensando que la monar-

quía, española y cristiana, era el único baluarte posible frente a la impresionante insurgencia de los aborígenes; éstos tenían suficientes décadas luchando como para saber, con exactitud, que no había diferencias entre la opresión del blancaje de Lima y la del de Buenos Aires, aunque tuvieran un discurso aparentemente distinto.

La resistencia a los argentinos se organizó en las sierras a la vez que llegaban del norte los ejércitos de Bolívar después de haber incorporado la presidencia de Quito —el futuro Ecuador— al proyecto centrado, de momento, en Bogotá. A mediados de 1822 se entrevistaron en Guayaquil Bolívar y San Martín. Este, menos ambicioso y más desengañado, dejó libre el terreno al primero para que culminara el proyecto independentista. Tras vencer obstáculos, resistencias y traiciones, los bolivarianos, dirigidos por Antonio José de Sucre, dieron el golpe de gracia en Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824.

He mencionado la desorientación provocada por el constitucionalismo metropolitano de 1820. La aristocracia y el alto clero de México, no vinculados a ideas avanzadas, pensaron que ahora sería más difícil someter a las masas aborígenes que seguían insurgiendo por todas partes, y creyeron que tendrían más posibilidades con un poder militar local, amarrado corto desde la capital del virreinato. Agustín Iturbide fue proclamado emperador a mediados de 1822 e imaginándose verdaderamente el dueño del poder se enfrentó con quienes le habían aupado. Obligado a abdicar antes de cumplir el primer aniversario, intentó recuperar el trono por la vía armada, fracasó y fue ajusticiado el 18 de julio de 1824.

3. Dependencia y subdesarrollo

3.1. Estructuración de sociedades periféricas

Como he dicho y repetido, las guerras llamadas de la independencia coincidieron con la transición final de la sociedad autosuficiente a la excedentaria, de la que no fueron sino un aspecto y un momento culminante. A nivel de los intercambios no hubo expansión, como tantos prometían o esperaban, sino desquiciamiento.

La posible vinculación entre aspiración oligárquica a una mayor libertad comercial y secesionismo político es uno de tantos mecanicismos historiográficos al que muchos hemos colaborado; teniendo en cuenta nuestros conocimientos actuales, y ante la casi imposibilidad de negar la autonomía que se había autoconcedido la oligarquía criolla desde hacía tanto tiempo, ya sólo pueden creer en aquella vinculación quienes también piensan que el afán de reconquista borbónico se saldó con éxito. Curiosamente, esta interpretación se sigue arguyendo a pesar de que nuevas investigaciones van derribando, uno tras otro, los apoyos sobre los que se sustentaba, y poniendo en evidencia que los secesionistas obtuvieron resultados contrarios a sus supuestos objetivos.

El que con bastante posterioridad a los acontecimientos se cayera en la cuenta de que casi coincidieron cronológicamente guerra de la independencia e inicio del creciente atraso material (en relación con los países autoproclamados desarrollados y según pautas decididas por éstos), en lugar de provocar un replanteamiento de las causas que llevaron al secesionismo y un nuevo análisis de los grupos sociales que

lo protagonizaron, lo que al parecer es incuestionable, ha llevado a hablar de fatalidad o de traición. Un grupo de gentes bien concretas, autóctonos y forasteros habrían desvirtuado los propósitos iniciales para reconducir el movimiento en beneficio propio y de las potencias europeas.

Bien pronto, tras la independencia, si alguien verdaderamente había creído que con la secesión se conseguirían ventajas materiales, llegó el desencanto: la liquidación del poder colonial en beneficio de los grandes propietarios y la apertura al mercado mundial no condujeron al crecimiento económico y al progreso material, sino a todo lo contrario. Y, por añadidura, después de la última batalla, a un intercambio crecientemente desigual se añadió una deuda externa que en apariencia debía amortizarse.

Las devastaciones provocadas por la contienda son otro tema bien discutible, entre otras cosas porque eran muchos los interesados en magnificarlas: los fabricantes de la HO para añadir más quilates al sacrificio y más acusaciones contra los que tenazmente se opusieron: las oligarquías locales, porque terminada la contienda decidieron pasar factura por los quebrantos que habrían sufrido sus propiedades (recordemos que el resto, la inmensa mayoría, no tenían gran cosa mas que su vida o su cultura para perder) bajo la denominación de deuda interna, etc.

Algunos estudiosos venezolanos dicen que probablemente en 1821 ya se había reiniciado el crecimiento de la producción y de la exportación y que una expansión considerable había tenido lugar entre 1828 y 1841, en parte vinculada al café, que no había sido el cultivo predominante, ni muchos menos, antes de 1810, y ahora lo sería durante una centuria. También afirman, partiendo exclusivamente de poco fiables estadísticas oficiales, que en aquellos trece años el valor de las exportaciones habría crecido un 194 por 100, con una tasa media de crecimiento anual del 8,65 por 100, lo que les permite reiterar que la recuperación de las destrucciones provocadas por la guerra habría sido muy rápida, aunque no dispongan de información anterior a 1810.

Cabría la posibilidad de que el tan espectacular crecimiento del valor de las exportaciones legales entre 1828 y 1841 refleje meramente un incremento del control fiscal sobre la comercialización total; no hay que olvidar, por otra parte, que los períodos bélicos en el norte fueron relativamente breves e implicaron a pocos combatientes; si la guerra hubiese sido tan devastadora, como yo mismo afirmé con anterioridad, se haría difícil creer en una recuperación tan meteórica de unos cultivos de plantación que tardan años en volver a producir si han sido destruidas las obras de infraestructura o dañados, pongo por caso, árboles o matas.

En el Llano, por el contrario, hubo enfrentamientos entre 1810 y 1821 (pero también antes y después), que afectaron a todos sus habitantes; aquí, uno y otro bando podían apoderarse de animales como montura o para subsistir, lo que significaba, como máximo, esperar uno o dos años para recuperar los anteriores niveles de comercialización; pero ni los que se autocalificaban de propietarios podían estar interesados en el exterminio de los que llamaban sus rebaños, ni sus oponentes, los llaneros cimarrones, los insurgentes, podían ni por principio ni en principio, organizar matanzas sistemáticas de cuadrúpedos: porque como conservacionistas, sabían que no debía romperse el equilibrio natural y porque queriendo seguir sobre el terreno, jamás pensaron en el suicidio colectivo que habría significado secar las fuentes de donde obtenían sus recursos imprescindibles, especialmente como montura, sin la que su vida no tenía sentido, pues eran, culturalmente, gente de a caballo. Al contrario, sí fue devastador el ejército expedicionario que consumó buena parte de las reservas pecuarias.

Terminadas las guerras, la oligarquía, que ya controlaba de hecho el mando en el período colonial, pasó a hacerlo también de derecho. Los gobiernos representaron y defendieron exclusivamente los intereses del reducido grupo de grandes propietarios de tierra, más algunos mineros, comerciantes u obrajeros, despotismo jamás amortiguado por la democracia parlamentaria aparente, que los beneficiarios finales de la contienda estuvieron dispuestos a otorgar. Por otra parte, para organizar el nuevo estado, si se quería contar con una burocracia, si se pensaba mantener el ejército represivo las más de las veces creado durante la contienda y si se debían pagar las deudas supuestamente contraídas durante la guerra, se necesitaban recursos. Pero quienes controlaban el poder no estaban dispuestos a pagar ni siquiera unas fuerzas garantes del orden que les permitía obtener el mayor beneficio posible, y la inmensa mayoría de la población bien poco podía contribuir por mucho que la estrujaran los empleados del fisco. En estas circunstancias se pensó en obtener recursos de las aduanas; pero dado que no cesaron desde el gobierno de reducir los aranceles de exportación sobre los bienes que producían sus tierras o empresas, y a los que desesperadamente intentaban hacer más competitivos en los mercados internacionales, intentaron incrementar los aranceles sobre los bienes importados (si lo autorizaban Inglaterra y los librecambistas autóctonos), pero su encarecimiento provocó, como en el período colonial, la expansión del contrabando. Sin embargo, quien podía realizarlo con menor riesgo era la misma oligarquía, porque naturalmente los encargados de impedirlo no iban, en última instancia, a perseguir a quien mandaba y pagaba y, además, ella constituía casi el único grupo social con una capacidad significativa de importar bienes de consumo o *im-*

puts, dado que la gente menuda podía comprar bien pocos bienes importados, cada vez más caros, mientras disminuía su capacidad adquisitiva.

Consecuencia de lo anterior fue que ejércitos pequeños, mal pertrechados y peor pagados, debían hacer frente con escasas posibilidades de éxito a la cada vez más creciente insurgencia popular; y si antes de 1810 podía intentarse convencer a los rebeldes de que el causante de sus males era el mal gobierno, metropolitano por supuesto o, en última instancia, si era necesario, el rey; a partir de 1830 quedaba nítidamente claro que estado, gobierno y oligarquía eran una misma cosa, y las insurrecciones, en constante incremento, se dirigían a partir de ahora contra este conjunto, trino y uno a la vez.

Por toda América Latina, la década de los treinta, la primera íntegramente independiente, se cerraba para el erario con desesperadas búsquedas de ingresos adicionales, dentro de una situación de depresión en la cual no parecía aconsejable, ni viable, establecer nuevos impuestos, ni había posibilidades de obtener financiamiento en el mercado mundial para atender los gastos del sector público.

Era el círculo vicioso del subdesarrollo: si las insurgencias populares fueron una de las causas de que la oligarquía optara por la independencia, el resultado final de la contienda supuso el mantenimiento de una organización social que no hizo sino radicalizar el malestar de los desposeídos, quienes continuaron su rebeldía, incrementandola, poniendo reiteradamente en peligro la viabilidad del proyecto republicano levantado por el blancaje.

Sin embargo, la misma dependencia, el que, como señalare, los países capitalistas centrales (en adelante PCC) esparcieran la demanda para obtener mejores ofertas, y el que la nueva sociedad excedentaria demorara todavía un tiempo en asentarse totalmente, supuso se retrasara, durante un período mas o menos largo segun los países, el definitivo engarce en el mercado capitalista dominado por la Gran Bretaña y hubiera dificultades para proseguir el peculiar crecimiento material que parecía haberse iniciado a mediados del siglo XVIII.

Por otra parte, los nuevos gobernantes no pudieron imaginar que, tras las guerras que llamaron de la independencia, las nuevas repúblicas se iniciaran mucho mas dependientes de lo que lo habían sido durante el período colonial. Porque las decisiones esenciales, la incorporación de nuevas tierras, la explotación de nuevas materias primas, la apertura de nuevos mercados (a fardazos o a cañonazos) serían tomadas en Londres, New York o París, al margen, por supuesto, de las aspiraciones o deseos de los gobiernos de los países capitalistas periféricos (en adelante PCP).

Millones de europeos emigrarían al Nuevo Continente cuando las

transformaciones en sus países exigiesen prescindir de ellos, no escuchando los cantos de sirena de los liberales poblacionistas de Buenos Aires o Río, que decían necesitarlos para prosperar y para blanquear una población que veían demasiado obscura. Los banqueros de París o Londres inyectaron capitales en las economías latinoamericanas a raíz de sus necesidades o ambiciones, y no respondiendo a las solicitudes de los gobernantes de aquéllas. Los financieros del Viejo Continente empezaron a extender redes ferroviarias al otro lado del Atlántico, no para provocar allí el desarrollo, sino cuando no supieron qué hacer con chatarra obsoleta que quedaba sin colocar al renovar el tendido en la Europa del oeste.

3.2. Planteamientos teóricos

Curiosamente, estas peculiaridades —subdesarrollo y dependencia— que se consolidaron a la vez que la independencia política y se evidenciaron a lo largo del siglo XIX, provocaron una abundante literatura, escrita por políticos e ideólogos coetáneos, preguntándose porqué no se plasmaban los proyectos, porqué no había desarrollo como en los Estados Unidos o en varios países europeos. Todo ello, al contrario, apenas atrajo la atención de economistas, sociólogos o historiadores hasta mediados de la década de los cincuenta ya de nuestro siglo. Pero, a partir de este momento, se produjo un aluvión de libros, tratados o informes. Inmediatamente la parafernalia académica se llenó de tópicos, falacias y tergiversaciones. Los países subdesarrollados, lo son momentáneamente, están en vía de desarrollo, están rezagados porque no han madurado todavía de forma suficiente para alcanzar a los modelos. Para explicarse este atraso hablan de fatalismo oriental, de flojera tropical o lo atribuyen a la que ellos tienen por religión dominante.

José María Vidal Villa, en prólogo a Talavera Déniz, no se anda con tapujos: «la situación de subdesarrollo y el atraso que de ella se desprende, no son "posiciones" que ocupan los países afectados en una especie de carrera hacia la riqueza, el bienestar y la abundancia que, al parecer, es la meta propuesta por los países desarrollados. El subdesarrollo es, en realidad, el resultado de la incorporación de dichos pueblos al sistema mundial de formaciones sociales capitalistas, incorporación que se realizó por la fuerza, a través de la agresión imperialista [...] y que representó la destrucción de sociedades organizadas, en muchos casos cultas y civilizadas, más cultas y civilizadas incluso que las de sus pretendidos salvadores [...]. Su forma antigua fue la colonización, la ocupación militar, la expoliación de sus recursos, la condena a la miseria de la inmensa mayoría de la población, la distor-

sión de sus economías. Su forma moderna es la dependencia económica, la tutela militar, la opresión interna, el hambre, la guerra, el neoimperialismo en una palabra. Desarrollo y subdesarrollo no son, pues, estadios diferentes en una misma línea de avance, sino las dos caras de una misma moneda, en la cual el desarrollo de una de las caras implica el subdesarrollo de la otra. Captar, por tanto, la íntima razón de ser de la actual desigualdad [...] requiere recordar —y no olvidar nunca— que esta situación se debe a la expansión capitalista mundial de fines del siglo XIX y al pasado imperialista y agresor de los civilizados pueblos europeos y sus vástagos de Norteamérica. Ahí está la causa, la génesis de la división del mundo en dos tipos de países y no en pretendidas incompetencias internas de los subdesarrollados.»

Corolario del subdesarrollo —lo he dicho y repetido— es la dependencia; Theotonio Dos Santos lo define claramente (Sweezy, 43): «Por dependencia entendemos una situación en la cual la economía de determinados países está condicionada por el desarrollo y la expansión de otra economía, a la que están sometidas las primeras. La relación de interdependencia entre dos o más países, y entre éstos y el comercio mundial, toma la forma de dependencia cuando algunas naciones (las dominantes) pueden expandirse y ser autogeneradoras, en tanto que otras naciones (las dependientes) sólo pueden hacerlo como reflejo de esa expansión, la cual puede tener un efecto negativo o positivo sobre su desarrollo inmediato.»

Pienso que serían convenientes algunas precisiones. La dependencia no es exclusivamente económica, también la hay, por supuesto, política o cultural. La explotación no se da exacta y plenamente de estado a estado, hay explotados y miseria en los países explotadores, y explotadores enriquecidos (muchas veces con fortunas faraónicas) en los países explotados. Habría que distinguir entre pobreza y miseria. En su rápida evolución, el capitalismo ha llegado, en muy pocas décadas, a la fase actual del consumismo, en la que muchos ciudadanos son llevados, más o menos compulsivamente, a comprar muchos embelecos que no está nada claro sean imprescindibles; en el otro extremo, quedan todavía suficientes sociedades en el mundo que, de forma consciente, no quieren dejarse arrastrar por este espejismo. Cuestión radicalmente distinta es que la gente no alcance las cotas vitales, no reciba las calorías necesarias o miles de niños mueran a diario de inanición, no tengan una vivienda que proteja de los cambios climáticos o no puedan sanar de enfermedades curables. Esta situación suele ser mucho más injusta e intolerable en los PCP que la que padecen los ciudadanos de los PCC y, mientras en éstos los gobiernos, para acallar posibles protestas, suelen abusar de la alienación, en aquéllos suelen abusar de la violencia física.

LA EXPANSION OCCIDENTAL
EN AMERICA. SIGLO XIX
Territorios ocupados hacia 1800
Expansión del siglo XIX
Regiones prácticamente desiertas

Otra peculiaridad que me malicio se olvida con demasiada frecuencia, es el incesante incremento de la dependencia y el subdesarrollo, lo que Zimmerman expresaba nítidamente en el subtítulo de su trabajo de 1966, ya un clásico, *Países pobres, países ricos. La brecha que se ensancha*. Por desgracia, los últimos acontecimientos de Venezuela o Argentina ponen en evidencia hasta la saciedad cómo los países víctimas del atraso pueden atravesar épocas de bonanza relativa, pero jamás salir del atolladero.

Aquellos investigadores que no recurren a los tópicos irracionales y racistas para explicarse el actual subdesarrollo, buscan las razones en el pasado. Ya he mencionado el parecer de Vidal Villa; para Paul M. Sweezy el capitalismo fue y ha sido siempre un sistema internacional (desde sus inicios en el siglo XV) pero nunca homogéneo; al contrario, como habría demostrado Marx, piedra fundamental del capitalismo fue la conquista y saqueo de América, África y Asia por parte de estados europeos que habían perfeccionado su sistema logístico y de desplazamiento. Y Sweezy pone el énfasis en que para este saqueo se destruyeron las antiguas sociedades que allí existían y se erigieron otras para facilitar el trasvase de riqueza hacia Europa. E insiste de forma tajante, «El desarrollo de Europa (y de las regiones de ultramar pobladas por europeos) fue, por tanto, acompañado por el subdesarrollo en el resto del total del sistema capitalista. Los dos, desarrollo en un polo y subdesarrollo en el otro, fueron precisamente partes integrantes del mismo proceso histórico.» Este sistema predatorio supuso la consolidación de impresionantes —para la época— imperios coloniales, español, portugués, holandés, francés e inglés y degeneró en un conflicto intercapitalista —las llamadas guerras napoleónicas— que al consolidar la hegemonía del último implicó la liquidación de los primeros. Gran Bretaña —que a lo largo de este período tomó la delantera en cuanto a estructuración de una sociedad plenamente capitalista—, se convirtió en el primero de los estados imperialistas y ocupó una posición de casi monopolio en el comercio mundial, lo que reforzó exportando, a la vez que el liberalismo político, el económico.

Este panorama se había mutado considerablemente en las últimas décadas del siglo XIX; otras potencias capitalistas empezaron a desafiar le hegemonía británica a la vez que declinaba la etapa del capitalismo competitivo; aparecieron los monopolios, y las nuevas tecnologías implicaban controlar las fuentes de materias primas a la vez que conseguirse nuevos mercados. Los PCC utilizaron cada vez más la fuerza para subyugar a los PCP, para excluir rivales y asegurarse prioridades en la adquisición de nuevos territorios estratégicos. Se acrecentaba de forma imparable el componente militarista del mundo capitalista.

Más reciente es la visión de Talavera Déniz que esquematizo a

continuación. Sus conceptos son tajantes y no ambiguos o confusos como tantos, «Históricamente la internacionalización capitalista implica un desarrollo estructural desigual de las formaciones sociales. Desde el origen mismo de la conquista y colonización por Europa del Nuevo Mundo, éste queda articulado en términos de subordinación a aquél, siendo el momento a partir del cual empieza a configurarse una polarización en el crecimiento del sistema capitalista necesaria para su propia reproducción, constituyéndose así dos grandes grupos de formaciones que integran lo que hoy se denomina sistema centro-periferia [...]. La característica básica que define las relaciones comerciales entre los países centrales y periféricos, a partir de finales del siglo XIX, es el deterioro de los términos de intercambio de estos últimos, que se agrava desde mediados de los años cincuenta hasta la actualidad».

Para Talavera, el surgimiento del subdesarrollo sólo puede explicarse como consecuencia del propio expansionismo del modo de producción capitalista para maximizar el excedente; parecer similar al de Samir Amín, para quien, «la agresión del modo de producción capitalista, desde el exterior, sobre estas formaciones, constituye la esencia del problema de la transición a las formaciones del capitalismo periférico».

También pone de relieve Talavera lo que ocurre desde finales del siglo XIX, al monopolizarse las economías de los PCC y cuando a la anterior exportación de mercancías se añade la de capitales, sea en inversiones directas o en créditos. Aquélla se dirige a la creación de actividades de elevada productividad para el mercado externo, normalmente de tipo extractivo (minerales y energía), pero también a los servicios financieros y comerciales.

Según Talavera, éstas serían las características estructurales de los PCP: economías extravertidas, pues un elevado porcentaje de la producción se encamina al mercado externo para complementar las economías de los PCC; dado que la especialización de la exportación es absoluta, la dependencia de los PCC es mayor, puesto que son las necesidades de éstos las que determinan el ritmo de crecimiento de los PCP; por añadidura, otros sectores también suelen estar en manos del capital extranjero.

En segundo lugar, el sector terciario está hipertrofiado, pues un porcentaje estimable de la población activa trabaja o subtrabaja en servicios. Los manufactureros, que han visto arruinarse las empresas en las que trabajaban, y los rurales expulsados engrosan la población urbana sin excesivas alternativas. La debilidad del sector secundario y la escasa productividad del sector agropecuario acaban de configurar un ritmo de acumulación muy bajo. Todo ello implica altos niveles de desempleo.

En tercer lugar, suelen ser economías con niveles de industrializa-

ción de muy bajo nivel tecnológico, por la sencilla razón de que en cada etapa los PCC se quedan con los sectores productivos de mayor nivel y mayor productividad.

En cuarto lugar, se las puede tener por economías desarticuladas: los distintos sectores productivos no están conectados y algunos incluso lo están más con el exterior que con los del resto del país.

En quinto lugar, predomina el capital agrario, debido a que el sector agropecuario es el mayor creador de excedente, lo que no empece para que la mayoría de estos países deban importar alimentos.

En último lugar, son economías dependientes, y Talavera hace hincapié en algunas particularidades; dependencia comercial, pues cada uno de los países realiza primordialmente sus intercambios con PCC, a la vez que es escaso el comercio entre PCP; por añadidura, cada país se ha especializado en uno o muy pocos bienes; dependencia tecnológica, pues la innovación y propiedad en este ámbito están monopolizados por los PCC; dependencia financiera, de inversiones o prestamos que también proceden de los PCC.

Después de la etapa del saqueo, o colonial, las relaciones entre los PCC y los PCP, de la independencia hasta la primera guerra mundial, ha dado en llamarse etapa primario exportadora o de crecimiento hacia afuera. Las nuevas repúblicas de América Latina fueron integrándose en el mercado mundial exportando alimentos o materias primas que facilitaban el sostenimiento del proceso productivo en los PCC. Se configuró una división internacional del trabajo entre productores de bienes primarios y productores de bienes industriales, con unos intercambios bien desiguales. Esta especialización y los mencionados intercambios, eran presentados como muy favorables para todos los países afectados a través de la teoría denominada de «las ventajas comparativas»; con una distribución de los beneficios bien poco equitativa; aunque algunos PCP padecieron un cierto inicio de producción industrial al final del período.

Además de las desigualdades incuestionables, los avances técnicos también perjudicaron directamente a los PCP, al substituir productos naturales por sintéticos o al permitir incrementos de producción y exportación de bienes agropecuarios en los PCC. El esquema haría crisis en el primer cuarto del siglo XX y debió reinventarse.

3.3. Inversiones financieras

He dicho y repetido que, en el siglo XIX, la vinculación entre PCC y PCP fue la invasión de los segundos, más tarde o más temprano, por los

manufacturados y capitales de los primeros. Pero, como no podía ser menos, las oligarquías locales habían pensado que podían conseguir crecimientos autóctonos, apresurándose a crear bancos nacionales; quizás la pionera fue la futura Argentina que, en 1822, fundó el Banco de Buenos Aires y, en 1826 el Banco Nacional. Brasil en 1833, o Venezuela en 1841, fueron escenarios de hechos similares. Hacia 1850 prácticamente todas las repúblicas contaban con instituciones de emisión que eran, a la vez, bancos comerciales. Quizás el Brasil sea una vez más paradigmático con el caso de la Banca Mana, fundada por el barón homónimo, un saintsimoniano practicante convencido de que el crédito jugaría de «civilizador al actuar como precipitante del progreso material» y, dado su talante, no tuvo inconveniente alguno, sino todo lo contrario, en aliarse con los Rothschild de Londres y París.

Pero, a partir de la década de los sesenta, los financieros británicos —que ya habían colocado créditos en América Latina con motivo de las guerras llamadas de la independencia— iniciaron una nueva embestida, mediante poderosas instituciones de crédito, con impresionantes recursos y apoyados por sólidos sindicatos bancarios. En 1862 se afincó en Buenos Aires el London and River Plate Bank, con el respaldo de los banqueros gigantes de la City, los comerciantes británicos de aquella ciudad e, incluso, el Banco de Inglaterra. El mismo año se fundó el London and Brazilian Bank en Río. Para enfrentar futuras competencias e incrementar sus posibilidades de acción, estos grandes bancos tendieron a absorber a los aborígenes o a aliarse con otros bancos ingleses; en 1864, pongo por caso, el London Bank of South America se unió al Mexican Bank, formando el London Bank of Mexico and South America. A la vez, cada una de estas instituciones tendía sus tentáculos por las repúblicas vecinas: el mencionado London and River Plate se fusionó, en 1881, con el English Bank of the Plate River, mientras el Anglo-Argentine Bank, en 1889, se extendía por Chile, Brasil y Uruguay; también el London Bank of Mexico and South America superó las fronteras y se afincó en Colombia, Ecuador y Perú.

Se trataba de empresas que corrían grandes riesgos —instaladas en países con gobiernos muy inestables— pero que también obtenían elevados beneficios, lo que provocó, hacia finales de siglo, la invasión de financieros de otros PCC, alemanes desde 1886 que, diez años más tarde, crearon entre otros, el Banco Alemán Trasatlántico en Valparaíso y, poco después, franceses, italianos, belgas y, por supuesto, norteamericanos.

Las primeras deudas —contraídas, ya lo he señalado, antes de 1825— fueron un fiasco y, en 1827, ya se habían declarado en bancarrota varias de las nuevas repúblicas, a la vez que, en el vendaval, desaparecieron cientos de sociedades creadas en momentos de una gran

Distribución porcentual de las inversiones inglesas en América Latina

	1865	1875	1885	1895
Préstamos a los gobiernos	76,4	74,1	65,3	47,5
Ferrocarriles	11,8	13,8	22,4	36,2
Servicios públicos	1,0	4,8	4,3	3,3
Finanzas	2,5	1,9	1,7	7,1
Sociedades comerciales y otras	4,9	3,9	3,1	2,6
Materias primas	3,3	1,4	3,2	3,2

Fuente: Carmagnani, 96.

Inversiones y penetración de intereses británicos (millones de libras)

	1880	1890	1913
Argentina	20.3	157.0	357.7
Bolivia	1.7	0.5	0.4
Brasil	38.9	68.7	223.9
Chile	8.4	24.3	63.9
Colombia	3.1	5.4	6.7
Costa Rica	3.3	5 1	6.7
Cuba	1.2	26.8	44.4
República Dominicana	1.0	1.4	—
Ecuador	2.0	2.2	2.8
El Salvador	—		2 2
Guatemala	0.5	1.0	10.4
Honduras	3,2	3,8	3.1
México	32,7	59,9	159,0
Nicaragua	—	—	1,2
Paraguay	1,5	1,9	3,0
Perú	36.2	19 1	25.7
Uruguay	7.7	27.7	46.1
Venezuela	7.6	9,8	7 9
Resto	10 3	10.3	33.9

Fuente: Chevalier, 56-57.

euforia injustificada, para explotaciones mineras o agropecuarias. Ello supuso que, entre 1825 y 1850, practicamente desaparecieran los lazos financieros entre ambos continentes. En los veinte años siguientes, hasta 1870, lentamente fueron restableciéndose los ensayos por parte de agresivos y arriesgados banqueros privados, como los Baring o los

Rothschild, que ya se habían especializado en la difícil periferia de la misma Europa. La última aceleración, impresionante, tuvo lugar a partir de 1880 y duró hasta 1914. Así, las inversiones inglesas, que en 1891 se estimaban en 167 millones de libras, alcanzaron, en 1914, a 756 millones.

A otro nivel, capitales forasteros se dirigían hacia los servicios; así, el puerto de Buenos Aires era de una compañía británica, como los ferrocarriles del mismo país y los de Brasil, Chile, México o Perú. También controlaban —ingleses, franceses o alemanes— los transportes urbanos, el agua, gas o telégrafo y, más tarde, la electricidad. Por otra parte, mientras capitales británicos se instalaban en actividades agropecuarias en Argentina o Brasil, capitales norteamericanos, especialmente la United Fruit Co, se apoderaban de la producción de azúcar o de frutos tropicales en las islas o costas del Caribe y, por supuesto, capitales de todas las procedencias intervinieron en los intercambios externos, del café a los nitratos o, desde finales de siglo, en los frigoríficos para enviar carne a mercados lejanos.

3.4. Un progreso sin mañana

Hoy día, mediados de 1989, la sensibilidad por el desastre ecológico es algo cotidiano y general. Muestran su inquietud por la deforestación, en especial la de la Amazonia, el efecto invernadero, el agujero de ozono o cualquiera de estas calamidades sin retorno, no sólo personas informadas más o menos militantes en partidos verdes, sino también políticos, artistas o miembros de la realeza, el príncipe Carlos de Inglaterra, Gro Harlem Brundtland, primera ministra de Noruega, el cantante Sting o Willy Brandt. *Time Magazine* ha dejado de escoger al *hombre del año* para proclamar, 1989, el año de la *Tierra en peligro*. Pero hace diez, a pesar de que los síntomas estaban ya todos sobre el tapete, cuando la mayoría comulgábamos con un optimismo eufórico y completamente infundado, había que tener una gran clarividencia para atreverse a publicar denuncias sobre el suicidio colectivo. Por esta razón, pienso deben copiarse unos párrafos de Cardoso y Pérez Brignoli, colofón de su manual: «La depredación de los recursos naturales ha sido una constante estructural en la historia económica de América Latina. Desde el genocidio inicial hasta nuestros días, la explotación de recursos, en su mayoría no renovables, ha tenido como características esenciales el hacerlo con el mínimo posible de tecnología y con una escasa preocupación por el agotamiento futuro. Esto significa que, casi siempre, una rentabilidad elevada estuvo asociada, únicamente, con la abundancia de recursos [...].

El agotamiento de los recursos explotados —total en ciertos casos como el guano o algunos minerales, cierre temporal de la frontera y rendimientos decrecientes en la agricultura— tampoco ha presionado hacia innovaciones tecnológicas significativas. Se han sustituido recursos agotados por otros de naturaleza parecida (del guano al cobre o la harina de pescado), se han habilitado nuevas zonas (región del Petén en Guatemala, faja de la selva amazónica en Perú y Ecuador, etc.). La frontera agrícola, entendida como la ocupación *efectiva* de todo el territorio cultivable, sólo se ha cerrado en países pequeños, como algunos del Caribe y la América Central [...].

El costo social de este patrón de crecimiento es difícil de medir con precisión; si se plantea en términos ecológicos y en función de las necesidades futuras, es obvio que sólo se puede calificar como abrumador. En los países desarrollados la revolución industrial no sólo ha degradado considerablemente el medio ambiente, también ha previsto los medios necesarios para controlar y aun evitar esa degradación. Difícilmente puede decirse lo mismo para el caso de América Latina» (2, 205-206).

4.

Liberales *vs.* conservadores

4.1. Herencia de la guerra

Los rechazos oligárquicos a Napoleón, iniciados en 1808, tuvieron unos resultados inmediatos de consecuencias irreversibles; se desmoronó el imperio ultramarino de Castilla y las Indias se fraccionaron en unas cuantas repúblicas que se constituyeron como estados formalmente independientes.

Pienso que en región indiana alguna —premoniciones irrelevantes al margen—, las oligarquías locales deseaban ni habían previsto la secesión. Los acontecimientos ocurridos en la Metrópoli, que provocaron su rechazo, las sorprendieron sin proyectos alternativos de ningún tipo. Como la separación no llevaba tiempo preparándose, no había grupos o partidos que estuvieran madurando sus planteamientos y hubiesen ya escogido formas de recambio para cuando triunfasen sus intentos: creo que esta hipótesis, caso de ser cierta, habría tenido diversas consecuencias que ayudarían a entender una época y unos acontecimientos que, ahora, parecen incomprensibles.

En primer lugar —y por lo que tengo dicho en capítulos anteriores— en cada región indiana los beneficiarios políticos de la secesión debieron hacer frente, desde el primer momento, a la persistente insurgencia popular, que ya no cesaría ni un momento, y que mayoritariamente iba dirigida contra esta misma oligarquía. Resultado concreto de lo que acabo de mencionar, la inestabilidad política y social perenne

fue una de las múltiples características de las nuevas repúblicas. La insurgencia de las masas de finales del período colonial y la de la actualidad es la misma y continuada; si de algunos momentos no tenemos noticias es debido a que los investigadores no hemos buceado en los archivos en búsqueda de la información pertinente, a que gobiernos más o menos dictatoriales pudieron controlar los medios de expresión escritos hasta el extremo de conseguir la apariencia de una tranquilidad casi total, o a que las revueltas populares no eran detectadas por los observadores de otros grupos sociales y sus protagonistas no sintieron la necesidad de dar a conocer sus gestas o sus memoriales de agravios.

En segundo lugar, al fracasar los contados intentos de crear un solo estado plurinacional con todos los pueblos de las Indias, éstas se fraccionaron en un número de repúblicas —en un primer momento indefinido e indeciso— que no tenían unos límites precisos. No existían precedentes históricos o no se tuvieron en cuenta los anteriores a 1492, sobre los cuales se pudiesen inventar unas determinadas fronteras. Éstas, como en todas partes, se trazaron artificialmente, sin tener presente ni la geografía, ni las nacionalidades, ni la división administrativa virreinal.

De esta manera, regiones naturales concretas, como el Chaco, para mencionar un solo caso, quedaron abruptamente repartidas entre estados limítrofes; antiguas naciones, con unas señas de identidad muy anteriores a la invasión europea, vieron a sus gentes convertidas en súbditos, que no ciudadanos, de estados vecinos, frecuentemente enfrentados por absurdas rivalidades (los mayas sin ir más lejos, que, si hasta 1821 habían padecido la opresión de los virreyes de la Nueva España, ahora padecerían la de los gobernantes de Mexico, Guatemala y Honduras); ilógicas pero más o menos consolidadas circunscripciones administrativas, levantadas en algunos casos hacia trescientos años, no fueron tenidas en cuenta porque tampoco había razon para ello, pero el territorio sin ninguna trabazon humana, geográfica, economica o política que se había llamado Charcas desde la llegada de los castellanos, que había formado parte del virreinato del Peru y más tarde, por bien pocos años, del Río de la Plata y por el cual se enfrentaron las oligarquías de ambas capitales a partir de 1810, se convirtió desde 1825 en la actual Bolivia, que el Libertador quiso crear como estado modélico y ha conseguido alcanzar tristes y notorios *records* de inestabilidad, no porque las personas encerradas dentro de sus fronteras sean especialmente ingobernables, sino por viejos problemas estructurales que se arrastran desde 1535, y por no tan viejos problemas políticos que acabo de mencionar.

Todo lo que he venido señalando en este segundo apartado ha

tenido una serie de consecuencias sobradamente conocidas. Las artificiales fronteras perpetradas en los años veinte del siglo pasado no se han sostenido: Bolivia, de nuevo un caso paradigmático, ha quedado reducida a menos de la mitad del territorio que se autoatribuyó la oligarquía de la capital en 1825, en beneficio de sus vecinos, que han visto, en consecuencia, aumentado el suyo. Globalmente, esta cuestión ha degenerado en el sinfín de pleitos de límites que son un motivo más de fricciones y malos entendidos, de actitudes parafascistas y de enfrentamientos fratricidas, tan absurdos como cualquier otro.

Contrariamente, han sido también frecuentes los movimientos secesionistas de grupos regionales o comarcales que no se sentían demasiado vinculados a un determinado proyecto estatal o que pensaban solucionar sus problemas concretos a través de la segregación o uniéndose al estado vecino.

Como tercera consecuencia de lo impremeditado de la independencia, las oligarquías que construyeron los nuevos estados en beneficio propio se vieron en la necesidad de organizar una parafernalia política como simulacro institucional, sin tener, como ya he indicado, un concreto proyecto que hubieran estado madurando durante tiempo. La absurda actitud adoptada primero por la Regencia de Cádiz y más tarde por el necio Fernando VII, supuso que debiera recurrirse sin entusiasmo alguno a la organización republicana. Pero aquí —y ni siquiera en todos los casos— se terminó el acuerdo. Por añadidura, la inestabilidad política, sobre la que ya he insistido, y el atraso económico sobre el que volveré de inmediato, permitían proclamar, a quienes decían creer en los poderes taumatúrgicos de determinadas alternativas, que todos los problemas dejarían de serlo tan pronto como se adoptara una organización determinada, federal, centralista o lo que fuera, tan pronto como se recurriera al sufragio universal o se pidiera la intervención de un gendarme a todas luces innecesario.

Acabo de recordar el llamado atraso económico. La inesperada independencia de las Indias tuvo lugar, como ya he señalado, en el mismo momento en que se producía la transición final y una de las múltiples consecuencias de esta transición fue que el mundo quedó dividido, a partir de este momento, en PCC y PCP. En las nuevas repúblicas de la América Latina, todas inmersas en el segundo grupo, podía atribuirse el subdesarrollo al pasado hispánico, a la composición étnica o al cariz de la independencia, pero también en todas partes aparecieron quienes pensaron, o dijeron pensar, que bastaba con importar las formas de organización estatal susceptibles de ser presentadas como la causa del crecimiento económico, para que éste se produjera sin más.

De esta manera quizás sería más fácil entender las actitudes políticas

de los distintos grupos sociales, aunque debe realizarse una advertencia previa: salvo casos tan excepcionales que no vale la pena mencionarlos, desde un primer momento se decidió que intervenir, pensar o manipular en la cosa pública era potestad exclusiva de quienes tuvieran la pigmentación cutánea de un color determinado y pertenecieran a una cultura bien concreta, lo que pudo degenerar en que fueran consultados, y eso en el mejor de los casos, sólo el 1 por 100 de los súbditos.

De entre estos superdotados que personalmente se habían autoconcedido la cualidad de padres de la patria, habría que tener en cuenta a la inmensa mayoría de los miembros de la oligarquía (detentadores de los latifundios, las mayores empresas comerciales, las pocas minas de plata u oro que se salvaron de las guerras civiles), los cuales, por el monto de sus recursos, se hacían casi automáticamente nostálgicos reaccionarios, enemigos de cualquier alternativa, temerosos de cualquier cambio, pacatos ante cualquier iniciativa, contrarios a cualquier novedad.

Una pequeña parte de la burguesía se aferró cada vez que pudo a algo intangible e inconcreto que podríamos llamar saintsimonismo; intentó transplantar a sus países unas reformas tarde y mal imitadas de los PCC con la esperanza de que miméticamente darían los mismos resultados.

Algunas veces, lo veremos en las páginas inmediatas, se pensó que el liberalismo político de inspiración más o menos británica, podía dar excelentes resultados mezclado con el federalismo, forma de organización estatal a la que se podía atribuir la estabilidad suiza o la expansión económica de los Estados Unidos. Pero pudo ocurrir, y ocurrió, exactamente lo contrario, que los liberales no fueran federalistas como en Colombia, México o Venezuela, sino unitarios y centralistas como en la Argentina, o incluso que quienes decían defender las propuestas aparentemente progresistas en lo económico o en lo social, se mostraran partidarios, siguiendo más o menos el caso alemán, de un ejecutivo ilustrado, fuerte y despótico, bien porque así lo creyeran, bien porque como intelectuales orgánicos de algún cesar estuvieran dispuestos a fingir que les parecía la solución más idónea.

4.2. Liberales

Hay quien ha afirmado que proceden más o menos directamente de los ilustrados del setecientos y en varias de las nuevas repúblicas, dadas las dificultades para organizarse en las primeras décadas de la independencia, se agruparon en sociedades más o menos secretas,

más o menos masónicas. Decían tener una fe ciega en la razón, pero menospreciaron sin razones lo rural (simplemente porque los campesinos se resistieron a tragar su programa); se proclamaban partidarios acérrimos de la libertad, pero recurrieron con mucha frecuencia a dépotas o a ejecutivos todopoderosos; se tenían por integrantes de un proyecto internacional, pero recurrían machaconamente al nacionalismo; pregonaban su nacionalismo, pero eran admiradores de los PCC de Europa y abogados del extranjero; se jactaban de ser protagonistas de un debate ideológico, pero se limitaban a copiar ideologías foráneas; defendían una sociedad laica, pero organizaron sus propios cultos.

Insisto; su internacionalismo, pero, a la vez, la dependencia tan marcada frente a pensadores del exterior (lo que contrasta con la escasez o irrelevancia de los pensadores autóctonos, las más de las veces meros traductores), está en flagrante contradicción con las opiniones de quienes los tienen por forjadores de una identidad nacional; pues rompiendo con la vieja sociedad jerárquica, con los anteriores vínculos, especialmente los religiosos, iniciaron el culto nacional a los libertadores o a los héroes de la independencia y fundaron la religión patria.

Su programa político era en principio el de cualquier liberalismo: libertades básicas (de culto, de imprenta, de palabra, de pensamiento, etc.), abolición de la esclavitud, secularización legal y moral, reforma del sistema judicial y del tributario. Pero también propugnaban, lo que enmascaraba racismo y deslumbramiento ante lo europeo, blanquear la población, intentando la atracción de inmigrantes.

Sin embargo, y suponiendo que en verdad desearan estas libertades, pensaban, aunque no lo dijesen abiertamente, que sólo la élite estaba capacitada para ejercerlas.

El paquete de medidas económicas convertía a los liberales en abogados del capitalismo exterior, en correveidiles, conscientes o no, de los intereses forasteros, favoreciendo la navegación fluvial a vapor, el librecambio o lo que el profesor Jordi Nadal ha llamado la desamortización del subsuelo (la cesión de los yacimientos mineros a empresas extranjeras, en la mayoría de los casos a cambio de nada para el gobierno), la exportación de bienes primarios sin elaborar o la introducción de manufacturados que arruinaron los obrajes autóctonos. Este desarme ante la demanda o la oferta exteriores solía ir acompañado, ya lo he dicho, de la supuesta creencia en las virtudes taumatúrgicas que tendrían los capitales de los PCC, se invirtieran en la construcción de una red ferroviaria o fueran simplemente préstamos para oxigenar haciendas siempre tambaleantes.

En otro orden de cosas, no cabe la menor duda de que el paquete

doctrinal de los liberales —porque dijeran que era el suyo o porque aparentaran que lo era— fue el bagaje ideológico del que se sirvió uno de los dos bandos en muchos de los enfrentamientos que se sucedieron en los nuevos estados entre caudillos aglutinadores y caciques regionales a los que se pretendía someter (y no olvidemos que en muchos casos la historia del liberalismo fue esencialmente la historia de su personalidad dominante), entre oligarquías capitalinas y burguesías provinciales enfrentadas por conflictos de intereses, entre *progresistas* de la costa y *conservadores* del interior. En este último caso los primeros podían coincidir con intereses de la capital o representarlos (Buenos Aires) ante un interior al que se calificaba de *tradicionalista*, o los del puerto abierto al exterior frente a un centro cerrado sobre sí mismo (Quito *vs.* Guayaquil), pero en otras circunstancias las divergencias podían oponer a grupos, clases o regiones de forma mucho más enmarañada y compleja, hasta el punto de que todavía hoy no se han podido descifrar los códigos que nos permitirían deshilvanar el ovillo, incluso en casos en que el antagonismo llegó a situaciones límite como la violencia colombiana de finales del siglo XIX.

Como he dicho, los liberales reiteradamente entraron en conflico con las masas que podían pensar que sus enemigos y los causantes de sus problemas no eran el proceso de excedentarizacion, sino quienes lo preconizaban y eran capaces de aparecer como sus responsables. Pero aunque no fueron muy frecuentes, también hubo caudillos liberales con carisma suficiente para, en lugar de enfrentarse a los desposeídos, aparecer como sus dirigentes. Sin embargo, en todos los casos encontramos los mismos obstáculos: si nuestros conocimientos sobre el liberalismo son confusos, el papel de estos líderes esta aun por esclarecerse, lo que permite que cada quien los pueda mirar a traves de su óptica o los reivindique como caudillos propios. Nada sabemos del fascinante dirigente neogranadino Vicente Herrera; el chileno Jose Miguel Carrera sigue envuelto por una impresionante nebulosa. Hacia mediados del ochocientos, los aborígenes del estado Guerrero siguieron al general mestizo Juan Alvarez, el «patriarca del sur», insurgente de la independencia, caudillo liberal y tambien, en principio contradictoriamente, defensor de los peones, de los humildes y de los indios, en fin, de los desposeidos de la tierra, y mas tarde uno de los rebeldes frente a Maximiliano. Este, el emperador, resulta tambien enigmatico: apoyado por el conservadurismo mas cerril, propugnaba a la vez una excedentarización tan ligada al capitalismo exterior como la promocionada por el liberalismo acaudillado por Benito Juárez, pero se sentia a su vez inclinado hacia los indigenas, aunque de ello sepamos bien poco.

Más sorprendente, si cabe, fue el caso de Ezequiel Zamora, que

consiguió armonizar las ideas y los intereses de los llaneros con las de las masas de los valles del norte y con las de la oposición liberal al gobierno de Caracas, y fue capaz de pertrechar a los segundos (los primeros se bastaban con sus armas-herramientas) desatando la guerra federal en 1859. Fue asesinado un año más tarde, plausiblemente por sus propios correligionarios atemorizados por el cariz que había tomado la contienda (muchos la compararon con la guerra de la independencia). Pienso que el resto de aquélla, hasta abril de 1863, no fue sino un largo paréntesis que se prolongó el tiempo que centralistas y federales tardaron en detener la revuelta social que entre todos habían dejado desatarse, y en devolver las cosas a la situación anterior a la guerra.

4.3. Conservadores

Es arriesgado intentar una tipificación, pero quizás podrían caracterizarse por algunos rasgos comunes. Defendían acaloradamente la iglesia católica, no porque fueran creyentes, sino porque la veían como uno de los contrafuertes con el que apuntalar un edificio tambaleante; sentían un enfermizo pánico ante las novedades; aterrorizados por la conflictiva insurgencia de las masas, la conocían a la perfección, recelaban que el más pequeño temblor derrumbaría el ruinoso andamiaje social; aunque vivieran en las ciudades y menospreciaran a los campesinos, decían defender el mundo rural frente al urbano; por lo mismo, rechazaban las transformaciones materiales que podían venir del exterior, la industria pongo por caso, temerosos de que provocaran nuevos desbarajustes sociales además de los que ya soportaban; se sabían componentes de un mundo viejo y caduco, condenado a desaparecer, pero deseaban prolongar los estertores hasta donde fuera posible; desesperadamente aferrados al inmovilismo, no tenían, por ello, programa ideológico o económico para intentar solucionar los problemas que se iban planteando a diario según evolucionaran la dinámica estatal y mundial.

Cardoso y Pérez Brignoli, hablando de México, piensan que los conservadores no tenían «más ideología que la simple reiteración y defensa de la raída herencia colonical aristocrática, centralista y autoritaria, clericalista, mantenedora de los privilegios corporativos, jerárquicos y mercantilistas» (2, 34).

Como he señalado, e insisto, se hace difícil explicitar la ideología conservadora, porque ellos no gustaban de hacerlo, sabiéndola impresentable, porque eran pusilánimes y pacatos, porque temían incluso a la imprenta. Pero puede rastrearse, indirectamente, en documentos de otro tipo.

Aunque parezca contradictorio, es imprescindible insistir previamente: no existen diferencias abismales entre conservadores y liberales; en el fondo se trataba de facciones de quienes controlaban los medios de producción o los intercambios y podían verse enfrentados, en todo caso, por conflictos de intereses, que, salvo momentos muy excepcionales, no iban más allá de meras disputas que ventilaban entre ellos mismos, sin que la mayoría fuera, por supuesto, informada ni consultada.

Esta similitud entre liberales y conservadores obviamente no era reconocida por los interfectos quienes debían autoconvencerse de que les separaban abismos insalvables, pongo por caso durante la mencionada cruenta guerra federal venezolana o al finalizar la misma, país en el que, a medida que avanzaba la centuria, la situación era cada vez más desesperada, y los gobiernos ni querían ni podían llevar a cabo transformaciones estructurales susceptibles de cambiarla, puesto que ya no representaban a una oligarquía autónoma (lo había sido desde mediados del siglo XVIII), sino debían también defender los intereses de las nuevas metrópolis, que ahora lo eran de verdad. Por lo mismo se intentó afianzar el edificio que se resquebrajaba recurriendo a medidas bien irracionales. Se volvió a pensar que quizás el catolicismo, exigiendo acatamiento y prometiendo la felicidad en una vida ultraterrena, proporcionaría obediencia, consuelo y conformismo; Guzmán Blanco llegó a proponer una iglesia *nacional* al servicio incondicional del estado venezolano. También se empezó a organizar un nuevo culto a la patria y a los libertadores, supercheria en la que fueron mas afortunados. Se intentó resaltar el factor hispánico, adelantandose en muchos años al fascismo español, o se penso, con mentalidad de ganaderos, que podrían solventarse los problemas blanqueando una poblacion muy oscura atrayendo inmigrantes europeos.

La defensa del catolicismo no deja de llamar la atencion en una región indiana donde la religion nunca tuvo, por razones que se me escapan pero me malicio que vinculadas al peso de la esclavitud africana, la relevancia que en el resto del Imperio y donde, sin embargo, llegó incluso a ser bandera de los liberales, mas radicales en apariencia. Nadie ha sabido explicarme por que desde la traicion de Coche —cuando los federales tenian ganada la guerra sintieron la necesidad de pactar con unos conservadores ya derrotados— los documentos de los que se decían victoriosos concluian con la formula «Dios y Federación».

Divinizar a los libertadores podia significar revivir una fobia inventada contra los españoles lo que no impidio a los oligarcas, cuando fue necesario, sentirse mas castellanos que nadie. Tomás Lander, en un artículo sobre el «Tratado de paz y amistad entre Venezuela y España»,

decía cursiladas como las que cito a continuación: «Confesamos a nuestros lectores que hoy escribimos con orgullo la *heroica España*. Y, ¿por qué no? ¿De quiénes heredaron nuestros compatriotas ese valor igualmente heroico que acreditaron los campos de batalla? ¿Cuál es nuestro origen? ¿De quienes hubieron los varones venezolanos el pundonor y la capacidad que los distinguió en otros tiempos? ¿De quiénes nuestras hembras ese pudor y esa castidad que tanto las recomienda? Fueron nuestros libertadores valientes porque sus abuelos fueron compatriotas de un Cid y de un don Pelayo. Y nuestras matronas son y serán matronas mientras imiten, en el interior de sus hogares, las virtudes domésticas de las honestas damas castellanas: esas hermosas virtudes de recato, fidelidad y parsimonia que cantó, en dulces versos, el delicioso y desgraciado Meléndez.»

Precisamente porque los que se consideraban descendientes de don Pelayo y de las pudorosas y castas matronas eran un mínimo porcentaje de una población mayoritariamente de color, fueron incesantes las propuestas de blanquearla con inmigrantes europeos, por parte de quienes no ocultaban cuáles eran sus verdaderas preocupaciones. Juan B. Calcaño, en varios editoriales titulados «Emigración» que se publicaron entre diciembre de 1837 y enero de 1838 en *La Bandera Nacional* de Caracas, decía: «Debemos partir del principio de que lo que interesa a Venezuela no es adquirir *ciudadanos*, sino población laboriosa. Algunos *ciudadanos* menos de los que tenemos y el país marcharía mejor.» Más adelante insistía, la inmigración era la primera necesidad del país, la base de su prosperidad y la que ha de asegurar el bienestar futuro de los hijos y «la tranquilidad interior».

4.4. De los masones a los científicos y cien años de violencia

Ciro Cardoso y sus colaboradores, que llevaron a cabo un interesante y estimulante intento de aproximación al ochocientos mexicano, apuntan las que a su juicio serían las principales características económicas de la reforma liberal en su fase formativa, la que transcurrió entre 1854 y 1867. En primer lugar, los reformadores, representantes de la fracción más progresista de la oligarquía dominante, debieron desarrollar su programa pensando en responder a la creciente demanda mundial de bienes primarios, enfrentándose conflictivamente con los sectores inmovilistas de la oligarquía virreinal. En segundo lugar, la reforma liberal comportó una reordenación profunda de las estructuras materiales del país para adecuarlas al abastecimiento de esta creciente demanda de bienes de exportación. Señalan en tercer lugar que la

reforma liberal supuso también, a nivel interno, un proceso de acumulación originaria en sus dos vertientes ineludibles: acumulación de capital y medios de producción en manos de la burguesía (esencialmente a través de la desamortización), y separación entre los trabajadores y los medios de producción creando y/o ampliando el mercado de trabajo. En cuarto lugar, las reformas liberales no supusieron —como tampoco ocurrió en España, pongo por caso— la libertad e igualdad de derechos para los trabajadores. En último lugar, nuestros autores llegan a la conclusión de que no existió una contradicción entre las *intenciones* de los líderes liberales y el resultado final de la Reforma, que fue, no una expansión de la mediana propiedad, sino, contrariamente, el fortalecimiento del latifundismo.

Desde el punto de vista ideológico y político, Cardoso y sus colaboradores enfatizan estos puntos: siguiendo a D. A. Brading, insisten en que la ideología liberal —con las características generales que he señalado al principio— estaba formada por un conjunto de abstracciones importadas de los PCC, que podía ser reivindicado por grupos sociales bien dispares, mientras que los conservadores no pretendían nada más que eso, conservar privilegios y ventajas que se habían ido consiguiendo durante el período colonial. Sin embargo, unos y otros coincidían en algunos puntos: exclusión de las masas del juego político (sobre lo que volveré de inmediato), preponderancia de las actividades agropecuarias sobre las demas actividades productivas y total oposición teórica al intervencionismo estatal en lo económico.

Por lo que acabo de señalar, la política estaba restringida a un grupo bien limitado de súbditos, y se pueden distinguir dos etapas nítidamente separadas: la que transcurrió, desde la independencia, hasta 1854 y, desde esta fecha, hasta la consolidación del porfiriato en 1884. La primera se habría caracterizado por la actuación a través de organizaciones protopolíticas —las logias masónicas principalmente— y por la discusión de una problemática que podríamos calificar todavía de colonial, ventilándose cuestiones que se habían empezado a debatir en la etapa del reformismo borbónico. En la segunda ya se habían definido los dos grupos opuestos, conservadores y liberales, que luchaban con métodos distintos para alcanzar el mismo fin, la plena excedentarización.

También cabría insistir en que quizás México fue el único país latinoamericano donde, en el mencionado enfrentamiento y en el resultado final, jugó un papel bien relevante la intervención militar extranjera y la oposición a la misma de uno de los dos grupos enfrentados, el liberal.

He mencionado la exclusión de las masas de la discusión política. Creo que es necesario insistir sobre este punto, porque precisamente

una determinada historiografía, invirtiendo los términos, ha querido atribuir un cariz popular a un movimiento que no lo tenía en absoluto. En todas las nuevas repúblicas latinoamericanas —y por supuesto en el resto de Occidente— las masas fueron explotadas y nadie pensó que pudieran ser consultadas para conocer su parecer sobre la organización estatal. Pero en el caso de México, y quizás en alguna otra república de población mayoritariamente de color, las masas no sólo fueron marginadas, sino que fueron derrotadas a principios de siglo en las guerras que se siguen llamando de la independencia, y a partir de este momento (tal fue el pánico producido por la insurgencia de los de abajo), los rurales y las masas urbanas serían no sólo tenidos como seres inferiores, sino también como enemigos a los que se había vencido y a los que debía tenerse constantemente bajo vigilancia para poder sofocar cualquier nueva revuelta antes de que se extendiera.

* * *

En la Nueva Granada, el liberalismo surgió, aparentemente, algo más tarde que en México, pero, igual que en esta república, representado por grupos emergentes que lamentaban que la oligarquía conservadora continuara manteniendo el país, en todos los aspectos, como en el período colonial, lo que, todo sea dicho de paso, confirmaría una vez más que los enfrentamientos desencadenados entre 1810 y 1824 no habían acarreado transformaciones significativas.

En 1848, fecha que algunos autores dan como la del orto de liberalismo, *La América*, periódico de esta tendencia, acusaba a los gobernantes de lo que acabo de señalar.

Gerardo Molina, un buen especialista al que sigo en estas líneas, hace un pormenorizado recuento de los grupos sociales burgueses opuestos a la oligarquía colonial: comerciantes, mineros del oro que invertían sus beneficios en otras actividades, manufactureros, pequeños o medianos propietarios de tierra y arrendatarios de las rentas públicas. Pero, si todos estos grupos se enfrentaban a la oligarquía, no conseguían llegar a un acuerdo al proponer reformas determinadas: los comerciantes pedían librecambio y los manufactureros proteccionismo y transformaciones sociales que ampliaran la capacidad adquisitiva de sus paisanos, los radicales exigían el federalismo mientras otros más timoratos pensaban en un estado central fuerte que garantizara el orden, capaz de emprender costosas obras de infraestructura o con recursos para atraer inmigrantes europeos.

Estas y otras cuestiones más doctrinales o ideológicas provocaron la escisión del liberalismo en dos ramas, la liberal propiamente dicha y la democrática, una diciendo inspirarse en los postulados franceses de

1789 y la otra en teóricos más radicales como Proudhom, por ejemplo; fueron incapaces de ponerse de acuerdo en la forma de organizar la enseñanza, en la manera de manumitir a los esclavos o en la actitud frente al monopolio del tabaco.

Florentino González, que en sus años mozos y en la época bolivariana había mostrado veleidades radicales, regresó convenientemente moderado tras una larga estancia en la Gran Bretaña y, es posible, como abogado de los intereses ingleses; así, durante la primera administración Mosquera, adoptó el librecambismo o dio facilidades para la navegación por el Magdalena.

Poco más tarde, los miembros de las dos fracciones liberales se conocieron como draconianos y gólgotas. Y la más radical, precisamente con este calificativo, dominó en Colombia entre 1863 y 1877, defendiendo las libertades en apariencia más absolutas, el federalismo a ultranza, la total separación entre iglesia y estado, o minimizando el papel del gobierno. Pero los radicales, muy ilusos, moviéndose en las esferas intelectuales sin tocar de pies en el suelo, pensando que sólo en las ciudades vivían gentes «civilizadas» o convencidos del poder taumatúrgico del federalismo, fueron incapaces de consolidar su proyecto y, contrariamente y sin quererlo, beneficiaron a sus opositores: así, por citar un solo caso, la vieja oligarquía virreinal se llevo la parte del león en la desamortización.

El programa radical no sólo no cuajó, sino que, por añadidura supuso el ascenso al poder de un liberal tan peculiar y, valga la paradoja, tan poco liberal como Rafael Núñez, que de radical se convirtió en mosquerista para acabar fundando dos partidos, el Independiente y, más tarde, el Nacional, que degeneró en autoritario, autocrático, aristocrático, defensor de la iglesia y partidario de una democracia restringida al máximo, que él llamó «democracia convenientemente dirigida». Cabría insistir en que en Colombia —donde a pesar de todo se sigue alardeando de tener la democracia más antigua del continente— fue, en apariencia, donde alcanzó mayor violencia el antagonismo entre liberales y conservadores.

4.5. Los oligarcas que no temblaron

Años después de 1830, el liberalismo venezolano fue escindiéndose. Mientras una fracción moderada se sentía cada vez más próxima a los conservadores, una facción radical iba despegándose y llegó a crear un partido nuevo, el federal, populista, con un desdibujado programa en el que se exigían garantías formales pero no se planteaban las graves cuestiones estructurales heredadas del período colonial. Así se

hablaba de una tenue vinculación con un programa bolivariano, se mencionaban taumatúrgicas virtudes de la organización política descentralizada o se prometía una serie de libertades formales, pero se olvidaban las relaciones de producción, la propiedad de la tierra o las reivindicaciones llaneras.

Serían significativas algunas muestras de los calificativos con que la oligarquía conservadora obsequió a sus oponentes a lo largo de una cruenta guerra civil que muchos consideraron como la continuación de la de Independencia. Oponentes con quienes, a pesar de estos calificativos, perpetraron el mencionado contubernio de Coche precisamente porque el desarrollo de la contienda había llegado a tal extremo que las masas y los llaneros habían pensado protagonizar una verdadera revolución provocando que la burguesía federal prefiriera pactar con sus enemigos y no verse arrastrada por unos correligionarios que habían llegado a creerse sus proclamas. Una vez más las masas y los llaneros perdieron la guerra, como en 1821, cuando tenían la victoria en sus manos; y la oligarquía dejó de temblar en 1863 a pesar de lo que decía la primera estrofa del himno federal, que todavía puede oírse en Venezuela con motivo de las grandes ocasiones.

A finales de marzo de 1858, el general Castro escribía al licenciado Rodríguez sobre el curso de la guerra y, lamentándose de la lentitud de las operaciones logísticas del ejército gubernamental, añadía acerca del federal Sotillo: batido en Oriente, se limitaba, huyendo siempre de sus oponentes, «a atacar las poblaciones indefensas, si bien cometiendo todo linaje de excesos, con el propósito de arrastrar prosélitos; pero su plan es inútil: el eco de la muerte sólo responde a sus gritos desenfrenados». El 7 de enero de 1860, era el doctor Pérez de Velasco quien escribía a Rodríguez: «Hoy la revolución ha degenerado en salteamientos de bandoleros. Batidos los revolucionarios por todas partes, ya no pretenden medirse en guerra regular con los sostenedores del gobierno y agrupados en partidas poco considerables, siembran el espanto dondequiera.» En la *Memoria de Interior y Justica,* del mismo 1860, decía el secretario: «Todas las facciones mencionadas [...] tienen un mismo carácter: manifiestan las más disociadoras tendencias, cometen atentados de todo linaje contra la propiedad y la familia y dejan por huella de su paso el incendio, el saqueo, el deshonor de las mujeres y la orfandad de los niños.» A finales de enero de este año, Pedro Gual le había escrito a Rodríguez: «Mi esperanza, pues, no está ahora en los hombres, sino en la Providencia.»

A mediados del año siguiente, el 19 de julio, en un decreto declarando en estado de asamblea a las provincias «acosadas por los facciosos», se afirmaba: «La sociedad está amenazada en sus bases fundamentales; la fortuna pública y privada desaparece; la seguridad perso-

nal apenas existe en las grandes ciudades; la anarquía todo lo invade, todo lo transtorna, todo lo destruye, hasta los restos de la civilización cristiana que heredamos de nuestros padres y que procuramos cultivar con esmero en los felices días de la República.» A finales de este mismo año, Rodríguez, hablando de la dictadura del general Páez, decía que la sociedad venezolana quería «probar si por este medio se le restituía el perdido tesoro de su sosiego y civilización, a la vez que volvía a ejercer su imperio el olvidado respeto a la propiedad, que había sido atropellado y más todavía escarnecido y pisoteado por hordas analfabetas y anárquicas a las que se les había hecho pérfidamente creer que así era como se hacía patria».

En febrero de 1862 el secretario del Interior oficiaba a todos los gobernadores y decía de los insurgentes que eran «hordas desalmadas, sin fe, sin ley, sin religión y aun sin caudillo». El 25 de enero de 1863 enviaban desde Calabozo documentos sobre el asesinato del comandante Juan Vicente Álvarez y se mencionaba «la traición, instrumento ordinario de los bandidos que han declarado a la sociedad una guerra de exterminio». Añadían que Álvarez había sido «muerto por aquellos bárbaros que no podían perdonarle su decidido amor al orden».

Insisto en que sólo es una muestra; dado el nivel alcanzado por los enfrentamientos, no debe extrañarnos que los dirigentes federales decidieran pactar con los conservadores cuando éstos tenían irremediablemente perdida la guerra. Tampoco deberíamos escandalizarnos por las limitaciones programáticas de federales o liberales en los países latinoamericanos, o en el resto de Occidente. Lo que no tiene justificación alguna, lo que es una falacia, es haberlos querido presentar como lo que no fueron, como dirigentes revolucionarios abjurando de sus vinculaciones de clase y dirigiendo misteriosamente insurgencias populares. Tales anacronismos y chapuzas han sido perpetrados, no por quienes estan interesados en saber lo que ocurrio, sino por quienes inventan un *pedigree* para unos grupos actuales bien concretos. (Referencias en Izard, 1988, 97-107.)

4.6. Los leones y la historia

He insistido machaconamente a lo largo de este trabajo en los engendros de la HO. Un dicho popular afirma que la historia la escriben los vencedores; según un curioso refrán africano, que nos ha transmitido Eduardo Galeano, «Mientras los leones no escriban historia, ésta sólo narrará las proezas de los cazadores» y el cineasta argentino Luis Puezo va más lejos y afirma que la historia la escriben los asesinos.

El intento de implantar la sociedad excedentaria, lo he dicho y repetido, enfrentó una enconada resistencia en todas partes y los liberales, que finalmente ganaron, una de las tareas imprescindibles que primero perpetraron fue imponer su visión de los acontecimientos. Es de sobras conocida la interpretación que en este embeleco se endilga a la resistencia de los rurales y demás miembros de las clases subalternas, se les califica de reaccionarios, meapilas, bobalicones, testarudos, convencionales por naturaleza, todo lo cual les habría convertido en presa fácil de demagogos o populistas (los clérigos tenían especial y milagrosa influencia sobre ellos), mientras los juristas podían embaucarlos sin mayores problemas; difícilmente podían llegar a comprender el proyecto que los liberales más progresistas intentaban implantar para su propio bien; se aliaron de manera estúpida con los grupos más retrógrados, continuando una revuelta primitiva, absurda, caótica e inmadura; no eran capaces de formular sus propias reivindicaciones y se dejaban alucinar por la confusa ideología de los nostálgicos.

Me malicio que lo mismo ocurrió con alguno de los caudillos, más o menos populares, que la historiografía oficial ha decidido —más de una vez *a posteriori*— convertir en el obstáculo para la implantación del paraíso que decían ofrecer.

Este largo preámbulo pienso que está justificado. La HO latinoamericana está surcada de personajes esperpénticos y estereotipados a los que se atribuyen los calificativos más rimbombantes. Vicios execrables (banquetes orgiásticos, borracheras, libertinas francachelas), crapulez desenfrenada, conspiraciones traicioneras, caudillismo bárbaro, dictaduras cuartelarias, tiranías abusando de la fuerza bruta, crueles crímenes, ambición siniestra y sangrienta, corrupción, ignorancia, latrocinio, ridiculez, extravagancia, son algunos de los calificativos que, pongo por caso, la HO ha endilgado al presidente boliviano general Mariano Melgarejo que ocupó el poder entre 1864 y 1871. Y pienso que debería recordarse que demasiados presidentes, más o menos dictadores, de América Latina o del resto de Occidente podrían ser acusados de peculiaridades semejantes, estuviesen o no relacionadas con la realidad, lo que siempre sería bien difícil demostrar o calibrar.

* * *

Osaría decir que José Gaspar Rodríguez de Francia es personaje fascinante, denostado y enmascarado. Cuando en mayo de 1810 la oligarquía de Buenos Aires decidió heredar plenamente el poder virreinal, ante la disputa monárquica en la Metrópoli, enfrentó el rechazo de los notables provinciales; Rodríguez de Francia fue elegido por los de la Asunción y dirigió la resistencia frente al ejército de aquella.

Posteriormente, fueron diluyéndose los vínculos con Buenos Aires poniéndose en evidencia, a la vez, que los futuros paraguayos no deseaban pelear con los de la capital virreinal —desdeñaron propuestas en tal sentido del uruguayo Artigas—, pero tampoco acatarlos. El 12 de octubre de 1813 proclamaron la república, la primera en América del Sur, gobernada por dos cónsules, que se alternarían, y Francia, uno de ellos, lentamente fue quedándose con el poder. La hostilidad de Buenos Aires, de los portugueses y de las autoridades metropolitanas colaboraron a un aislacionismo al que la gente del Paraguay había recurrido en anteriores situaciones de acoso. Se renovó la actitud antibeligerante ante nuevas llamadas de Artigas. A finales de 1814, Francia, siguiendo siempre una parafernalia romana, fue ungido Dictador Supremo de la república.

Aparentemente, el Supremo, imbuído en las teorías rousseaunianas y teniendo presente lo actuado por Robespierre, consiguió el apoyo de la mayoría, que en este caso sería de aborígenes, para enfrentar no sólo a los liberales de la capital virreinal, sino a los del mismo Paraguay, quienes le despreciaban por extranjero (se decía que era hijo de brasileño) y le calificaban de «genio hipocondriaco y atrabiliario, corazón lleno de amargura y de hiel; espíritu egoísta; pensamientos caníbales; ideas tortuosas; engreimiento sin ejemplar; audacia insufrible; presunción exclusiva; operaciones maquiavelísticas».

El reiterado acoso de Buenos Aires y de Artigas reforzaron a Francia, llevaron al gobierno a incrementar su aislamiento con un exterior hostil y a aquél a proclamarse Dictador perpetuo a mediados de 1816 y hasta su muerte (1840). Cesó incluso la navegación, se desentendió del resto del mundo, que no aceptaba, y organizó el país de una forma bien peculiar. Aunque hizo a la iglesia dependiente del estado y suprimió los conventos, bastantes rasgos del modelo recordaban lo que los jesuitas habían organizado durante el período colonial.

El grado de estabilidad, equidad y tranquilidad conseguido en Paraguay, que contrasta con el resto del continente, acrecentaron la enemiga de los vecinos que no podían tolerar la organización de aquella sociedad que, en apariencia, funcionaba social y militarmente sin apenas diferencias entre las gentes y contaba con el apoyo de las clases subalternas. La agresividad no fue exclusiva de los vecinos, sino de todos los liberales del hemisferio. Bolívar se ofreció en 1825 para conquistar el Paraguay y obligarle a ingresar en la Unión argentina, lo que ésta rehusó temiendo la interferencia de los ejércitos del caraqueño.

Diría que es ilustrativo el caso del naturalista francés Aimé Bonpland, colaborador de Humboldt. Detenido, pues se receló que colaboraba con el gobierno de Montevideo, estuvo confinado diez años en Santa María, pero cuando Francia le obligó a abandonar el país, Bon-

pland se resistía, pues recordaba con demasiado agrado la década pasada allí; poco después llegó a Corrientes, les robaron los caballos y habría exclamado, «Cómo se ve que ya no estamos en el Paraguay». Y es que Francia habría organizado una sociedad tendente al igualitarismo, sin empobrecidos, sin dirigentes, mendigos o personas imposibilitadas de conseguirse lo necesario para subsistir.

Me malicio que este fascinante personaje ni siquiera ha sido captado por Roa Bastos, el gran creador paraguayo y autor de cuentos y novelas extraordinarias, quien en *Yo el Supremo* se ha dejado arrastrar por todos los tópicos entelarañados por la HO.

* * *

Tan pronto como los sucesos de la Metrópoli precipitaron en la decisión de la oligarquía bonaerense de controlar el virreinato se produjeron, lo acabo de señalar, enfrentamientos con los notables provinciales quienes no querían perder una cierta autonomía que les había deparado la decadencia española. El panorama todavía se complicó más por la impresionante insurgencia popular, su alianza accesoria con caudillos locales o con los cientos de miles de desorientados por el proceso de excedentarización. Mientras la oligarquía de la capital evidenciaba cada vez más su unitarismo, los notables provinciales iban proclamándose federalistas.

Juan Manuel de Rosas, dejando de momento aparcada la parafernalia parlamentaria, gobernó autoritariamente, de 1829 a 1852, defendiendo los intereses de los terratenientes de la capital y de los ingleses —pero sin tolerarles intervenciones más o menos militares—; adoptando una actitud paternalista o protopopulista, proclamándose, contradictoriamente, defensor de los intereses de las clases subalternas; a la vez que, desde Buenos Aires, hizo y deshizo en las provincias, enviando tropas contra las más díscolas a pesar de lo cual se proclamó jefe de una Confederación.

Para Gastiazoro —desde una óptica marxista que tacha la dictadura de Rosas de feudal— el período puede caracterizarse por la afirmación de la gran propiedad territorial, con neto predominio de los intereses ganaderos, particularmente del vacuno. En estas condiciones y beneficiándose de su situación geográfica, costa en el Atlántico, la provincia de Buenos Aires consiguió devenir la más importante del país, invirtiéndose una tendencia que había prevalecido hasta 1810.

Así la oligarquía terrateniente habría aprovechado para imponer la especialización en la ganadería vacuna, en una primera etapa para exportar cueros, pero también tasajo y sebo, de acuerdo con el comercio británico, subordinando el resto del país a estos intereses, hasta el

extremo de llegar a importar harina de trigo de Norteamérica a pesar de que antes se había exportado.

Insiste Gastiazoro en que Rosas no sólo estancó el país, sino que llegó a retrogradarlo. Otra historiografía, además de la liberal por supuesto, piensa que el recurso a la dictadura de Rosas había sido imperiosa pues fue la única manera de unificar el estado y vencer las tendencias centrífugas que lo desmembraban y debilitaban.

* * *

Gabriel García Moreno, que se inició en las lides políticas dentro del liberalismo radical, se fue decantando, en su oposición al presidente Urbina, hacia el conservadurismo más cerril, defendiendo a los terratenientes ecuatorianos, la oligarquía urbana y la iglesia en lo que dio en llamarse el clericalismo civilista.

Ya durante sus viajes a Europa, más o menos como desterrado político, se había interesado por profundizar conocimientos, en París, sobre matemáticas, física, química y apologetica cristiana.

En mayo de 1859 un pronunciamiento del conservadurismo de Quito designó un triunvirato dirigido por García Moreno, este debio enfrentar al ejército liberal que les derrotó estrepitosamente. Tambien aca las fuerzas centrífugas pesaban más que las contrarias y, a finales de año, Guayaquil y Cuenca pensaban organizarse como estado. Era evidente que hacía agua el anhelo de la oligarquía de Quito de crear y controlar un estado-nación-mercado que equivaliese mas o menos al antiguo territorio de la Presidencia, y este nuevo secesionismo parecio peor que el iniciado en 1810 cuando los notables de Guayaquil y Cuenca pactaron con el ejército peruano. En situacion tan desesperada García Moreno recurrió, en ultima instancia, al odiado y denostado militar venezolano y bolivariano Juan Jose Flores, que habia sido capaz de mantener la unidad por la violencia y el abuso de poder, durante quince años, de 1830 a 1845. Éste organizo un ejercito y, a sangre y fuego, aplastó, como dicen los manuales, «de una vez, todas esas fuerzas del mal que anarquizan el país». El panico a esta reorganización era considerable (los notables de Guayaquil habían preferido incorporarse al Perú) y justificado: tras la toma de Guayaquil, García Moreno persiguió y liquidó a todos sus oponentes tachandolos, por supuesto, de facinerosos, bandoleros, piratas o, simplemente, malhechores. Instauró una dictadura, disfrazada como parlamentaria, pero su actuación debía ser bendecida, por unanimidad, en una asamblea domesticada, y procedió, a la vez, a eliminar cualquier señal de discrepancia, de forma violenta y vengativa, a pesar de que, formalmente, el país se regía por una constitución, la de 1861, contemplando, por supuesto, todas las

libertades habidas y por haber. Así, pongo por caso, mandó fusilar setecientas personas acusadas de delitos políticos, esencialmente secesionistas o críticos a su dictadura, aunque la constitución, de forma explícita, prohibía la pena capital para delitos políticos.

Escribió al gobernador del Azuay: «La represión pronta, enérgica, terrible es el único medio de refrenar a los malvados, los cuales se insolentan con el sufrimiento y confunden la paciencia con la cobardía [...]. Escarmiento a cañonazos a los revoltosos. No vacilaré en hacer pasar por las armas a todos los que favorezcan de cualquier modo a los enemigos y los haré ejecutar religiosamente.»

García Moreno, en el trono o detrás de él, mandó pergeñar una nueva constitución en 1869 —que los liberales llamaron carta de esclavitud o carta negra— inspirada en los modelos autoritarios bolivarianos: presidente reelegible indefinidamente, centralización total, atributos absolutos al ejecutivo, libertades elementales (pensamiento, palabra, prensa, etc.) limitadas y el gobierno capacitado para determinar cuándo se abusaba de las mismas, obligatoriedad de practicar la religión católica.

El poder personal, incuestionable e incuestionado, el recurso al terror, el irrespeto a los más elementales derechos humanos culminaron en el concordato de 1862. La jerarquía eclesiástica lo controlaría todo, la educación, por supuesto, o la lectura (los obispos decidirían los textos de enseñanza y podrían prohibir libros que consideraran contrarios a la religión y a las buenas costumbres). Se mantuvo el catolicismo como religión única o se proclamó que las fuerzas represivas debían ponerse a las órdenes de los obispos, «en los casos en que lo soliciten, principalmente cuando deban oponerse a la maldad de aquellos hombres que intenten pervertir el ánimo de los fieles y corromper sus costumbres».

A la vez, Roma concedía al presidente el aberrante, y colonial, derecho de patronato, cediéndole la potestad de nombrar los obispos y al clero, encargados, lo acabamos de ver, de dictar e imponer la moral. La simbiosis entre estado e iglesia era total: se incrementaba la capacidad de influencia de ésta y aquél conseguía su cooperación para llevar hasta el paroxismo el aparato represivo.

En el plano internacional, mientras proclamaba la neutralidad del Ecuador a raíz de la agresión española al Perú, poco antes, en 1859, había propuesto al gobierno francés que recibiera al Ecuador como protectorado.

Por supuesto, y a la vez, pretendía la *modernización* del país, ordenó construir puentes y caminos, fundó una escuela politécnica, importó hermanos de La Salle franceses para facilitar la integración cultural de los aborígenes, intentó extender la enseñanza a todo el estado.

El manual de historia del que he sacado los párrafos textuales, dice como colofón al capítulo, tras mencionar el asesinato de García Moreno, «el 6 de agosto de 1875 moría trágicamente uno de los mayores déspotas políticos de América. Pero se le había quitado al Ecuador, a la vez, uno de los más conspicuos creadores y organizadores de su progreso, de su unificación nacional y de su cultura».

Y es que la historiografía liberal debe blasmar de estos dictadores conservadores, tantos por todas partes, pero debe, de manera velada, agradecerles que gracias a la fuerza fueran capaces de imponer una unidad y un progreso que la inmensa mayoría de los afectados rechazaba porque sabían perfectamente que se llevaba a cabo en su perjuicio.

* * *

Bolivia es quizás uno de los casos paradigmáticos de lo que he mencionado. Alcides Arguedas, en un manual de historia escrito en 1922, todavía vigente, subtitulado precisamente *El proceso de la nacionalidad,* dice de mediados de los sesenta del siglo pasado: «Era la anarquía que se agitaba en germen dentro de las entrañas del país. El principio de autoridad tenía por adeptos únicamente a quienes se creían con títulos para manejar los negocios públicos aunque se negasen a reconocerlo en los que por el momento lo regentaban. No existía ni solidaridad de principios ni un criterio adecuado para encarar de una vez el problema único del afianzamiento de la nacionalidad bajo las bases de la cultura general, de la riqueza privada, de las vías fáciles de comunicación, de la despensa barata y de la idoneidad administrativa.»

A finales de 1864, el general Melgarejo llegó al poder derrocando, mediante pronunciamiento, al militar que lo ocupaba. Arguedas traza el consabido retrato, «hijo del pueblo y educado bajo el corrompido ambiente del cuartel, la vida toda de Melgarejo no era sino un terrible amasijo de traiciones y felonías, a cual más viles y detestables [...]. De gustos ordinarios, todo su pasado de miserias y de bajas frecuentaciones se traslucía en el menor de sus gestos que todos acusaban ordinariez, estúpido plebeísmo y lamentable ignorancia».

Para consolidarse en el poder tuvo que vencer a otros caudillos militares, Belzu pongo por caso, a algunos de los cuales llegó a asesinar personalmente, pero para mantenerse se encontraba en un callejón sin salida: cómo conseguir fondos para pagar a los soldados que lo asegurarían en el trono y lo defenderían de otros aspirantes, en un país en el que los anteriores gobernantes habían saqueado hasta los últimos recovecos.

Dice la HO que Melgarejo enfrentó la oposición de todo el país, que proliferaban sus rivales militares y que no tenía con qué pagar su

pequeño ejército. Lo que no explica la HO es por qué a pesar de todo esto consiguió mantenerse en el poder.

Por otra parte —valiéndose de su cargo—, Melgarejo llevó a cabo una serie de medidas imprescindibles para implantar el modelo liberal. Liquidó las tierras comunales de los aborígenes, creó bancos, mandó construir carreteras.

Melgarejo —que había neutralizado tantas revueltas— fue derrotado a principios de 1871, cuando intentaba liquidar una nueva en La Paz, por los mismos aborígenes —desesperados— a quienes había arrebatado las tierras que, organizadas de forma peculiar desde mucho antes de la conquista, les permitían seguir funcionando como sociedad con unos rasgos antagónicos de los que quería instaurar el liberalismo.

5. Violencia y represión

5.1. Herencia colonial

Como he señalado en la introducción, en el laboratorio indiano se encomendó a la Iglesia la represión ideológica (lo que, todo sea dicho de paso, me malicio no se consiguió tan plenamente en la Europa feudal, como nos ha querido hacer creer la HO); ello afectó de manera esencial a los aborígenes a quienes se prohibió seguir vinculados a sus creencias y fueron reiteradamente acosados y perseguidos como paganos o herejes, todo lo cual ha llevado al historiador católico italiano Rugiero Romano a afirmar, «la evangelización fue uno de los aspectos de la agresión». En efecto, como ha señalado Dolores Juliano (1986, 25), el sacerdote debía inculcarles la ideología de los invasores a la vez que controlaba y castigaba a los transgresores. Dado que prácticamente todos los curas fueron blancos, eran no sólo transmisores de valores y normas de los dominadores, sino que eran además miembros de otra etnia que cumplía el papel de centralizar la información del grupo —mediante la confesión— y de transmitir la cultura dominante por muchos caminos, los sermones en especial. Por añadidura —tergiversando en parte el mensaje evangélico— propugnaban determinados valores morales, resignación, obediencia, respeto a los llamados superiores, etc., lo que era imprescindible para la perpetuación del sistema.

En las fronteras entre el territorio controlado por los ibéricos y los territorios todavía no sometidos, los misioneros jugaban un destacado papel, incluso militar, actuando como vanguardia de la penetración. Los negros —al principio todos esclavos— no fueron cristianizados y

crearon, sintéticamente, nuevas creencias animistas con elementos africanos, aborígenes y europeos; lo que también ocurrió entre las sociedades cimarronas.

Por añadidura, a lo largo del período colonial, la iglesia se hizo con enormes propiedades, por mecanismos similares a los utilizados en Europa, pero más fácilmente, dada la cantidad de tierras que se atribuyó la Corona, todas, menos las que hubieran sido ocupadas por blancos.

Impresionantes extensiones de tierra en una sociedad esencialmente agropecuaria convirtieron a la Iglesia en la primera e indiscutible potencia económica de las Indias y casi la única en capacidad de prestar cantidades estimables de dinero, o crédito, a los que ya lo controlaban y de simientes a los condenados a trabajar. Esto supuso, sin duda alguna, mayor capacidad de represión ideológica, lo que también ejercía, de forma indirecta, a través de la enseñanza y la *beneficencia*.

E institucionalmente, la Iglesia se hizo la única fuerza social capaz de competir por el poder, pero, a la vez, un objeto de manipulación por parte del mismo poder central, la monarquía castellana a través del regio patronato.

A otro nivel, bueno es recordar que la escisión de los ilustrados —entre liberales y conservadores— y los distintos papeles pensados para la Iglesia, tuvieron lugar antes de la emancipación, si bien ésta —aspiración del liberalismo— se llevó a término al margen de la voluntad de la Iglesia, pero jamás contra ella, y ya las primeras constituciones contemplaban la religión católica como única y seguían dejandole el control sobre la enseñanza.

Y a lo largo de los complejos enfrentamientos de principios del siglo XIX Roma y las jerarquías de las Indias no estuvieron casi nunca al lado de los liberales secesionistas, lo que supuso que después de 1824 escasearan los obispos —buena parte huyeron de sus diócesis a las Antillas o a la Metrópoli y ya no regresaron— y tardaron años en establecerse relaciones diplomáticas con el Vaticano, pues éste, tozudamente, se negó a reconocer las nuevas repúblicas. Así, la de México no lo fue sino en 1836 y el arzobispado de su capital estuvo vacante durante dieciocho años, de 1822 a 1840.

Hacia mediados de siglo —cuando ya se habían normalizado a plenitud las relaciones con el Vaticano— comenzaron los graves conflictos de la Iglesia con los liberales, dentro de la absurda desavenencia que tantas veces he mencionado, entre éstos y los conservadores; en este caso agravado, pues las fabulosas propiedades de la Iglesia, a la vez que podían convertirse en un reducto para las clases subordinadas (con ello eran menos vulnerables), dentro de las alianzas contra natura

que se fueron entretejiendo, representaban, también, un jugoso atractivo para políticos sin escrúpulos que querían enriquecerse.

El enfrentamiento se fue desacerbando a medida que liberales por un lado y conservadores y jerarquías eclesiásticas por el otro, iban sedimentando su actitud frente a temas que afectaban a todos, relaciones entre Iglesia y Estado, matrimonio y divorcio, o control sobre la enseñanza, y a medida que se desenmascaraban los primeros y se iba poniendo en evidencia el abismo entre su discurso y el proyecto que en verdad querían perpetrar.

Mientras en algunos países, ya he mencionado el Ecuador de García Moreno, la Iglesia llegó a confundirse con el poder, en otros el enfrentamiento alcanzó cotas insuperables. Así ocurrió en México, Colombia o Venezuela, donde el gobierno de José Tadeo Monagas expulsó del país, en 1848 a «los extranjeros de *ambos sexos* pertenecientes a la Compañía de Jesús, cualquiera que sea la denominación que hayan tomado»; premonición de las medidas anticlericales de Guzmán Blanco.

Lo que vengo señalando sobre el papel represor de la Iglesia oficial puede aparentemente chocar con una machacada gran religiosidad de las clases subalternas, especialmente los aborígenes, en América Latina. Dolores Juliano ha resuelto el enigma recordando la supuesta devoción popular en Europa a finales del siglo XVIII, debida en realidad al temor de los grupos marginados a manifestar de forma abierta opiniones, sentimientos o deseos que no recibían una total aceptación social. Cabría la posibilidad de que aquella religiosidad no correspondiese a una fe totalmente real, como lo afirman los interesados, sino a un autocontrol de los disidentes, quienes no se atrevían a declarar en público su heterodoxia.

Por otra parte no debemos olvidar que la mayoría de las culturas, si no son dominantes, sincretizan sin mayor problema. Esta peculiaridad general, más la necesidad ineludible de aparentar la pertenencia a la región obligatoria, explicaría que los miembros de muchas comunidades penetren en apariencia en templos católicos para poder llevar a cabo sus prácticas ancestrales sin mayores problemas, en lugares para ellos sagrados, que con toda seguridad se encuentran exactamente en el mismo lugar donde se edificó el templo cristiano.

5.2. Papel de las fuerzas armadas

Si bien la conquista, esclavización de los aborígenes sedentarios e inicio del exterminio de los trashumantes, fue una vorágine de violencia y sadismo protagonizado y perpetrado por civiles castellanos armados, a lo largo del período colonial —como ocurrió en el resto del

Occidente coetáneo— ni fueron necesarios ejércitos permanentes, ni estuvieron sistematizadas las fuerzas represivas internas, y la persecución de los refractarios funcionó mediante mecanismos que apenas conocemos. Contrariamente se crearon cuerpos policiales específicos, así para acosar a los esclavos fugitivos o a supuestos cuatreros.

Habían tenido lugar enfrentamientos de bandos de conquistadores rivales, de una violencia impactante, en el Perú o en la Nueva Granada, se habían organizado fuerzas puntuales para situaciones concretas, así aplastar revueltas aborígenes, como derrotar corsarios o defender puertos durante las guerras marítimas, pero las Indias no fueron barajustadas por primera vez —en un conflicto a escala continental— sino durante las llamadas guerras de la independencia, en las que intervinieron pueblos en armas o ejércitos expedicionarios metropolitanos. Junto con los primeros, llaneros o gauchos pongo por caso, jugaron un rol destacado esclavos *voluntarios*, a quienes se prometio la libertad a cambio de participar en la contienda.

Durante el primer medio siglo de vida republicana el hecho de que la secesión, lo he dicho y repetido, no hubiera resuelto, sino exacerbado, la insurgencia popular, supuso que no tuvieran lugar alteraciones en el panorama social. Continuaron y se incrementaron las revueltas de las víctimas del proceso de excedentarizacion, pero a pesar de la impresionante inestabilidad que ello comportaba, persistieron ejercitos reducidos y sólo se reclutaron fuerzas estimables para liquidar rebeliones concretas y puntuales y, por supuesto, para intervenir en los conflictos internacionales que mencionare en el proximo apartado, o en los enfrentamientos internos que, desafortunadamente, surcaron todo el siglo XIX latinoamericano, unitarios contra federales en Argentina o conservadores contra liberales en Colombia.

Al contrario, sí fue novedad en la centuria la participacion de los militares en el poder, o los reiterados intentos de hacerlo. Muchos de los oficiales de mayor graduación que intervinieron en las guerras de la independencia se enriquecieron, directa o indirectamente por su actuación en las mismas, ingresaron en los grupos oligarquicos y se creyeron, o fueron vistos como idoneos para defender los intereses de éstos.

Sin embargo, a medida que pasaba la centuria y se extendian las insurrecciones populares que, a la vez, eran cada vez mas espectaculares, en algunos países concretos se ensayaron salidas extremas. Así, en el Perú se creó una guardia civil, igual a la de la antigua Metropoli en 1853.

Más o menos a partir de 1880, a medida que el crecimiento, material, hacia afuera producía beneficios fiscales estimables y los PCC exigían garantías para sus inversiones o continuidad en su abasteci-

miento, por primera vez fue ineludible, y a la vez factible, organizar ejércitos profesionales, permanentes, pertrechados, y eficaces en potencia.

Reiteradamente hubo interacción y los nuevos ejércitos, creados para acontecimientos puntuales ya no fueron desmantelados y permanecieron como garantes del orden liberal; así ocurrió con el creado en la Argentina para conquistar la Pampa o con el ejército chileno organizado para invadir el Perú en la guerra del Pacífico, 1879-1883, que a partir de la segunda fecha sirvió para aplastar a sangre y fuego las demandas de los mineros del Norte grande, el mismo territorio del salitre arrebatado al Perú y a Bolivia, y culminó, ya fuera de nuestra centuria, en la dantesca matanza de Santa María de Iquique.

A lo largo de las dos últimas décadas del siglo XIX, pero en especial en el XX, el ejército se convertiría en la única institución capaz de controlar todo el territorio *nacional,* símbolo y garantía cada vez más inalterable ante los continuados cambios de régimen, de los que era víctima la burocracia. Estos ejércitos disponían de autonomía, presupuesto más que suficiente, técnicos y medios, redes de transporte o de comunicaciones.

Acabo de mencionar la conquista de la Pampa. A lo largo de la centuria, pero en especial hacia finales de la misma, las oligarquías capitalinas decidieron y consiguieron invadir y ocupar territorios que, en la mayoría de los casos, ya se habían atribuido cuando se inventaron las fronteras de las nuevas repúblicas tras la independencia, que, en líneas generales, seguían el trazado imaginario pensado en el período colonial.

Como ha señalado Dolores Juliano, en este caso las tropas gubernamentales se enfrentaban con pueblos cimarrones o naciones aborígenes sin estado, las guerras no se consideraron tales, ni se atuvieron a lo que los gobiernos llaman eufemísticamente normas internacionales, sino que se consideraron *campañas* y se tuvieron por cuestiones internas. Y nuestra autora, ha recordado también cómo se calificaron tales actuaciones, hablándose de «recuperar nuestro territorio», «llevar la soberanía del Estado hasta sus verdaderos confines» o «civilizar las zonas más *deshabitadas* del país». Insiste Juliano en que la operación a su vez encubría la idea subyacente de que cualquier territorio debe estar organizado como un estado, y éstos se sentían autorizados a incorporar comarcas con otro tipo de organización, tribal, comunitaria, etc., para evitar que las ocuparan estados vecinos.

El intento del gobierno chileno de arrebatar su territorio a los araucanos se inició en 1851 tras la llegada masiva de inmigrantes alemanes. La guerra fue quizás de las más implacables y sangrientas de todas las guerras de frontera y concluyó con la llegada de nuevo armamento

europeo, en especial fusiles de aguja que se cargaban por la culata y permitían varios tiros por minuto. Sin embargo, la resistencia araucana, epopeica, se prolongó hasta 1885.

La Patagonia, el millón de kilómetros cuadrados al sur del río Colorado, no fue conquistada por el gobierno argentino sino durante la campaña que se extendió de 1876 a 1881.

La ocupación de otras regiones de más difícil control, por factores naturales o por la impresionante resistencia de pueblos cimarrones, la Amazonia o el Llano, no han tenido lugar sino en la segunda mitad de nuestra centuria.

De distinto cariz fue el sometimiento —demasidadas veces bien brutal— de pueblos aborígenes que se enfrentaron al liberalismo pero desde regiones que ya se tenían por controladas desde el período colonial. Sería imposible pormenorizarlas dada su cantidad, pero se podrían mencionar algunas que tuvieron por escenario la república mexicana. Moisés González Navarro destaca las cuatro más conocidas, de las que él llama guerras de castas o rebeliones indígenas agrarias. La de los yaquis, la más larga, duró casi un siglo, iniciada en 1825 no concluyó sino cuando Lázaro Cárdenas les devolvió sus tierras. Los yaquis, olvidados por la HO, y también por la progresista, llamaron la atención del creador norteamericano Zane Grey que los convirtio en protagonistas de muchas de sus narraciones cortas.

La sublevación de los coras fue invencible mientras permanecieron en sus sierras, pero fracasaron al salir de su territorio y atacar la lejana Guadalajara. En 1848 se inició la breve rebelion en Sierra Gorda que se extendió por un enorme territorio, casi todo el centro de la república.

La insurgencia de los mayas del Yucatan —descendientes de una de las más espectaculares culturas aborigenes— destaca por su caracter masivo y sangriento, por la solicitud de ayuda al exterior, en concreto a la reina Victoria, y por haber degenerado en la venta de miles de indios prisioneros en Cuba. Posteriormente, el auge del cultivo del henequén supuso el final de esta venta, arrinconar a los insumisos en los bosques orientales de la Peninsula y asalariar al resto de los comuneros.

5.3. Intervenciones externas

América Latina no solamente sufrio la agresion de potencias europeas o de los Estados Unidos, que se autoproclamaban países más civilizados, con derecho a interferir en la vida de otros estados en apariencia soberanos y con los que se mantenían relaciones diplomáti-

cas de acuerdo con la parafernalia jurídica inventada por aquéllos; además fue víctima de agresiones encubiertas perpetradas por mercenarios tachados de aventureros y se podría recordar el caso, bien poco ejemplar, de William Walker. En 1854, en uno de tantos enfrentamientos entre liberales y conservadores, esta vez en Nicaragua, aquéllos decidieron contratar mercenarios gringos que llegaron dirigidos por Walker —vinculado a los esclavistas sureños que ya había intervenido en el expansionismo norteamericano contra México— y financiados por navieros paisanos suyos e interesados en un canal interoceánico. Tras algunas victorias militares, a mediados de 1856 se proclamó presidente de Nicaragua y Washington se apresuró, por supuesto, a reconocer su gobierno y establecer con él relaciones diplomáticas. Walker proclamó el inglés lengua oficial, restableció la esclavitud y concedió sólo a gringos concesiones para el canal; lo que produjo una intervención británica que pertrechó a los patriotas nicas, y del resto del Istmo, para enfrentar al pirata que pensaba extenderse a costa de las cinco repúblicas. Al propio tiempo, abril de 1857, que los invadores eran derrotados, Walker salió bajo la protección del gobierno norteamericano y fue recibido como un héroe en Nueva York. Ensayó nuevos desembarcos en la misma región hasta que en 1860 fue capturado en Trujillo de Honduras y fusilado.

Si el expansionismo gringo había sido interpuesto en Nicaragua, actuó abiertamente en otras ocasiones. En 1803 el gobierno español devolvió la Louissiana a Napoleón y éste la vendió a Washington. En 1820 se inició la penetración pacífica en Texas de colonizadores procedentes del este. Un año antes el gobierno español había cedido las Floridas a Washington y dos después el gobierno mexicano ratificaba una concesión a Austin autorizándole de nuevo a enviar más colonizadores a Texas; éstos, a los nueve años, se rebelaron contra el gobierno de México acusándolo de centralista y proclamándose federalistas. En 1836 Washington reconoció la independencia de Texas, a la vez que fracasó el intento del presidente Santa Anna para recuperarlo. Ambas cámaras norteamericanas propusieron, 1845, la anexión de Texas y año más tarde declararon la guerra a México, invadiendo esta república con un ejército de asesinos que ni siquiera pueden calificarse de mercenarios, pues Washington concedió patente de corso a cuantos quisieran intervenir, que deberían autofinanciarse robando, saqueando y violando. La ocupación de la capital, tras el absurdo e inútil suicidio de los cadetes de Chapultepec, implicó aceptar las condiciones del invasor que decidió quedarse, no sólo con Texas, sino con el resto de los territorios al norte del río Grande, Nuevo México y California. De esta manera la república mexicana veía reducido a la mitad el territorio que se había autoatribuido a principios de siglo. El hostigamiento gringo

sobre el sur no cesaría y culminó a finales del XIX, con la intervención en Cuba y Puerto Rico.

Más o menos coincidiendo con la guerra de secesión norteamericana se habían recrudecido las intervenciones europeas en América Latina, osando hacerlo incluso España. Guillermo Céspedes, al mencionar las últimas, dice que quedan «circunscritas entre lo pintoresco, lo ridículo y la más delirante necedad». La vida de la mitad hispánica de la isla de Santo Domingo estuvo entre 1795 y 1844 muy vinculada, incluso legalmente, a la otra mitad, la francesa, que con la independencia pasó a llamarse Haití. A partir de la segunda fecha, la oligarquía, incapaz de sojuzgar la insurgencia popular de los morenos y de salir del marasmo económico, llegó a pensar en reincorporarse a la antigua Metrópoli que, de momento y en apariencia, conseguía ambas cosas en Cuba y Puerto Rico, incluso trampeando a escala internacional para mantener la esclavitud de los africanos. En 1861 Madrid envío soldados, curas y funcionarios, consiguiendo exclusivamente que la insurgencia, a partir de 1863, pudiera calificarse de antiespañola. Los estrepitosos fracasos y el temor a una intervención de Washington provocaron, insólita muestra de cordura, la retirada, contrastando con el discurso triunfalista y colonialista de cuatro años antes.

Si la intervención en la República Dominicana fue insensata, la del Pacífico fue grotesca y esperpéntica. Los gobiernos de Isabel II no quisieron ser menos que los de Napoleón III y creyeron que también podían invadir y maltratar a los pueblos americanos. En el verano de 1862 zarpó de Cádiz una expedición española, comandada por la fragata *La Numancia* (y el nombre ya es suficientemente significativo), en apariencia científica, pero que bien pronto se desenmascaró. El 14 de abril de 1864, la escuadra ocupaba las islas Chincha, en las que el Perú obtenía buena parte de su guano. Lima debió capitular y firmar un humillante tratado en enero siguiente, provocando el pronunciamiento del coronel Prado que, tras conquistar el país, lo denunció y enfrentó a los invasores que debieron retirarse, pero después de bombardear, vil y estúpidamente, el puerto de El Callao y, también, el de Valparaíso y proclamar como colofón los desproposítos del almirante Méndez Núñez. El desafuero demoró más de diez años en resolverse diplomáticamente, hasta abril de 1879, y supuso el naufragio definitivo de los planes nostálgicos y reaccionarios de los españolistas peruanos. Como ocurre con mucha frecuencia, ya lo he señalado, hay más información sobre el pasado en las obras de los creadores que en las que se autocalifican de historiográficas. Pero en este caso se llega al límite; la vergonzosa expedición apenas es mencionada, o tranquilamente ninguneada, por éstos, mientras provocó un informadísimo episodio nacional de Pérez Galdós.

Casi coetánea fue una nueva invasión de México. Radicales propuestas liberales de Benito Juárez y Lerdo de Tejada revivieron, una vez más, la insurgencia popular, calificada por muchos de guerra civil. Juárez consiguió la victoria armada, pero, ante una situación financiera desastrosa, promulgó una moratoria de dos años en el pago de la deuda; ello sirvió de excusa para una expedición hispanofrancobritánica que desembarcó en la Veracruz. Las tropas españolas se retiraron bien pronto y al poco lo hicieron las británicas, mientras Napoleón III aceptaba la propuesta de conservadores monárquicos mexicanos y decidió dejar las suyas, pensando que, en última instancia, México podía ser el trampolín para los proyectos saintsimonianos del canal interoceánico.

Mientras los franceses heredaban la vieja insurgencia (las masas sabían por experiencia que las tropas forasteras serían peor que las liberales autóctonas), una asamblea de notables ofrecía el trono, imperial nada menos, a Maximiliano de Habsburgo en octubre de 1863.

Los mercenarios franceses debían vivir sobre el terreno, los saqueos, robos y violencias eran cada vez más insoportables y, por añadidura, en octubre de 1865 Maximiliano decretó el asesinato puro y simple de los prisioneros, ello exacerbó la revuelta que, por arte de birlibirloque y chaqueteando como solían hacerlo los liberales (recordar las llamadas guerras de la independencia), Benito Juárez consiguió encabezar.

La guerra francoprusiana y el fin de la de Secesión, que había maniatado a los intervencionistas gringos, supuso que Francia retirara sus tropas y, falto de este apoyo, el proyecto imperial se vino abajo. Maximiliano, derrotado y detenido, fue fusilado en Querétaro en junio del 67.

5.4. Guerras fratricidas

Fracasados los intentos panamericanos de Bolívar —creación de unos Estados Unidos con las excolonias españolas— menudearon los enfrentamientos internos, las guerras locales entre estados vecinos, la más cruenta de las cuales fue la llamada guerra del Paraguay. Esta república interna seguía, en la segunda mitad del siglo XIX, con sus ensayos populistas, mal conocidos y peor estudiados.

Durante un conflicto uruguayo, los colorados, sublevados, consiguieron ayuda de Brasil y Argentina, por lo que el gobierno de Montevideo la solicitó del Paraguay. Su ejército invadió y conquistó el Matto Grosso, a la vez que los brasileños ocupaban, 1864, el Uruguay, y un nuevo gobierno de éste, con el de Río y el de Buenos Aires, integraba

una triple alianza, antiparaguaya. La mayoría de la contienda tuvo lugar en el territorio de esta última donde los invasores enfrentaron una impresionante resistencia de los rurales guaranís. Entre 1865 y 1870 se desarrolló una absurda guerra de desgaste que terminó, incluso casi físicamente, con el pueblo paraguayo. Parece que la población anterior a la masacre era de unas 800.000 personas y quedó reducida a una cuarta parte, de los que sólo 28.746 eran varones adultos. Además Brasil se quedó con Matto Grosso y la Argentina con Chaco y Misiones; el gobierno de la Asunción se vio obligado a vender las tierras del estado, aceptando el surgimiento de latifundios y la proletarización de los rurales. Argentina acabó controlando las vías de comunicación y las empresas públicas; mientras el mundo capitalista consiguió la vinculación del Paraguay al mercado mundial. De alguna manera era la revancha de la batalla de Tacuarí.

Tan absurda y cruel como ésta —y como todas las guerras— fue la llamada del Pacífico (1879-1883). El desierto de Atacama, sur del Perú y comarcas bolivianas sobre el Pacífico, era un enorme yacimiento de salitre y plata, controlado por compañías inglesas que sobreexplotaban mano de obra chilena. En 1874 el gobierno peruano anunció su intención de expropiar esta minería provocando que los capitalistas ingleses presionaran a Chile para que ocupara la zona. Solo cinco años más tarde los gobiernos peruano y boliviano respondieron con las armas. Buena parte de los enfrentamientos fueron marítimos, pero la contienda se decidió con la ocupación de Lima por el ejército chileno. Por tratados de 1883 Chile incrementaba su territorio en un tercio, las provincias sureñas del Perú, Tarapacá y Arica, mientras La Paz debía reconocer la anterior pérdida de la provincia de Antofagasta y, por supuesto, la explotación minera volvió a manos de empresarios británicos.

6. Gente y sociedad

6.1. De la hecatombe a la explosión demográfica

Desde el punto de vista demográfico la característica más espectacular del período colonial fue la hecatombe demográfica. Pongo por caso, México central, la región más estudiada, habría visto disminuir su población desde más de 25.000.000 de personas en 1519 a 1.000.000 en 1605; de entrada desapareció un tercio y cada veinticinco años la mitad de los que quedaban hasta reducirse a un 4 por 100 de la primera cifra.

No sólo fueron millones las víctimas, en cantidad sin precedentes, de la crueldad, el sadismo, la sobreexplotación, las epidemias exógenas (a las que los aborígenes eran totalmente vulnerables), el terror psicológico de los invasores, imprescindible para imponerse, sino que, característica principal, se apoderó de los indígenas un desgano vital: diversas razones incidieron sobre ambos sexos e hicieron caer en picado la tasa de natalidad debido al abuso del alcohol, los suicidios, incluso colectivos, la continencia, el aborto regular o el infanticidio sistemático.

Este impresionante derrumbe —no compensado numéricamente con la llegada de europeos y africanos— explica, a su vez, que también fuera impresionante la recuperación, tan pronto como regresaron los anteriores niveles de procreación. Entre 1750 y 1950 el aumento fue superior al de cualquier región del mundo con excepción de Norteamérica; basta cotejar la tasa anual promedio:

	América Latina (%)	*Europa central y occidental (%)*
1750-1800	0,8	0,4
1800-1850	0,9	0,6
1850-1900	1,3	0,7
1900-1950	1,6	0,6

Si hasta 1750 (y desde aproximadamente ochenta años antes) se había llegado a la estabilización —dejó de descender el número de personas—, entre 1750 y 1850 hubo expansión general con crecimiento rápido y en medio siglo, de 1850 a 1900, la población se dobló. La llamada explosión demográfica —crecimiento incontrolado— sería ya una cuestión del siglo XX.

Población total en América Latina			
	1800	*1850*	*1900*
Uruguay	30.000	132.000	915.000
Paraguay	100.000	500.000	440.000
Argentina	310.000	1.100.000	4.743.000
Chile	550.000	1.287.000	2.904.000
Bolivia	560.000	1.374.000	1.696.000
Perú	1.100.000	1.888.000	3.791.000
Ecuador	500.000	816.000	1.400.000
Venezuela	780.000	1.490.000	2.344.000
Colombia	1.100.000	2.243.000	3.825.000
Antillas	550.000	2.779.000	4.496.000
América central	1.160.000	2.019.000	3.533.000
México	5.837.000	7.662.000	13.607.000

Fuente. 1800 J Lockhart and S Schwartz *Early Latin America* Cambridge 1983, 338. 1850 y 1900, N. Sánchez Albornoz, 1977, 183.

6.2. Crisis del cambio de siglo

La transición definitiva de la sociedad autosuficiente a la excedentaria supuso, a nivel demográfico y social, que cantidades espectaculares de personas fueran expulsadas, ya lo he señalado, de las comarcas rurales en las que seguramente sus antepasados vivieron desde siem-

pre o desde hacía muchas generaciones. Tras una diáspora más o menos larga, estas gentes —premonición de lo que ya sería dantesco en la segunda mitad del siglo XX— acabaron en las ciudades, desaculturadas y sin un lugar específico en la nueva sociedad que se estaba organizando.

Quisiera realizar dos precisiones: primera, insisto en que fueron expulsados; así, no puede decirse alegremente, como ocurre con demasiada frecuencia, que emigraron a las urbes en busca de mejores condiciones de vida, entre otras cosas porque en las ciudades enfrentaron condiciones infrahumanas, muchísimo peores que las que se habían visto obligados a dejar, y debe quedar claro que no estoy haciendo la apología del período colonial. Segunda, puesto que no habían tenido lugar cambios estructurales no había trabajo para ellos y para mal sobrevivir —en un ámbito donde todo debía comprarse o pagarse— debieron iniciar degradantes salidas, del robo a la prostitución, de la venta ambulante a la mendicidad, salidas que con el tiempo no han dejado de empeorar.

Como era de temer, esta temática no ha atraído la atención de los investigadores, pero existen ya algunos trabajos ejemplares, como los de Flores Galindo y Di Tella. Y con toda seguridad estuvo vinculado con esta problemática el impresionante crecimiento demográfico de algunas capitales durante este período:

	c 1790	*c 1820*
Buenos Aires	24.363	55.416
Caracas	24.187	42.000
La Habana	51.037	84.075
México	112.926	168.846

Sin embargo, van ubicándose ya datos mucho más concretos. El 4 de enero de 1802 el real consulado de Caracas oficiaba al capitán general con lo acordado por la junta de gobierno, sobre algo que hizo correr mucha tinta, la supuesta escasez de mano de obra para las actividades agrícolas atribuida por los del consulado, cómo no, «a la abundancia que hay de gente holgazana. La cual, abismada en su miseria sin más ocupación que la de mendigar, nada echa de menos con tal de no sugetarse al más suave trabajo y de conservar su delincuente independencia [...] con evidente perjuicio de la sociedad y del estado mismo». La cantinela no era nueva ni original, pero a continuación aseguraban que en Caracas había diez mil personas (algo más de un cuarto del

total) «que viven sin algún ejercicio capaz de producirles lo necesario a su subsistencia». Terminaban el acuerdo afirmando, dado el número de mendigos, que quizás la mitad de la población de Caracas «se mantiene a expensas del trabajo de la otra mitad» y sugiriendo recogerlos a todos y mandarlos a trabajar a las haciendas a cambio de la comida.

Ya he mencionado el papel social y político que estas gentes desempeñan en el agitado siglo XIX, cuando, movidos por la necesidad, podían verse inclinados a aceptar dinero para participar en manifestaciones, asonadas, motines o escaramuzas.

En otro sentido, y globalmente, la transición está muy vinculada, como también lo he señalado, a las llamadas guerras de la independencia. Dada la mentada mitificación del período y la necesidad de pergeñar una HO de héroes y mártires, se ha magnificado hasta lo grotesco el número de bajas durante la contienda.

Estoy de acuerdo con Noël Salomón para quien más de ningún muerto habría sido demasiado; pero me malicio que se ha fantaseado también excesivamente en este ámbito. Por supuesto las pérdidas en vidas fueron más gravosas donde los enfrentamientos sociales, enmascarados, fueron más intensos, Haití, México, Venezuela o Uruguay. Pero, como en la primera, además de muertos hubo considerable cantidad de desplazados e incluso cambios en la composición étnica: muchos de los calificados de *realistas* emigraron a Cuba y Puerto Rico; aquélla recibió fugitivos franceses de Haití o de la Louissiana, gachupines de la Nueva España o metropolitanistas de Colombia y Venezuela. Un caso bien curioso fue el de Puerto Rico; al quedar tan reducido el imperio colonial español hubo que explotar la isla de forma intensiva, se acorraló a los cimarrones que habíanse extendido pacíficamente por el interior y se intentó convertirlos rápida y compulsivamente en trabajadores-consumidores, para lo que se buscó la colaboración de catalanes, pero también de mallorquines de Soller y corsos.

Todavía es más impactante lo ocurrido en la Guadaloupe. Al saberse lo acontecido en Haití algunos grandes propietarios esclavistas, aterrados, abandonaron sus plantaciones, se emboscaron en el interior de la isla y se convirtieron en curiosos cimarrones que nada querían saber del resto del mundo capitalista. Todavía en la actualidad, sus descendientes siguen prácticamente desconectados, inmersos en una cultura autosuficiente.

En otros lugares, personas acosadas por el proceso de excedentarización, aprovecharon tan turbulento período para engrosar el ámbito del cimarronaje o para perderse en comarcas bien poco controladas por el blancaje. Puedo aportar concretamente algún dato de la actual Venezuela; según el agente norteamericano Batista Irvine, la nueva república se encontraba «muy despoblada por la guerra y las enferme-

dades y ha habido una gran dispersión debido a la inseguridad. Cuando desaparezca esta última causa, muchos regresarán de sus *escondites* y ayudarán a cultivar la tierra»; era similar la opinión de otro viajero también norteamericano, William Duane, quien tras constatar la escasez de gente a lo largo del camino entre Caracas y Bogotá, añadía «estas aldeas y casas solitarias son las que acentúan engañosamente el aspecto de ruina producido por las pérdidas acarreadas efectivamente por la guerra, pero no se trataba sino de mera apariencia, porque lo sucedido en realidad era [...] que los habitantes se habían trasladado a otros sitios, fuera del alcance de las tropas» (Izard, 1979, 46-47).

A otro nivel el período fue testigo no sólo de emigraciones personales sino también de impresionantes desplazamientos de pueblos enteros; gauchos y llaneros, en el ejército de San Martín o en el de Bolívar, recorrieron buena parte de la América del sur; pero nada comparable con lo ocurrido en el Uruguay en 1811: casi una quinta parte de la población pasó a la Argentina acompañando a los gauchos de Artigas, huyendo de los llamados realistas o por temor a los brasileños; éxodo que la HO ha narrado de forma grandilocuente.

Insisto en alertar contra las exageraciones. Casi todos los escritores coinciden al narrar las penalidades sufridas por quienes, a mediados de 1814, huyeron por tierra de Caracas a Oriente por temor a la gente que había escogido a Boves como caudillo. Pero lo que no se especifica, puntualmente, es quiénes huían —por supuesto el mantuanaje y los suyos— y de qué manera. Los folletines de la HO hablan de gentes indefensas acosadas por las fieras y los sanguinarios llaneros y, por supuesto, de frágiles doncellas víctimas de la lujuria de las gentes de color. Pero, en un mural de la Quinta Anauco de Caracas, se representa «La huída del marqués del Toro a Oriente» y éste y los suyos viajan ostensiblemente sentados en sillas que cargan esclavos negros en sus espaldas.

6.3. Gobernar es poblar

He recordado que la independencia no comportó desarrollo material, sino todo lo contrario, por lo que debió buscarse nueva explicación para el atraso (por supuesto frente a los PCC que se autocalificaban avanzados) cada vez más evidente. Se perpetró una elucubración tan estúpida y falsa como la anterior (la vinculación metropolitana), que culpaba a los mismos súbditos de las nuevas repúblicas por su holgazanería, quienes ya habían visto enmascarada su participación en los acontecimientos anteriores.

Me malicio que, como de costumbre, la cuestión es mucho más

complicada. He insistido en el cariz social de las llamadas guerras de la independencia, que habrían enfrentado, esencial pero no únicamente, distintos partidarios del proyecto de excedentarización por un lado y los futuros perjudicados por el otro, oponiéndose, tenaz y conscientemente, a un programa que ellos sabían antagónico a su proyecto moral. Diría que el enfrentamiento terminó con el convencimiento, por parte de los primeros, de que, de momento, la resistencia a su paquete era invencible. Hubo algo así como un acuerdo tácito. Los liberales dejaban de presionar para implantar la nueva moral y los miembros de las etnias y clases subalternas, aborígenes, africanos, mestizos o gauchos, seguían vinculados a unas formas de vida autosuficientes en las que se dedicaban a conseguir lo que ellos habían decidido que necesitaban, pero no a la producción de excedentes comercializables. De ser esto cierto, fuera más comprensible la insistencia en exigir mano de obra europea (ya que la americana no servía dado su empecinamiento en rechazar la oferta) o el recurso desesperado a formas de esclavitud paralelas, culís chinos o yucatecos; y también explicaría la persistencia de la cantinela sobre la flojera de la gente de color.

Por añadidura, el empeño en importar europeos, a poder ser del centro del viejo continente, enmascaraba racismo, tan irracional como todos, frente a aborígenes o africanos, que cada vez serían mas marginados, y un injustificado deslumbramiento ante el *progreso* europeo. Se intentó atraer a los blancos con tímidas reformas legislativas, implantando la libertad de cultos, pongo por caso, ofreciendo tierras, bien pocas por cierto, o a través de agencias contratadoras.

Como tantas medidas liberales, tenían sus antecedentes en las ilustradas del siglo XVIII, en la política poblacionista borbónica, y se decretaron bien pronto. El Río de la Plata abría sus fronteras a los extranjeros, en septiembre de 1812, «siendo la población el principio de la industria y el fundamento de la felicidad de los Estados». En Venezuela una ley de septiembre de 1811 había establecido —sin éxito— reglas para facilitar la naturalización de forasteros. No fueron las únicas y le siguieron muchas. Para citar sólo una más, el decreto de junio de 1823, de la república de Colombia, autorizaba al ejecutivo a promover la inmigración de «extranjeros europeos y norteamericanos», teniendo en cuenta, «primero, que una población numerosa y proporcionada al territorio de un Estado, es el fundamento de su prosperidad y de su verdadera grandeza».

Años más tarde, 1852, Juan B. Alberdi utilizaría en su obra *Bases* una frase que acabaría convirtiéndose en estereotipo, «Gobernar es poblar». Y en un decreto del dictador boliviano Melgarejo, marzo de 1866, se argumentaba la conveniencia de «Arrancar esas tierras de manos del indígena ignorante y atrasado, sin medios, capacidad, ni

voluntad para cultivarlas y pasárselas a la emprendedora, activa e inteligente raza blanca, ávida de propiedades y fortuna, llena de ambición y necesidades».

Insisto en el carácter esperpénticamente racista de todo el proyecto. Cuando se hablaba de inmigrantes europeos se pensaba con preferencia, en los del centro o norte y se menospreciaba a los del este o sur, aduciéndose superioridad étnica, su preparación o su pericia. Además, lo que era estúpido, se menospreciaban las ancestrales y sofisticadas técnicas para el manejo del ganado, el cultivo o la industria que los miembros de las clases subalternas americanas habían elaborado en aquellas sabanas o heredado de generaciones muy anteriores a 1492.

Pero durante la primera mitad de la centuria bien pocos europeos escucharon el llamado de los gobernantes latinoamericanos. Los excedentes humanos aventados por las transformaciones en los PCC fueron a parar a sus propias colonias o a los Estados Unidos y la expulsión en la Europa periférica sería un fenómeno de finales de la centuria. De los pocos que llegaron antes, un elevado porcentaje fue a parar al Brasil donde, ya en 1818, se fundó Nueva Friburgo, cerca de Río, y Uruguay recibió porcentualmente la impronta más considerable: en el segundo cuarto del siglo XIX entraron por Montevideo más de treinta y tres mil inmigrantes, un 60 por 100 de los cuales eran franceses, y se quedaron en su mayoría en la capital. Esta, en el censo de 1843, albergaba 168 extranjeros por cada cien uruguayos.

Venezuela recibió un buen contingente de canarios y cerca de la capital se asentó la pintoresca Colonia Tovar: fue fundada con inmigrantes alemanes por iniciativa del geógrafo italiano Agustín Codazzi, en tierras donadas por el conde del que recibió nombre el ensayo, a raíz de la liberalización, 1838, de las leyes, antes restrictivas, sobre inmigración; la comunidad permaneció durante casi un siglo olvidada o aislada del resto de la república, lo que significó que sus habitantes conservaran a través de una endogamia casi total sus costumbres y lengua originarias. En la actualidad, y por ello, se ha convertido en atracción turística y lugar de peregrinación para filólogos germánicos.

En Perú fracasaron los ensayos realizados durante las presidencias de Gamarra y Castilla. Chile también intentó atraer alemanes y bastantes llegaron a instalarse en el sur, como para que la región se consiguiera un aire tedesco. Argentina fue escenario de un mosaico de curiosas y variopintas experiencias: pastores irlandeses para iniciar la cría de ganado lanar, suizos y alemanes para el noreste, galeses en la Patagonia. Las tres últimas palabras forman el título de una interesante narración de Bruce Chatwin sobre esta temática.

Más difícil era obtener mano de obra para las plantaciones tropicales cuando empezó a flaquear la llegada de esclavos africanos. Cuba ha

sido quizás una de las áreas más estudiadas: se compraron como esclavos indios quichés, prisioneros tras las guerras de castas en el Yucatán. Esporádicamente llegaron hawaianos y polinesios, pero el grupo más considerable fue el de culís chinos. Como he dicho y repetido, hay cuestiones del pasado de las que, con frecuencia, los historiadores ni se han ocupado y, por el contrario, han apasionado a los creadores. Para el caso de la esclavitud paralela de gentes del Pacífico pueden leerse algunos cuentos de Jack London, «Mauki» o «The Chinago».

La primera remesa de culís zarpó en 1847. Entre 1853 y 1873, se extrajeron de Shangai y Cantón 132.435 y hacia la última fecha llegaron a representar el 3 por 100 de la población cubana. El total trasladado a América alcanzó a 350.000 que fueron, además de a Cuba, a Vancouver, San Francisco y Lima (en cada una de las tres ciudades sigue siendo impresionante el barrio chino). En concreto el Perú recibió unos noventa mil; en 1849 sus hacendados y empresarios del guano se autootorgaron, gubernamentalmente, una ley regulando la cuestión con incentivos, para ellos por supuesto. Los orientales deberían trabajar de forma gratuita ocho años —según la ley para cancelar el costo del pasaje— y, a través de un sofisticado sistema de multas, el lapso de tiempo se doblaba. La inmensa mayoría habían salido de Macao contra su voluntad, un 80 por 100 previo rapto por bandas de asesinos armados protegidos por la policía portuguesa. Las compañías peruanas pagaban dos dólares por cada *voluntario* a bordo y lo vendían en Lima por quinientos. La travesía, en navíos portugueses, italianos o franceses, tardaba ciento diez días y durante la misma la mortandad *oficial* era del 40 por 100, pero en realidad mucho mayor.

Ya en el Perú los culís trabajaban mayoritariamente (80 por 100) en las haciendas de la costa (antes se habían utilizado esclavos africanos) para producir algodón y caña, y de forma secundaria, en la extracción de guano. Eran víctimas de una triple marginación, racismo étnico, rechazo moral (dado el mismo aislamiento recurrían con frecuencia al homosexualismo) y menosprecio religioso. La brutal diferencia a nivel de las creencias fue aprovechado por los empresarios; en un primer momento, muchos de los recién llegados recurrieron, desesperados, al suicidio; para evitarlo se prohibió que fuesen enterrados según sus costumbres, lo que, para ellos, impedía alcanzar el paraíso.

En 1876 el 1,9 por 100 de los habitantes del Perú eran asiáticos. Algunos pasaron al sur a trabajar en el salitre y se quedaron en la comarca cuando, tras la guerra del Pacífico, se hizo chilena. También fueron llevados a Colombia, para construir el ferrocarril y, a finales de siglo, el canal interoceánico de Panamá.

A partir de los ochenta empezaron a llegar cantidades estimables de europeos a la Argentina y a algún país vecino. No porque los

habitantes del Viejo Continente hubiesen escuchado finalmente el canto de sirena, sino porque el triunfo del excedentarismo en su periferia —tras vencer los liberales más de una centuria de enconada insurgencia— suponía prescindir de un elevado porcentaje de rurales. Ello tuvo tres consecuencias: algunas repúblicas (Paraguay, Bolivia, Ecuador, Venezuela o casi todas las del Istmo) promulgaron nuevas leyes para favorecer la inmigración, sin resultado alguno; en segundo lugar, los llegados a la Argentina o el Brasil no fueron los blanquiñosos protestantes sajones o germanos, sino católicos y morenos sicilianos, andaluces, además de *rusos* o *turcos*, lo que obligó a cambiar el discurso y recibirles alegremente en nombre de supuestas afinidades religiosas y culturales; en tercer lugar, los recién llegados, en su mayoría, fueron adjudicados a actividades agrícolas y extractivas, y así fue al principio una inmigración «golondrina»: dada la alternancia estacional entre los dos hemisferios, los segadores del sur de Europa, terminada la cosecha de cereales, atravesaban el Atlántico (es presumible en qué condiciones) para segar las extensas pampas, y así sucesivamente.

Inmigración al Río de la Plata (Saldos anuales promedios por quinquenios)

	Argentina	*Uruguay*
1881-1885	55.825	4.302
1886-1890	115.169	10.676
1891-1895	23.735	2.965
1896-1900	55.570	7.945

Fuente: N. Sánchez Albornoz, 1977, 169.

Elevados porcentajes de los inmigrantes que, al final, arraigaron, si habían entrado al Brasil por Santos acabaron estableciéndose en São Paulo, con una notable prosperidad vinculada al café. En el Uruguay, la

Proporción de inmigrantes entrados en la Argentina por nacionalidades

	Italianos	*Españoles*	*Franceses*	*Rusos*	*Turcos*	*Otros*
1857-1860	61,77	16,85	5,52	0,60	—	15,26
1861-1870	71,04	14,28	5,25	0,26	—	9,17
1871-1880	58,28	17,07	12,54	0,16	0,26	11,69
1881-1890	58,72	18,88	11,16	0,49	0,42	10,33
1891-1900	65,66	20,31	3,97	2,69	1,79	5,60

Fuente: N. Sánchez Albornoz, 1977, 174.

mayoría de los ingresados se quedaron en la misma capital, Montevideo, por donde habían entrado. En Argentina la ubicación geográfica fue bastante más extensa, no sólo en la capital, sino también en toda su provincia, así como en las de Santa Fe y Mendoza, en la Pampa y la Patagonia.

Aunque numéricamente mucho menos considerables, deberíamos también mencionar a los empresarios, del norte o europeos, que trasladándose por un tiempo a la América Latina, para supervisar las actividades de sus compañías, los Boulton de Venezuela pongo por caso, acabaron radicándose definitivamente.

Índices de radicación de inmigrantes en Argentina por decenios

	Total	*Italianos*	*Españoles*
1857-1860	55,5	54,5	53,9
1861-1870	48,4	43,7	68,8
1871-1880	32,7	24,4	55,4
1881-1890	75,8	74,2	84,7
1891-1900	49,5	47,2	55,8

Fuente: N. Sánchez Albornoz, 1977, 176.

6.4. Persistencia de rasgos antiguos

Otras características demográficas coloniales no variaron a lo largo de la pasada centuria: el *puzzle* étnico, el recurso a la esclavitud africana o la persistencia de epidemias letales. Estas siguieron provocando grandes mortandades incontrolables; si a finales del periodo colonial la expedición de Balmis pudo hacer pensar que se iba a erradicar la viruela, ésta persistió en el siglo XIX aunque disminuyo su pasado carácter catastrófico. Además, fueron graves flagelos el sarampion, la disentería, la fiebre tifoidea o la gripe y, en las tierras más calientes, la fiebre amarilla o el cólera.

Algunas de estas enfermedades se bautizaron popularmente con nombres contundentes: la perniciosa o la económica, el segundo porque la muerte llegaba tan rápida que no daba tiempo a comprar medicinas. Todo este mundo también atrajo la atención de los creadores, *Casas muertas* del venezolano Miguel Otero Silva, pongo por caso.

La fiebre amarilla, ya se conocia en América, pero se propagó de forma impresionante al tiempo que el mosquito que la transmitía, en

parte por el brutal crecimiento del tráfico mercantil, y devino endémica en muchas comarcas a la vez que causaba estragos en puertos europeos y en lugares del nuevo continente que parecían a salvo. En 1857 llegó a Montevideo y poco más tarde a Buenos Aires, y aquí, 1871, en cuatro meses se llevó a 13.600 personas. Por otra parte, la fiebre amarilla fue una de las causas de que fracasase el primer intento de construir un canal en Panamá.

Al cólera, que no había invadido América en el período colonial, se le conocía popularmente como morbo asiático, aludiendo a su procedencia; de Bengala irradiaba en todas direcciones y al nuevo continente siempre llegó a través de puertos europeos. El cólera era urbano y portuario y su llegada —y la mortalidad que generaba— aparecía mencionada en todas partes. Pero, igual que en los demás continentes, había enfermedades no escandalosas, culpables de las muertes más cotidianas: disentería, fiebre tifoidea, escarlatina, malaria, sarampión o tuberculosis.

A lo largo del siglo XIX la esclavitud fue mostrándose cada vez más un anacronismo: el rendimiento de los forzados se mantenía estable, mientras el sistema encontraba triquiñuelas, más o menos basadas en la alienación, para obtener mayor productividad de la mano de obra formalmente libre; a la vez que la rebelión de los de color de Haití había exacerbado hasta el paroxismo el pánico de la oligarquía. Bolívar, paladín del liberalismo, no cesaba de repetir que se vivía en la cima de un volcán capaz de estallar en cualquier momento. La política británica (había llegado a la conclusión que sería más rentable explotar a los africanos sin arrancarlos de su continente), entorpecía la trata y exigía machaconamente liquidar el fructífero negocio en que se había basado su expansión económica.

Por supuesto, el primer decreto aboliendo la esclavitud emanó del gobierno revolucionario de Haití, en 1801. El control por parte de los radicales de la Junta de Caracas provocó que ésta fuera la primera en hacerlo en las Indias de Castilla. Posteriormente adoptaron medidas más o menos similares Chile, Río de la Plata o Cartagena y Fernando VII llegó a un acuerdo en 1820 con la Gran Bretaña, en el que se mencionaban territorios indianos que España no volvería jamás a controlar.

En 1821 el congreso de Cúcuta, constituyente de la República de Colombia, ratificaba lo acordado en Angostura años antes, prohibiendo importar más esclavos; mientras el congreso de Huancayo autorizaba de nuevo la trata en el Perú; lo mismo ocurrió en la Argentina en tiempo de Rosas, pero al final sucumbió a las presiones inglesas y tuvo que firmar un tratado, 1839, como lo hicieron poco más tarde casi todos los demás gobiernos latinoamericanos, autorizando también a la arma-

LA TRATA NEGRERA
EN EL SIGLO XIX

da británica a patrullar los mares persiguiendo a los buques negreros. Y a partir de 1840, uno tras otro, casi todos los gobiernos del continente abolieron simple y llanamente lo que ya era bien difícil mantener.

Esclavos importados (en millares)

	1811-1820	*1821-1830*	*1831-1840*	*1841-1850*	*1851-1860*
Brasil	266,8	325,0	212,0	338,3	3,3
Cuba	79,8	112,5	126,1	47,6	123,3
Puerto Rico	6,4	12,1	14,1	10,6	7,2

Fuente: N. Sánchez Albornoz, 1977, 140.

Como he señalado, las Indias siguieron siendo un mosaico étnico: los descendientes de africanos se quedaron, en su mayoría, en las zonas donde habían trabajado forzadamente, las islas y costas del Caribe en especial, alcanzado aquí las densidades más considerables; así como en la costa norte del Pacífico y en el Brasil, donde a principios del siglo XX eran algo más de la mitad de la población total.

Los aborígenes suponían porcentajes elevados a lo largo de los Andes y sus aledaños, especialmente en Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay, y en México y parte del Istmo; la densidad anterior a la invasión occidental de 1492 y la fuerte cohesión cultural eran la causa de esta concentración. En la Nueva España y a finales del XIX se estimaba aborigen un 60 por 100 de la población.

Los blancos predominaban en la cuenca del Plata (sur del Brasil, Uruguay, Argentina sin la mancha aborigen del noroeste), más en el campo que en las capitales, pues en éstas era considerable el número de esclavos, hasta el extremo de que los negros ocupaban el segundo lugar en el total. También en Chile los blancos eran mayoría, en apariencia casi un 80 por 100 a finales del período colonial, aunque quizás eran mestizos culturalmente hispánicos. Por supuesto había, en el resto, considerables manchas blancas, algunas capitales en territorio indio, como Quito o México, el estado Trujillo en Venezuela, Costa Rica en el Istmo, el norte de México o el sur del Perú.

Por todas partes habían proliferado, a lo largo del período colonial, las etnias mezcladas, mestizos o mulatos con el sinfín de combinaciones posibles y una nomenclatura que variaba de región en región: cholos en Perú, ladinos en el Istmo o pardos en Venezuela.

6.5. Sociedad

He reiterado que la secesión no implicó transformaciones estructurales, sino que exacerbó los antagonismos sociales y supuso que no fuesen muy considerables las diferencias entre el siglo XIX y el período hispánico.

Así en demasiados lugares, lo acabo de decir, persistió la esclavitud. Creció el cimarronaje en comarcas que se autoatribuyó la oligarquía de cada capital, donde era bien tenue el control que ésta podía realmente ejercer. Los gauchos siguieron durante casi toda la centuria vinculados a su cultura, refractaria al excedentarismo, y en bien pocos lugares se consiguió que los descendientes de africanos aceptaran los *beneficios* de la laboriosidad. Se intentó machaconamente que los aborígenes abandonaran sus cultura. Estas implicaban cosas para ellos mucho más importantes e imprescindibles que ganar quizás dinero, que en todo caso valoraban en bien poco. Cada vez que, olvidando la experiencia de principios de siglo, se pretendió perpetrar de nuevo el cambio cultural coercitivamente, los futuros perjudicados respondían con revueltas impresionantes e imparables.

El intento de Benito Juárez en México provocó de tal manera a los aborígenes que finalmente debió recurrirse a mercenarios extranjeros, enviados por Francia. En el Perú no se penso en mercenarios europeos, sino en la experiencia de los liberales hispanicos, y se adoptaron las técnicas de la guardia civil.

Mestizos y mulatos fueron algo mas receptivos a la nueva moral y en algunas regiones se convirtieron en la cuña que, lentamente, iba resquebrajando la resistencia indígena. Lo mismo ocurrio con buena parte de los inmigrantes europeos que ya habian sido domesticados en sus paises de origen, si bien con ellos tambien llegaron algunos de los refractarios más radicales, organizadores en algunos paises del sindicalismo.

Por su parte, la oligarquia nostalgica siguio imperturbable como si nada ocurriese en el continente, o en el resto del mundo, aferrada a su estatus, viviendo virreinalmente de la explotacion extensiva de enormes latifundios, dueña de vidas y territorios, con unas peculiaridades sociales o culturales que más de una vez se han tildado de feudales (y me malicio que jamás se dieron en la edad media condiciones fabuladas por el liberalismo al presentarse como vencedor del regimen señorial cuando, las más de las veces, enfrentaron precisamente la oposición de los vasallos). No estoy defendiendo la feudalidad, ni cosa que se le parezca, me limito a insinuar que durante aquel periodo, viviéndose bajo la opresión, no hubo condiciones tan degradantes como se dieron desde finales del siglo XVIII, a partir de la consolidación de la sociedad excedentaria o capitalista.

Esta hipótesis, difícilmente se verá confirmada por investigaciones tenidas por científicas, pero ha sido captada por los creadores. Así, de un muestrario bien amplio podría citar el poema *La tierra es un satélite de la luna* del poeta nicaragüense Leonel Rugana sobre la gente de Acaualinca que, en la época de Somoza, vivían de los desperdicios de las cloacas:

> «Los bisabuelos de la gente de Acaualinca tenían menos hambre
> [que los abuelos.
> Los bisabuelos se murieron de hambre.
> Los abuelos de la gente de Acaualinca tenían menos hambre que
> [los padres.
> Los abuelos murieron de hambre.
> Los padres de la gente de Acualinca tenía menos hambre que los
> [hijos de la gente de allí.
> Los padres se murieron de hambre.
> La gente de Acaualinca tiene menos hambre que los hijos de la
> [gente de allí.
> Los hijos de la gente de Acaualinca no nacen por hambre y tienen
> [hambre de nacer,
> para morirse de hambre.
> Bienaventurados los podres,
> porque de ellos será la luna.»

La burguesía liberal puede tenerse hasta cierto punto por un grupo social nuevo. Formada por descendientes directos de mercaderes u obrajeros del período anterior, vieron acrecentar su número o el ámbito de sus intereses. Junto con miembros de las llamadas profesiones liberales, siguieron pensando en la viabilidad de implantar en sus países el proyecto que, supuestamente, habían arraigado reformadores o liberales en Europa o los Estados Unidos. Enzarzados en estériles peleas, que ya he mencionado, siguieron soñando en espectaculares transformaciones que me atrevería a calificar de juliovernescas, más que de saintsimonianas, lo que los convirtió las más de las veces en meros abogados de intereses forasteros.

El papel desempeñado por esta burguesía, más o menos emprendedora, ha merecido la atención de muchos investigadores en distintos países. De alguna manera Ciro Cardoso renovó estos análisis para México, lo que después ha tenido una floración considerable, y Heraclio Bonilla ha realizado aportaciones esclarecedoras sobre el Perú, por lo que prefiero resumirlas. El guano, abono natural, excremento de millones de aves depositado a lo largo de millones de años en la costa peruana, era ya utilizado por las culturas aborígenes, mucho antes de 1492; pero sólo a partir de mediados del siglo XIX, con las transforma-

ciones en la agricultura europea y la caída del costo de los fletes, pudo ser transportado a largas distancias. Para la extracción, a pico y pala, se recurrió a los culis que ya he mencionado.

La ridícula tasa que el gobierno obtenía, de las compañías por tonelada extraída, alcanzaba sumas considerables dado el volumen total. Hasta 1862 la oligarquía decidió distribuírsela directa o indirectamente: en primer lugar se amortizó la *deuda* interna, realizando aquélla las cuentas del gran capitán, al inventar la *ayuda* prestada durante la emancipación (esclavos alistados, abastecimiento a las tropas, perjuicios provocados por las mismas) y, por si acaso, multiplicando el total por seis. Todo ello dio lugar al peculado fácil de imaginar. En segundo lugar y en 1854 decidió emancipar a los esclavos que todavía quedaban en el Perú —posiblemente viejos e inútiles para las plantaciones— con generosas indemnizaciones. Dado que seguía llegando plata, en tercer lugar incrementó la burocracia civil y militar en beneficio de los paniaguados de los poderosos. En último lugar, los terratenientes decidieron dedicar lo que quedaba a protegerse, creando la mencionada guardia civil, para enfrentar la incesante insurgencia popular.

Entre 1862 y 1869, la comercialización del guano dejó de estar en manos de compañías inglesas y pasó a las de una Compañía de Consignatarios Nacionales, cuyos miembros consiguieron acumular grandes beneficios que acrecentaron todavía más concediendo leoninos préstamos al gobierno —que éste por supuesto no necesitaba— reportando beneficios netos de un 30 por 100. Este fue el origen de una burguesía financiera creadora de los primeros bancos peruanos.

Durante esta misma década de los sesenta fue espectacular la expansión de las plantaciones de azúcar y algodon que sólo producían para exportar y eran, por ello, muy vulnerables y dependientes de la coyuntura mundial.

Este conjunto de circunstancias explicaría la aparicion de grupos desarrollistas o saintsimonianos partidarios de *sembrar el guano*, de que los beneficios se dirigieran al crecimiento material del país. Hablaban de industrializarlo, para lo que exigían protección arancelaria, y de construir una red ferroviaria —para lo que se recurriría a capitales foráneos con la garantía del guano— que al facilitar el transporte debía provocar un crecimiento de la producción.

Por supuesto, los ferrocarriles —igual que en el resto de la periferia— no provocaron la articulación del mercado interno, sino que fueron los vehículos de la desintegración de la economía tradicional y reforzaron la dependencia frente al exterior (facilitaron el saqueo de las riquezas del subsuelo y la invasión de bienes industriales de fuera). Además, a corto plazo, supusieron la definitiva bancarrota financiera del estado —los ferrocarriles costaron más de lo estipulado y hubo que

incentivar a las compañías— puesto que tampoco dieron los beneficios esperados; y a largo plazo reforzaron la dependencia: la finalización del impresionante tramo Lima-Huancayo, en 1904, iba a facilitar el expolio por parte de la Cerro de Pasco Corporation, que se llevaría del país lo que le viniera en gana.

7.

Actividades e intercambios

Una de las múltiples consecuencias de la organización de lo que yo vengo en llamar laboratorio indiano fue no sólo que América se convirtió en la primera región del mundo en producir excedentes en cantidades muy considerables, ya desde principios del período hispánico, sino que mayoritariamente éstos no eran, por supuesto, para el consumo directo, sino materias primas, coloniales o metales apreciados para beneficio de quienes se hallaban distantes; ello tuvo, a su vez, otra consecuencia: buena parte de la comercialización, que era otra forma de obtener un beneficio, tendió a estar, y cada vez más, en manos de intereses forasteros.

Según una conocida estimación, la Nueva España en vísperas de la emancipación distribuía sus producciones —en porcentajes del valor total— de la siguiente manera:

Agricultura	46,97 %
Manufactura	38,07 %
Minería	14,96 %

Pienso que estas cifras permiten una lectura concreta: la mayoría de los bienes agropecuarios o industriales serían para el consumo directo

en ámbitos relativamente reducidos, y el porcentaje de la minería es bien pequeño. Pero tengo por desmesurado que para conseguir este casi 15 por 100 del valor total en oro o plata, fueran aniquiladas miles de naciones aborígenes, esclavizados en la práctica cientos de miles de descendientes de los supervivientes de las sociedades excedentarias indígenas, arrancados de su tierra millones de africanos para hacer trabajar forzadamente a los escasos sobrevivientes y perjudicar y alienar, de manera directa o indirecta, a los millones de europeos que se vieron afectados, en su continente o en el Nuevo, pero también en Asia, por la cascada de transformaciones que afectaron a todo el orbe.

Y lo iniciado en el período colonial continuó en el siglo XIX. De una u otra manera, millones de personas fueron las víctimas de un rocambolesco sistema en el que los beneficios para los beneficiados diría que no guardan proporción con los perjuicios para los perjudicados. A la vez que el cariz de la revolución liberal en América Latina supuso que el subcontinente se mantuviera al margen de la industrialización y permaneciera como productor de materias primas, coloniales y alimentos.

A medida que transcurría la centuria los productos de la revolución industrial —tejidos, herramientas o barcos— iban invadiendo nuevos países o territorios arruinando, uno tras otro, los obrajes que producían para mercados más o menos lejanos o las manufacturas que las comunidades elaboraban para sus propios miembros o para intercambiar con las vecinas.

Esta circunstancia, y el que durante el periodo colonial estas actividades estuvieran prohibidas por las leyes (lo que no empece para que hubiesen tenido la trascendencia que alcanzaron en cualquier sociedad coetánea) explicarían el poco interes que han suscitado entre los investigadores. Osaría decir que sólo son mencionados por quienes analizan los obrajes coloniales y encuentran informacion sobre su continuidad más acá de la independencia. Para recordar una sola actividad compleja y no menor, cada vez nos llegan mas datos de algunos astilleros indianos, como el de Guayaquil o el de La Habana. Este llego a ser el mayor del mundo; pero, por supuesto, como legalmente no existían, oficialmente no producían embarcaciones.

7.1. Explotación de la tierra

Por todo cuanto vengo señalando, debe quedar claro que una de las peculiaridades del proceso de excedentarización latinoamericano fue la trascendencia —y persistencia— de las actividades agropecuarias y extractivas, mientras la soñada e idealizada industrialización quedaba

de momento reservada para los PPC. Por ello —ya lo he dicho—, las reformas económicas liberales se centraron esencialmente en torno a la distribución de la tierra, como principal bien de producción de excedentes. Sobre este tema —como sobre otros— Cardoso y Pérez Brignoli realizaron una excelente síntesis que intentaré resumir a continuación, sin dejar de mencionar en primer lugar una tajante afirmación de nuestros autores, «en un grupo de naciones latinoamericanas, es a través de este proceso de reforma liberal que se opera definitivamente la transición al capitalismo dependiente» (1979, II, 29).

En un espacio de tiempo en general bien corto se procedió a la *venta* de tierras del estado (y subrayo venta pues faltaría saber si los compradores llegaron a pagar por ellas o más bien fue un reparto, entre miembros de la oligarquía y de la burguesía, de tierras de otros grupos sociales), a través de un proceso muy violento. La iglesia —uno de los perjudicados— consiguió defender sus intereses durante un período más o menos largo, llegando a una alianza quizás accesoria con el conservadurismo. La resistencia de las comunidades indígenas solió ser mucho más tenaz y prolongada, lo que ayudaría a comprender las dificultades que enfrentaron los empresarios para conseguirse mano de obra (mientras permanecieron resguardos y similares los rurales eran mucho menos vulnerables), y el imprescindible recurso a formas variadas y sofisticadas de coacción, para lo que contaron, por supuesto, con la cooperación del estado. Las mismas circunstancias explicarían la vigorosa firmeza popular defendiendo los ejidos, tema menos estudiado todavía. Por añadidura, las tierras fueron muchas veces la única forma que tenía el estado para pagar servicios o la única garantía para inversionistas, como los de obras públicas.

Antes de pormenorizar lo ocurrido por repúblicas, resumiré que al finalizar el período y el siglo, los casos variaron entre dos situaciones extremas teniendo en cuenta la persistencia o no de la propiedad comunal (resguardos, ejidos, etc.), puesto que la eclesiástica fue prácticamente eliminada; en Colombia, Chile, México, El Salvador y Venezuela, casi había desaparecido, mientras continuaba, y tenía un papel relevante, en Bolivia, Ecuador, Guatemala o Perú.

México fue una de las nuevas repúblicas donde con seguridad la insurgencia, popular y de etnias aborígenes concretas, con mucha frecuencia tachada simple y llanamente de bandolerismo, fue más impresionante, tenaz y consciente, quizás porque la Nueva España fue una de las regiones indianas donde el proceso de excedentarización había llegado más allá (bastaría recordar el diagnóstico de Humbodlt). Ello podría ayudar a comprender las peculiaridades del país en la primera mitad del XIX, paralización momentánea de este proceso; casi estancamiento de la producción argentífera; poder central muy débil que en la

práctica claudicó frente a los movimientos centrífugos; fragmentación del país en economías inconexas, tenidas por decadentes, ya que se iba recuperando la autosuficiencia; buena parte de las finanzas todavía dominadas por la iglesia; indefensión frente a los Estados Unidos y subsiguientes pérdidas territoriales.

En la segunda mitad del siglo, precisamente en este mismo México, los liberales dieron una de las embestidas más violentas de todo el continente enfrentando una vez más un impresionante rechazo de los afectados, de tal envergadura que debió recurrirse, ya lo he dicho, a mercenarios financiados por Francia. Tras ser sojuzgada durante unas pocas décadas, la insurgencia volvió a estallar de forma avasalladora en 1910.

El paquete liberal, perpetrado esencialmente por Lerdo y Juárez, a partir de 1856, estaba encaminado por encima de todo a apoderarse de las tierras de la iglesia o las comunidades. El paquete debía ir acompañado, por supuesto, de sus corolarios, construcción de una red ferroviaria (para facilitar el expolio de los recursos internos y el traslado de las fuerzas represivas), nuevo aparato financiero, intento de recuperar la minería y consolidación de los mecanismos estatales de control e intervención económica. El paquete represivo, antiinsurgente, incluía nuevas leyes contra los *vagos* o nuevas fuerzas policiales específicas.

En Colombia, la abolición de la esclavitud (en realidad porque ya se había evidenciado plenamente su obsolescencia) en 1851 fue precedida, 1850, por la ley liquidando los resguardos indígenas. Posteriormente, 1861, se decretó la desamortización de las tierras de la iglesia, todo ello en beneficio, por supuesto, de la burguesía y la oligarquía, que ya controlaban la tierra en el período anterior, pero sin olvidar, he insistido en ello, que esta transmisión de la propiedad no era la finalidad primordial, sino dejar indefensos a los rurales.

En Colombia, las medidas socioeconómicas liberales se implantaron mucho antes de que su engarce en el mercado mundial las exigiera. Cuando esto ocurrió, hacia 1890, debió aportar cantidades estimables de café y se aceleraron insurgencias y enfrentamientos civiles que, desafortunadamente, continúan en la actualidad.

El caso de Chile, peculiar, quizás esté vinculado al tipo de resistencia aborigen que enfrentaron los invasores; la concentración de la tierra ya se daba a finales del período colonial y la expulsión de los jesuitas (1767) —los mayores propietarios de la colonia— supuso que sus tierras pasaran a manos privadas antes de la independencia. También en aquella centuria se extendió el inquilinaje, peculiar evolución de la encomienda: los grandes propietarios cedían casi gratuitamente espacios en los confines de sus posesiones a gentes de todas las etnias

que debían custodiar los linderos y colaborar con aquéllos en los momentos de mayor trabajo estacional.

La emancipación consagró la hegemonía de estos terratenientes, que a lo largo del siglo XIX consiguieron una mayor concentración de la propiedad y el paquete liberal no implicó cambios importantes en la estructura de la propiedad agraria, si bien en las últimas décadas de la centuria la oligarquía incrementó sus posesiones extendiéndose hacia el sur, tras la victoria definitiva sobre los araucanos (1883) y haciéndose, concluida la guerra del Pacífico, con el desierto de Atacama y las enormes posibilidades del salitre.

Hasta más o menos 1860 El Salvador siguió especializado —como durante el período hispánico— en el añil, al que podían dedicarse liliputienses productores indígenas o ladinos, sin renunciar a su ámbito autosuficiente, subordinados a mercaderes que controlaban la comercialización. La competencia de las Indias occidentales y más tarde de colorantes sintéticos supuso una lenta transición hacia el café. Pero las tierras idóneas para esta planta eran las de los altiplanos centrales, de elevada densidad, y ocupadas en buena parte por ejidos y tierras comunales, lo que significaba un cuello de botella para la expansión del cafeto al limitar la oferta de suelo y mano de obra. En 1876 se inició el proceso liberal —acaudillado por Zaldívar—; supuestamente iban a distribuirse aquellas tierras entre sus usufructuarios, pero, a través de distintas triquiñuelas, fueron a parar a manos de los terratenientes virreinales. Estas medidas despojaron a las comunidades, aborígenes o ladinas, de sus recursos y fueron acompañadas de otras regulando las labores de los trabajadores en las fincas. Ante la impresionante revuelta de 1889, el estado incrementó su capacidad represiva creando una policía montada.

En Venezuela, la imparable insurgencia popular y su confluencia con la defensa llanera de su región y su cultura, se reanudó, camuflada de guerra federal entre 1859 y 1863, lo que supuso una nueva invernación del paquete liberal, ensayado ya a finales de la colonia y que Bolívar había intentado, sin lograrlo, llevar hasta sus últimas consecuencias. Lo procuró nuevamente Guzmán Blanco, también sin éxito, y no cuajaría sino en el siglo XX durante la larga y total dictadura de Gómez. Sin embargo, la concentración de la propiedad y el despojo de los aborígenes, realizado en el siglo XVIII, era irreversible aunque, de momento, inútil.

En 1950, las comunidades indígenas en Bolivia todavía trabajaban para sí un cuarto de las tierras efectivamente cultivadas. El Alto Perú o Charcas, que habían intentado controlar los de Buenos Aires a principios del siglo XIX, fue independizado por los colombianos de Bolívar que quisieron liberalizar el país. La desamortización eclesiástica, inicia-

da en 1825, no enfrentó demasiada oposición, contrariamente no se pudo liquidar el tributo indígena (sabían que sería peor la contribución directa y en dinero). Con seguridad las clases subalternas encontraron un aliado en la orografía, dificultaba la conexión con el resto del mundo, y fue sólo salvable, durante el período colonial y de nuevo a partir de 1850, por la plata —de escaso peso y mucho valor— capaz de resistir el transporte en mula hasta los puertos de embarque. Un nuevo intento —de Melgarejo en 1866— para liquidar la propiedad comunal, desencadenó la nueva insurgencia que incluso terminó con el gobierno. El ensayo se reanudó en 1881, llevándose a cabo con gran lentitud dadas las experiencias del pasado.

Desde el siglo XVIII la excedentarización del futuro Ecuador se situó en la costa del Pacífico, vinculada a la comercialización de cacao. Mientras el abrupto interior aborigen permanció estático; la alianza de conservadores y la iglesia, para hacer frente a los liberales, cuajó en la autocracia clerical de García Moreno (1859-1875); no significando que los aborígenes gozaran de una situación privilegiada, sino todo lo contrario; los abusos de los terratenientes fueron narrados ya hace décadas de forma excelente por Jorge Icaza en su novela, un clásico, *Huasipungo*.

El caso de Guatemala recuerda el de su vecino El Salvador y el del Ecuador. Conservadores, iglesia y comerciantes no necesitaban de los indígenas que mantuvieron sus comunidades en las tierras altas, padeciendo la continuación del sistema virreinal, bien injusto por cierto, pero ahorrándose de momento la liberalización. Los ladinos se dedicaban a la producción para los mercaderes de grana o cochinilla. Esta, a mediados de siglo, sufrió la competencia de la produccion canaria y poco después la de los colorantes sintéticos. Tambien aqui se sustituyó por el cafeto, pero el sistema, consolidado por los conservadores, impedía su expansión; fue necesaria la revolución liberal de 1871 —organizada en México y patrocinada por los liberales de esta república— que perpetró las reformas imprescindibles, desamortización eclesiástica, abolición del censo enfitéutico y venta de los baldios. Las tierras de la iglesia sirvieron de respaldo para la creación del Banco Nacional y debían dedicarlas, sus receptores, al cafeto.

La nueva etapa, la del cafeto, comportó los consabidos problemas para conseguir mano de obra; se promulgó, 1876, algo parecido a la mita colonial: las comunidades debian prestar jóvenes a quien los solicitara, y, al año siguiente, el reglamento de jornaleros que obligaba a los aborígenes comuneros a trabajar en las fincas bajo una rígida normativa. En 1878, para redondear el programa, se decretó una ley de represión de la vagancia.

También en el Perú, ya lo he dicho, las primeras décadas tras la

independencia se caracterizaron por la desmembración política y la desarticulación y postración productivas. A mediados de los cuarenta, la explotación del guano (que aportó recursos para el estado sin alterar la estructura del país) coincidió y/o permitió el ensayo liberal del mariscal Ramón Castilla (1845-1862). Enfrentando una insurgencia que se ha calificado de guerra civil, aquél suprimió los mayorazgos y los privilegios de la iglesia, la esclavitud y el tributo indígena. Como lo he señalado, la abolición de la esclavitud implicó una trasferencia monetaria del estado a los propietarios de la costa que se beneficiaron de una de las indemnizaciones más elevadas del continente.

Pero, como en la mayoría de lugares, el grueso de las medidas se dirigieron a quebrantar la sociedad aborigen; la supresión del tributo pagado por éstos a los terratenientes en trabajo o dinero, que obtenían vendiendo excedentes en el mercado local, supuso de inmediato escasez de mano de obra y alza del precio de la producción agropecuaria. Aquella medida fue acompañada de una ofensiva terrateniente sobre las tierras comunales que, desamparando a los nativos, vulnerabilizándolos, les proporcionaría toda la mano de obra que quisiesen y sin condiciones.

* * *

Así, las reformas liberales podrían resumirse en algunas características: total desarticulación de las sociedades aborígenes, creciente vulnerabilidad de sus componentes que, en el mejor de los casos, conseguirían proletarizarse en unas condiciones calificadas de feudales, aunque insisto, una vez más, jamás se había alcanzado esta degradación en la edad media; expansión de los latifundios coloniales que, mediante una agricultura extensiva, abastecerían, mejor o peor, los mercados locales; permanencia de las economías de enclave en la costa o sus cercanías, produciendo para mercados lejanos, las nuevas metrópolis, materias primas, coloniales, etc., con mano de obra paraesclava de variopintas procedencias.

A la vez, permanecieron o se incrementaron las comarcas pecuarioexportadoras del período anterior con algunas variantes. Buenos Aires se hizo exportadora de lana en el tercer cuarto del siglo y, luego, junto al Uruguay, se especializó en el vacuno de raza, lo que se extendió a otros países del continente. La capacidad exportadora venezolana disminuyó por la dificultad de controlar realmente las sabanas. Hacia 1880, la Argentina se convirtió en un gran productor de cereales aprovechando tierras vírgenes idóneas y las innovaciones tecnológicas.

A la vez aparecieron nuevas producciones no precisamente agropecuarias, como las del cauchú, especialmente en el Brasil, quizás más

parecida a la extracción, degenerando en una economía controlada por asesinos que explotaban dantescamente mano de obra tratada peor que los esclavos y conseguida a través de trampas en las que colaboraban las autoridades y las fuerzas represivas. Una vez más enfrentamos un ámbito ninguneado por los investigadores pero esclarecido por los creadores. Pueden consultarse *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, y «Éxodo», de Augusto Roa Bastos, cuento de su libro *Hijo de hombre*, sobre las condiciones de explotación en los yerbales del Paraguay.

Contrariamente, la minería que tanta trascendencia alcanzó durante el período colonial —recordemos que sin ser la actividad principal todo el mundo indiano giraba a su alrededor y arrastrado por ella— y tanta tiene en el siglo XX, desde el cobre chileno hasta el petróleo mexicano, apenas fue relevante en el siglo pasado. No se consiguió, a pesar de repetidos intentos, volver a poner en marcha la extracción de plata y sólo las innovaciones técnicas, que a veces se han llamado la segunda revolución industrial, exigieron una serie de minerales o materias primas a finales de siglo o a partir de 1914.

7.2. Caso del café

De los cultivos tropicales que ya emergieron a finales del periodo colonial, o antes —caña, algodón, tabaco, cacao, etc.— el del cafeto quizás fue el que más se extendió y del que dependieron, a finales de la centuria, más economías estatales.

En Brasil, las dificultades provocadas por la política británica ante la trata, supusieron que la pujante agricultura cafetalera del valle de Paraíba recogiera esclavos de regiones que habían entrado en decadencia. Pero bien pronto la región de São Paulo se hizo hegemónica en este cultivo y, vinculado con ello, se convirtió en la región más dinámica del estado. La producción de café pasó de 630.000 toneladas en 1870 a 4.790.000 en 1900 y todavía a más de diez millones en 1927, mientras la capital del estado pasó de 25.000 habitantes en 1816 a 240.000 en 1900. Suelos adecuados y facilidades de transporte ayudarían a entender este auge y, como en el resto del país, la apropiación de nuevas tierras, la expansión de los latifundios, fue acompañado de la violencia y del incumplimiento de las mismas leyes que no eran precisamente un monumento a la igualdad. La exasperación de los perjudicados por este proceso, desesperados y desarraigados, es la temática de *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa.

La expansión del cafeto todavía requería más mano de obra y se recurrió a la inmigración. Entre 1827 y 1936 llegaron tres millones de personas, el lapso de mayor afluencia se sitúa entre 1885 y 1900 y el

aporte más grande vino de Europa del sur, seguida por los demás estados brasileños e incluso fue notable la inmigración japonesa, aunque ya fuera de nuestra centuria.

En la mayoría de los casos, los inmigrantes debían cuidarse de unas mil matas a cambio de una suma en dinero, también podían estipularse jornadas adicionales, que asimismo cobraban en efectivo, y se les autorizaba a dedicar parte de la tierra para sus cultivos de subsistencia.

Menos conocidos son los casos de Venezuela y Colombia. En la primera, y en 1830, según una estimación de Codazzi, más del 70 por 100 del valor de la producción agropecuaria se comercializaba dentro del propio país, sin que sepamos qué parte consumían directamente los mismos productores. En la Colombia de 1884, en un momento de depresión aguda de las exportaciones, éstas se calculan en poco menos del 8 por 100 del valor total de la producción agrícola que pasaba por un mercado, lo que dejaba al margen la trascendental producción para el consumo de las unidades autosuficientes; si se incluye el oro, no pasaban del 10 por 100 en el mismo momento en que Europa volcaba capitales y mano de obra en la zona templada de Latinoamérica. Entre 1850 y 1870, tras un corto período de auge tabacalero, el café se extendió por el norte de Colombia por dos razones diferentes: las plagas aniquilaron las plantaciones holandesas del sureste asiático, lo que significó que América Latina volviera a ser la principal región productora del mundo (ya lo había sido a finales del siglo XVIII, antes de la revolución en Haití) y, en segundo lugar, se plantaron matas de café en haciendas que venían dando cacao y algodón, cuya producción salía por Santa Marta y Maracaibo.

Desde esta esquina de la frontera, el café fue avanzando hacia el centro del país por los contrafuertes de la cordillera oriental; sin embargo, la verdadera expansión, a partir de 1875, fue el resultado de la entrada en escena de comerciantes especuladores, primero de Bogotá y diez años más tarde de Antioquia, y las diferencias regionales fueron considerables. En los santanderes se daban contratos, entre el propietario y los aparceros, que reflejaban netamente la sociedad regional: notable diferenciación material y económica entre unos y otros, pero notable homogeneidad étnica y cultural, y una antigua tradición de la época colonial, de coexistencia e incluso quizá de colaboración, por lo que fueron anómalas sujeciones personales extraeconómicas.

Eran opuestas las condiciones en Cundinamarca y en el Tolima, donde los hacendados pudieron imponer relaciones muy coercitivas debido a que se hicieron con las mejores tierras (normalmente las de los baldíos) y sobreexplotaban aborígenes del Cauca. La enorme brecha cultural y étnica degeneró en actitudes racistas por parte de propietarios y capataces, aquéllos pudieron imponer condiciones dantes-

cas, beneficiándose de la sobreoferta de mano de obra indígena indefensa y disponible, previamente privada de sus tierras.

Las áreas de colonización antioqueñas empezaron a producir a partir de 1885; aquí, en un medio natural limitado, de tierras yermas, abruptas y erosionadas, se había dado un crecimiento de la población mayor que en cualquier otra región de la República. El excedente intentó sobrevivir emigrando, dedicándose a desenterrar guacas (tesoros prehispánicos), explotar caucho y sembrar cacao y café en pequeños valles y laderas andinos; la colonización de tierras alejadas los defendía de políticos y militares, de reclutadores, saqueadores y devastadores. Y así, la población antioqueña (de la región y de sus áreas de colonización) pasó de casi 400.000 habitantes en 1870 a 923.000 en 1905.

Los colonizadores contaban con el respaldo de la oligarquía antioqueña, que les suministraba créditos, animales y todo tipo de *imputs* y los apoyaba políticamente para que el gobierno les cediera tierras públicas, reconociera a las nuevas autoridades locales y extendiera allí sus servicios burocráticos. Posteriormente, el fenómeno se reproducía, los colonos podían prosperar y jugar el mismo papel respecto de otros, que emigrarían en busca de nuevas tierras para establecerse.

El proceso fue factible por la puesta en cultivo de tierras baldías, lo que se realizó por diferentes procedimientos: adjudicaciones oficiales a personas concretas o colonias de poblamiento, cesión de tierra privada por compañías latifundistas y ocupaciones ilegales realizadas individualmente, al margen de la colonización oficial. Estas tierras baldías que a partir de 1873 hicieron posible la colonizacion interna, eran los residuos de las antiguas de realengo, parte de las cuales fueron a parar a los libertadores después de las guerras de la independencia, y otra parte había servido para respaldar la deuda publica externa, aunque todas acabaron, definitivamente, en manos de comerciantes de Bogotá.

Según los especialistas, la economia cafetera colombina podria caracterizarse por tres peculiaridades mas: el café, contrariamente a lo que había ocurrido con otros productos comercializables, logró mantenerse como uno de los principales de exportación a pesar de las considerables y agudas alteraciones de precios; en segundo lugar, todo el período fue, en conjunto, de desaceleracion, en cuanto al comercio exterior, pues el valor se mantuvo casi constantemente alrededor de treinta millones de dólares, mientras la población colombiana en la práctica se doblaba; y en tercer lugar, fue una etapa de brutal inestabilidad política interna. Colombia se desangró a través de cuatro guerras civiles, que dificultaron los transportes y la movilización de la mano de obra a la vez que provocaban incrementos de la presión fiscal en todos los sentidos.

Aparentemente, el cultivo del café fue introducido en los Andes

venezolanos a finales del siglo XVIII, donde no llegó a alcanzar una trascendencia considerable sino cien años más tarde. En efecto, el auge de la exportación venezolana en la década de los setenta, vinculado al alza de precios, coincidió con el despegue andino, quizás el causante del incremento. Hacia 1880, el Táchira ocupaba ya el segundo lugar, entre los estados venezolanos productores de café, situación que se mantuvo más o menos estacionaria hasta finales de siglo. Así, en 1894, los tres estados andinos también ocupaban el segundo lugar y aportaban un 26 por 100 del total.

Pero en 1898 se había producido un cambio considerable, el café exportado por Maracaibo casi igualaba la cantidad exportada conjuntamente por La Guaira y Puerto Cabello; la única explicación a este brusco cambio en tan sólo cuatro años, sería que en la segunda fecha ya daban pleno resultado plantaciones masivas efectuadas en todos los Andes en los años inmediatamente anteriores, tal vez debido al alza de precios derivado de malas cosechas en el Brasil.

7.3. Comercialización

Los intercambios son importantes en cualquier sociedad humana. En las autosuficientes —debido a uno de sus más peculiares rasgos culturales— los miembros están constantemente permutando bienes, y por supuesto no solamente bienes tangibles, sino también otros dones, extendiéndose a las comunidades vecinas y pautados por complejas reglas que con dificultad son comprendidas por los miembros de otras culturas. Ello explicaría que los aborígenes no tuvieran problema alguno, a raíz de la invasión europea, en intercambiar sus objetos de oro y plata por las baratijas de los recién llegados.

Una de las múltiples características de los miembros de las sociedades excedentarias es que ya no consiguen dentro de la comunidad lo que piensan que necesitan y deben vender y comprar en áreas más o menos lejanas. Insisto, en América los occidentales organizaron la más espectacular sociedad excedentaria de la época que provocó un volumen comercial, impensable en el resto del mundo. Las Indias devinieron grandes exportadoras de plata, coloniales, etc., pero, a la vez, requerían, para que siguiera funcionando el modelo, ingentes cantidades de armas, tejidos, esclavos africanos, etc., y, por supuesto, un número creciente de embarcaciones, lo que, a su vez, arrastraba otras manufacturas. Por añadidura, en el siglo XIX, y en especial en su segunda mitad, el mundo se vio afectado por una serie de cambios en cadena: llegaron a América millones de europeos, expulsados de sus zonas rurales, empujados a abrir nuevas fronteras agrícolas; la revolución en

el transporte marítimo (buques de hierro movidos a vapor) hizo caer en picado los fletes, y cada vez un porcentaje mayor de las personas que quedaron en Europa no trabajaban en actividades agropecuarias (lo hacían en industrias y servicios o eran enrolados en los ejércitos imperiales). Resultado de todo ello es que, dando un giro de 180°, volvieron a cruzar el Atlántico alimentos de origen europeo o materias primas, pero ahora en volúmenes impactantes y en dirección contraria a la que habían seguido en las primeras décadas después de la invasión. Entonces los conquistadores, que se negaban a consumir los alimentos de los vencidos, pagaban con el oro y la plata, que tan fácilmente saqueaban, trigo o vino procedentes de la Península, de la que también llegaba ganado en pie y algunas materias primas como el mercurio, imprescindible para la amalgama. Desde mediados del siglo XIX pero, como acabo de decir, en sentido contrario, empezaron a llegar a Europa trigo argentino, carne del Uruguay o guano peruano, alimentando unos intercambios que siguen en expansión (véase el cuadro de la página siguiente).

Como medio de transporte interno deberían mencionarse en primer lugar los ferrocarriles. Si bien la mayoría se iniciaron a finales del siglo XIX, su extensión es mayoritariamente cuestión del siglo XX. Fueron pensados y actuaron como vehículos de la colonización, servían en primer lugar, ya lo he dicho y repetido, para drenar hacia el exterior o para facilitar la invasión de productos industriales foráneos, y bien poco para articular las economías estatales. Su construcción benefició a la industria y minería de los PCC, Gran Bretaña en primer lugar.

Un balance global de esta temática se encuentra en el repetidamente citado libro de Cardoso y Pérez Brignoli. En el tercer cuarto del siglo XIX el comercio latinoamericano creció de forma considerable dentro de una coyuntura mundial expansiva, vinculada al auge de la construcción ferroviaria, consolidación del vapor en las rutas marítimas, apertura de Suez o fiebre del oro californiana. Como era de temer, durante este lapso en América Latina se consolidó el proyecto liberal desde hacía tanto tiempo intentado. A remolque de la coyuntura general, la expansión se desaceleró en el último cuarto de la centuria.

Entre 1855 y 1895 América Latina exportó al Reino Unido de 12 a 20 millones de libras y recibió de 10 a 24. Entre los mismos años América Latina exportó a los Estados Unidos de 55 a 209 millones de dólares y recibió de 34 a 90. Por supuesto, las cifras no reflejan exclusivamente la balanza mercantil. Ambas potencias combatían por un dominio del ámbito, y más tarde del mundo, que se había iniciado bastante antes, incluso cuando los Estados Unidos eran todavía formalmente una colonia inglesa.

A principios del siglo XIX, Inglaterra, tras las guerras napoleónicas,

Indicadores del grado de integración al mercado mundial. 1913

	Población millones	Exportac.	Inversiones		Miles de kilómetros ff.cc.	% principal producto exportado	Exportac.	Importac.
			GB	USA			Porcentaje sobre total de América Latina	
		Millones de dólares						
Argentina	4,7	510,3	1.717	40	35,3	46	32,1	33,6
Bolivia	1,7	36,5	2	10	2,3	79	2,3	1,5
Brasil	17,3	315,7	1.075	50	28,8	63	19,9	22,3
Chile	2,9	142,8	307	15	8,2	86	9,0	8,3
Colombia	3,5	33,2	32	2	1,5	61	2,1	1,9
Costa Rica	0,3	10,5	32	7	0,7	51	0,7	0,6
Cuba	1,6	164,6	213	220	4,9	69	10,4	9,6
R. Dominicana	0,7	0,5	—	4	0,7	39	0,7	0,6
Ecuador	1,4	15,8	13	10	0,7	64	1,0	0,6
El Salvador	0,9	9,3	11	3	0,4	80	0,6	0,4
Guatemala	1,4	14,5	50	20	0,8	85	0,9	0,7
Haití	1,3	11,3	—	4	0,2	66	0,7	0,6
Honduras	0,4	3,2	15	3	0,9	30	0,2	0,4
México	13,6	148,0	763	800	26,5	29	9,3	6,2
Nicaragua	0,4	7,7	6	3	0,3	65	0,5	0,4
Panamá	0,3	5,1	—	5	0,5	54	0,3	0,8
Paraguay	0,4	5,5	14	3	0,5	21	0,3	0,5
Perú	3,8	43,6	123	35	3,2	29	2,7	2,0
Uruguay	0,9	71,8	221	5	2,7	45	4,5	3,6
Venezuela	2,3	28,3	38	3	1,0	60	1,8	5,4
TOTAL	61,0	1.588,2	4.632	1.242			100,0	100,0

Fuente: Cardoso y Pérez Brignoli, 2, 136-137.

pareció convertirse en la dueña incuestionable de los mares y las tierras; pero desde mediados de siglo pudo intuirse un cambio de trayectoria que, en realidad, se manifestaría mucho más tarde. Los intereses norteamericanos cruzaban el río Grande a la vez que los británicos iniciaban un cierto repliegue y una mayor concentración en el Índico, en el Pacífico y el Atlántico sur; así, la Argentina, las Malvinas o Suráfrica se hacían más importantes, económica y estratégicamente. De alguna manera, Gran Bretaña dejaba el control político y la protección de sus intereses del resto de América Latina a su antigua colonia; la tendencia culminó en 1898, con la retirada de la flota inglesa del Caribe y la cesión de los proyectos de construir una vía interoceánica. La primera zona de expansión norteamericana abarcaba México, América central y el Caribe, donde confluían intereses comerciales, financieros y estratégicos.

En el resto del continente, Washington se interesaba por el Brasil, dado su impresionante consumo de café, e inició la penetración en la nueva minería (Perú, Bolivia y Chile), la agricultura de plantación (costas de Colombia, Ecuador y Perú) y el petróleo (Venezuela), pero este panorama corresponde ya al siglo XX.

8.

Etnias, pueblos, naciones y estados

8.1. Los que ya estaban allí

Antes de 1492 en el nuevo continente había bien pocos estados —englobando las escasas sociedades excedentarias— y un sin número de naciones autosuficientes que señoreaban casi todo el territorio. En los primeros, la producción, muy por encima de las necesidades, se comercializaba (llegándose a regiones más o menos alejadas), producción que procedía minoritariamente de una agricultura con técnicas muy sofisticadas —mucho más que las coetáneas de Europa— basada en esencia en el regadío y el recurso a abonos naturales. Sus miembros soportaban una organización social compleja y han dejado restos materiales espectaculares. Los más extensos y poblados de aquellos estados fueron, posiblemente, el chibcha, el mexica o el tawantisuyu (o imperio de los incas). Un caso bien especial fue el de los mayas, que habían generado un ocio muy complejo: teatro, danza, música, pero también matemática (uno de los dos pueblos de la humanidad que imaginó un concepto tan abstracto como el cero) y astronomía (por puro juego habían llegado a determinar la duración del año solar con mayor precisión que los europeos). Pero estos mismos mayas habían renunciado —desconocemos la causa— al estado unos quinientos años antes de la invasión; lo que los tratadistas posteriores calificaron de decadencia.

Pero, insisto, la mayoría del continente estaba habitado por naciones de gente autosuficiente; obtenían la mayor parte de su alimento de la

caza, la pesca y la recolección, su ocio giraba en torno de la elaboración mental y, por tanto, no han dejado del mismo restos materiales espectaculares, no eran necesarios vínculos sociales ni el poder, y era imperceptible la frontera entre abastecimiento, intercambio o moral, componiendo culturas muy trabadas y coherentes. En resumen, creo que se las podía tener por sociedades libres, sin represión, que, en esencia, buscaban satisfacer los placeres que se consiguen mediante los sentidos.

Durante el primer período de la agresión, hasta aproximadamente 1528, que llamo de la esclavización y el despilfarro, los invasores que seguían actuando como mercaderes, obsesionados todavía en llegar a Oriente y a las especias, contemplaban su estadía en las Antillas como mera etapa, desde donde exploraban buscando una vía marítima para proseguir con sus naves hacia el oeste y en donde obtenían alimentos para avituallar las expediciones y oro o perlas para financiarlas. Para ello iniciaron la caza de aborígenes en las costas cercanas (los de las islas fallecieron bien pronto) para esclavizarlos. Durante estos años se perpetró —intento de justificar lo que era injustificable— una teoría racista que tenía a los esclavizados por caníbales, *salvajes*, homosexuales o antropófagos; algo parecido, todo sea dicho de paso, a lo que los cristianos perpetraron a medida que avanzaban militarmente en lo que ellos llamaron reconquista.

A partir de 1528, la llegada de las primeras noticias de Tenochtitlan y luego del Tawantisuyu (densidad demográfica espectacular en la cercanía de increíbles yacimientos de plata y oro), así como la certeza de que los nuevos territorios conformaban un continente, mucho mayor que Europa, supusieron un cambio radical. Por todas las Indias se organizaban expediciones en busca de El Dorado, de algo parecido a lo que habían conseguido Cortés o Pizarro.

Desde este momento varió la actitud de los invasores. Mientras los miembros de las sociedades excedentarias fueron esclavizados a través de la encomienda, se inició el exterminio sistemático de las naciones autosuficientes, proceso muy lento, acelerado ya en el siglo XIX y que todavía no ha concluido, debido a que sus miembros tenían grandes posibilidades de escurrirse y escapar al acoso blanco, siempre que quedaran tierras en alguna de las direcciones de la rosa de los vientos. Además, iban llegando cantidades estimables de europeos, mayoritariamente peninsulares, y de esclavos africanos para rellenar comarcas importantes para la metrópoli que habían sido vaciadas de aborígenes. Consecuencia de la invasión surgieron nuevas etnias, fruto de violaciones y cruces más o menos voluntarios; mulatos, mestizos y el sinfín de combinaciones posibles.

Los autosuficientes preservaron su cultura y adquirieron elementos

de las nuevas (caballos, armas o instrumentos musicales). Los excedentarios pudieron conservar buena parte de los elementos de su identidad pero, de forma violenta, se les impuso una nueva moral o una religión diametralmente distinta de la suya. A pesar de la distancia, los europeos siguieron tozudamente aferrados a peculiaridades locales de su cultura, negándose dentro de lo posible, ya lo he dicho, a vincularse a la alimentación autóctona. Los africanos, para evitar contactos e insurrecciones, fueron mezclados procurando que no coincidieran en una plantación gentes de las mismas procedencias; por ello generaron una cultura nueva con elementos de sus lugares de origen, pero también con elementos indígenas y europeos. Se les arrebató su nombre, se les extirparon patrones dietéticos, sexuales, etc., se persiguieron las formas externas de su ocio (la música o el canto) y sus creencias, o se les impuso el idioma de los blancos. Por estas circunstancias, la cultura creada por los esclavos devino clandestina y resistente, frente a la cultura de los plantadores, factor de sometimiento e integración.

Las culturas afroamericanas pueden diversificarse hasta el infinito conservando, sin embargo, un extraño aire familiar. Se distinguen por su música (en buena parte vocal, pues los instrumentos estaban prohibidos), el canto, el baile, la literatura oral (la mayoría se ha perdido), la pintura, llamada naïf, sus creencias o su peculiar moral.

Por supuesto, mestizos, mulatos, etc., también crearon sus culturas más o menos diferenciadas de las de otras etnias de su vecindad.

A la vez, debido a que el experimento que se estaba perpetrando en el laboratorio que fueron las Indias, era violento, alienante e insoportable, hubo respuestas extremas y surgieron las sociedades cimarronas.

El imperio colonial español fue dividido administrativamente en dos virreinatos, separados por Panamá, centrados en los dos imperios precolombinos. Tenochtitlan —ahora llamada México— se convirtió en capital y centro de la Nueva España, y al virreinato del Perú se le adjudicó como capital, en lugar del Cuzco incaico, una ciudad blanca, de nueva planta y situada en la costa, Lima, bien lejos de la sierra donde estaban las minas y la mano de obra. En ambas regiones, donde habían estado el reino mexica y el tawantisuyu, el dominio español fue total y demoledor, mientras en el resto se inició una penetración tenue y lenta, pero la mayor parte del continente seguía señoreada por naciones aborígenes y sociedades cimarronas, mientras otras potencias europeas no peninsulares iban iniciando asentamientos que, si fueron considerables en la mitad septentrional de la costa atlántica, se limitaban, más al sur, a algún territorio (las guayanas) y a algunas de las Antillas que los castellanos llamaban islas inútiles.

OREGON
ESTADOS
UNIDOS
MEXICO
PROVINCIAS
UNIDAS DE
AMERICA
CENTRAL
COLOMBIA
IMPERIO
DEL
BRASIL
PERU
BOLIVIA
PARAGUAY
URUGUAY
CHILE
ARGENTINA
AMERICA
EN
1830

AMERICA

EN

1900

8.2. Implantación del estado liberal

En un proceso iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII, mientras las oligarquías iban autoatribuyéndose los territorios que rodeaban las capitales administrativas, la Corona intentaba controlar un imperio que se desmenuzaba y subdividía en tres el virreinato del Perú, centrando los dos nuevos en Bogotá y Buenos Aires.

Los acontecimientos políticos, económicos y sociales que he mencionado en el segundo capítulo, supusieron que las oligarquías se replantearan o, en la mayoría de los casos, se plantearan por primera vez cuál sería el territorio que se convertiría en el estado-mercado-nación sobre el que reinarían. Siguiendo el ejemplo norteamericano, Miranda, Bolívar, Artigas, San Martín o Rodríguez de Francia pensaron en una unidad que abarcara todas las Indias de Castilla; Miranda llegó a decidir el nombre, Colombia, en honor de Colón por supuesto. Bolívar consiguió reunir el congreso anfictiónico de Panamá (1826) para intentarlo. Ante la imposibilidad, el rechazo y la hostilidad de los gobiernos de Londres y Washington, las oligarquías se limitaron a las antiguas circunscripciones virreinales, pero enfrentaron notables oposiciones: así el istmo se separó de la Nueva España en 1823; ya he mencionado el decidido rechazo que encontró Buenos Aires en su intento de heredar el virreinato de La Plata; duró algo más, pero sólo hasta 1830, la república de Colombia, equivalente al virreinato de la Nueva Granada; Lima fracasó, incluso con las armas, en reconstruir el suyo y en conseguir una confederación con Bolivia. Finalmente, se organizó un número indeciso e impreciso de estados que, más o menos, se correspondían con las circunscripciones menores del imperio, audiencias, capitanías generales o intendencias.

Desde 1830, relativamente dibujado el mapa político, las oligarquías capitalinas iniciaron el difícil intento de consolidar los nuevos estados, para lo que enfrentaron una situación compleja. Puesto que las fronteras, como había ocurrido en el período colonial, no se trazaron teniendo en cuenta ni la geografía ni las comunidades aborígenes, las comarcas naturales, Chaco, Llano, etc., quedaron divididas entre repúblicas vecinas; por supuesto, lo mismo sucedió, y es más grave, con los aborígenes: los aymara dispersados entre Argentina, Bolivia y Perú; los guaraní entre Argentina, Bolivia y Paraguay; los quechua entre Argentina, Bolivia, Ecuador y Perú; los maya entre El Salvador, Guatemala y México. Otras culturas coloniales, como la afroamericana, también quedaron dispersas entre las repúblicas costeras o isleñas del Caribe, hasta el extremo de que puede haber más afinidad entre el habitante del Barlovento venezolano y el de Jamaica, que entre aquél y los andinos de Mérida.

Por otra parte, las oligarquías heredaron rechazos y enfrentamientos más o menos antiguos. Gauchos y llaneros siguieron negándose a incorporarse a Argentina o Venezuela. Los antagonismos entre la oligarquía de Bogotá y los notables de otras ciudades ayudarían a entender algunas de las dificultades que hicieron tan compleja la organización del nuevo estado, incluso cuando la primera juraba haberse convertido al federalismo.

Este panorama pudo complicarse hacia finales del siglo XIX, porque llegaron a algunos países oleadas de inmigrantes europeos; así en la Argentina y hacia 1900, un tercio de los súbditos habían nacido fuera de la república, pero si añadiéramos los hijos de inmigrantes, el porcentaje se doblaría, quedando en segundo lugar los descendientes de los criollos, que ya estaban allí al declararse la independencia, y en el otro extremo se hallaría la minoría aborigen —pero gran mayoría en sus provincias— marginada, sobreexplotada y ninguneada culturalmente, menospreciada porque se aferraban a unas pautas culturales que de ninguna manera querían abandonar. Esta persistencia llegó al límite en el cercano Perú, donde durante el siglo XIX aymaras y quechuas constituían elevado porcentaje del total demográfico. Puesto que ni siquiera entendían el castellano, un periodista de la capital llegó a decir que en el Perú más del 50 por 100 de la gente vive al margen de la cultura nacional; pienso que no queda duda alguna, desde un punto de vista matemático de que quien quedaba fuera de juego era la supuesta cultura nacional. Bastaría aquí recordar una tajante afirmación del filósofo de la cultura Tzvetan Todorov: «los pueblos no existen sin más, lo que existen son las culturas, y nunca hay perfecta sincronía entre identidad cultural e identidad estatal. Dentro de cualquier estado, existen siempre diversas culturas.»

En un ámbito geográfico más amplio —el mencionado Perú, más Bolivia y Ecuador— los aborígenes constituían bastante más del 60 por 100 de la población rural y se distribuían en diez mil comunidades que abarcaban unos tres millones y medio de personas; instaladas entre dos mil y cuatro mil quinientos metros de altura, eran arrinconados a tierras cada vez peores y su vinculación con la economía que se iba *modernizando* era cada vez más desfavorable. Las comunidades procedían de los aillus —muy anteriores al imperio Inca— sufrieron el colonialismo europeo, que redujo a los aborígenes a pueblos, con la obligación de habitar en viviendas congregadas y bajo vigilancia y de abandonar, como era su costumbre, su hábitat disperso entre sus cultivos; también se les exigió participar en la producción de excedentes, a través de la mita y el tributo, sin que ellos obtuvieran beneficio alguno. Pero las comunidades conservaron los principales elementos de su cultura; pongo por caso, la Corona sólo empezó a pensar que los aborígenes

debían ser obligados a aprender el castellano y abandonar sus lenguas, a finales del período colonial, lo que por supuesto ni empezó a poner en práctica. A lo largo del siglo XIX recibieron el embate, cada vez más impresionante, del proyecto liberal; las primeras medidas las dictó Bolívar en 1824 y, consciente o inconscientemente, se les quería desproveer de su aparato cultural que les defendía —lo había hecho durante casi trescientos años— y los hacía menos vulnerables. Se liquidó el tributo (presentando la medida, ya lo he dicho, como tomada en su beneficio); se les distribuyó las tierras de la comunidad —lo que para ellos era un exabrupto absurdo e inmoral, la tierra era por antonomasia un bien común no privatizable— tierras que bien pronto les fueron arrebatadas y acabaron en manos de los mestizos o engrosaron los latifundios; se levantaron aparatos legislativo-represivos, exclusivamente en castellano, que no entendían y podía perjudicarlos doblemente, pues tampoco comprendían el procedimiento.

A pesar de los contumaces ataques del liberalismo, los aborígenes preservaron su identidad porque mantuvieron sus peculiaridades culturales, no porque fuesen refractarios a los cambios, sino porque sabían perfectamente lo que querían. Siguieron defendiendo —y manteniendo dentro de lo posible— el manejo colectivo del espacio rural, rechazando tenazmente la propiedad privada; estaban vinculados a una sensata tecnología que, a lo largo de siglos, había llegado a un equilibrio para no agotar el suelo; era imperceptible la frontera entre fiesta y obtención de recursos; se basaba su moral en la reciprocidad, la cooperación y la solidaridad; practicaban una concreta organización familiar o tenían su lengua y determinadas pautas alimenticias; habían elaborado un paquete de creencias que no deseaban abandonar, pues a través de ellas se integraban en el mundo que les rodeaba.

Todos los jóvenes desde los 18 años eran miembros de la comunidad; debían colaborar en las tareas comunitarias, aportar fondos para los gastos colectivos (era la forma de evitar que alguien acumulara más riquezas que los demás); tenían el derecho a usufructuar tierras y aguas, llevar los animales a los pastos, intervenir en las asambleas, participar en las fiestas y ser elegidos para los cargos.

La identidad estaba tan arraigada que todavía a mediados de nuestra centuria los aborígenes se alzaron al grito de «Tierra o muerte» y demostraron no estar dispuestos a perderla bajo ningún concepto.

* * *

Dolores Juliano sintetiza el caso de la oligarquía de Buenos Aires, que centralizó y controló los recursos económicos a la vez que iba estructurando el estado que se lo permitiría y le garantizaría su conser-

vación. Para nuestra autora, el caso de la Argentina es paradigmático, por la apropiación de tierras de conquista tardía, porque gracias a ellas se integró al mercado mundial y también por la legitimación ideológica empleada.

En 1816, la oligarquía reivindicó el territorio del virreinato del Río de la Plata, buena parte del cual no estaba todavía ocupado por los blancos, quienes sólo dominaban islas de poblamiento en torno a diversos centros productivos, aisladas en regiones incontroladas y comunicadas por caravanas de carretas. La mayoría del territorio todavía estaba señoreado por los aborígenes y los criollos entraban a veces en él para realizar vaquerías.

Al poco tiempo de este ámbito tan débilmente articulado, se segregaron Bolivia, Paraguay y Uruguay y, para compensar estas pérdidas, se pensó en ocupar los territorios indios. Tras un largo período de inestabilidad, esencialmente por insurgencias populares y discrepancias entre los notables, de éstos salió vencedor el grupo de la oligarquía agroexportadora de Buenos Aires, no en el plano militar, donde había vencido el interior, sino en el de la lógica económica de engarce en el mercado mundial. «Que esta contradicción se resolviera concentrando la capacidad de decisión y el control de los resortes administrativos del estado en manos del sector agroexportador que había sido derrotado militarmente, pero que mantenía intacto su predominio en el manejo del mercado externo, constituye un buen ejemplo de la dependencia de la estructura de poder con respecto a la economía.»

Por supuesto, el sector oligárquico asumió plenamente la ideología liberal; en economía internacional se sumó al librecambio preconizado por la Gran Bretaña en beneficio de sus exportaciones (tasajo, sebo, lana, etc.) y en detrimento de las actividades agrícolas o manufactureras del interior. A nivel interno se consolidó un parlamentarismo fraudulento manipulado por los grandes propietarios y formalmente federal; el contubernio supuso, dentro de todo, legar algunos poderes a los notables provinciales, dejándoles dictar sus propias constituciones, *elegir* gobernantes, controlar impuestos, manejar escuelas y represión local.

Para consolidar el proyecto se recurrió, sin ninguna originalidad, al engendro de una mitología patria y un culto a los héroes y a la estandarización cultural a partir de una escuela gratuita, laica y obligatoria.

Pero en este caso no bastaba con domesticar a las gentes que ya se encontraban en el área controlada por la oligarquía desde el período colonial, sino que debían asimilarse o liquidarse los aborígenes independientes que señoreaban los territorios de expansión posible, no ocupados todavía por otros estados, que fueron víctimas, como en el resto del continente, de una política agresiva que tenía varios objetivos:

ampliar el territorio dominado por los terratenientes; liquidar economías competitivas (los aborígenes cazaban ganado orejano o libre); convertir a los aborígenes, una vez domesticados, en mano de obra barata; acabar con sociedades resistentes y alternativas que eran un muy mal ejemplo e, incluso, un santuario para los refractarios internos (Juliano, 1988, 64-67).

8.3. En las estribaciones

Así, a finales del siglo XIX se habían consolidado, más o menos, en la América Latina estados, abarcando los territorios que se habían atribuido las oligarquías capitalinas y éstas habían llegado a controlar un elevado porcentaje de la población, pero quedaban suficientes grupos al margen, cuantitativa o cualitativamente importartes, como para hacer mención de ellos.

En primer lugar, los llamados no incorporados por sociólogos y antropólogos, pueblos o naciones aborígenes de economía autosuficiente que conseguían mantenerse incontaminados frente al acoso de los liberales, éstos no podían tolerar que grupo alguno —de lo que ellos llamaban la nación— rechazasen su paquete. Por ello continuó la violenta acometida contra pueblos que, uno tras otro, iban quedando en las fronteras reales. Juan Maestre, en un capítulo ya mencionado, ofrece algunos casos dentro de un listado que, desafortunadamente, es mucho más largo. A mediados del siglo XIX el gobierno mexicano, copiando una idea del colonialismo inglés en el Norte, compraba cabelleras de indígenas, pagando cien dólares por la de un guerrero, cincuenta por la de una mujer y veinticinco por la de un niño. Por supuesto, la HO asegura que quienes idearon tan drástico sistema estadístico fueron los pieles rojas.

En Guatemala, para someter a los quiches, se incendiaban aldeas, o se obligaba coercitivamente a consumir alcohol a miembros de comunidades a quienes se lo prohibían sus normas; no está de mas decir que los gobernantes, a la vez, tenían intereses en las fábricas de licor. Poco más tarde, durante la dictadura de Jorge Ubico, se cazaron lacandones que fueron conducidos, encadenados, a la ciudad de Guatemala y enjaulados en el zoológico.

En el Brasil, y a finales del siglo XIX, se inició el exterminio sistemático de los aborígenes amazónicos; eran todavía unos dos millones y han quedado reducidos a unos doscientos mil (Maestre, 1988, 40-47).

En segundo lugar, cabría mencionar a los marginados: todas aquellas comunidades, de cualquier color de piel, con más o menos centurias acosadas por el excedentarismo, pero sólo perjudicadas tangen-

cialmente por éste, que no había todavía podido despojarles de unas peculiaridades culturales que les protegían de los intentos de convertirlos en trabajadores a tiempo completo, y quién sabe si, incluso, consumidores. Quizás el caso más esperpéntico sería el de los mayas de México o Guatemala, vinculados a una cultura bien espectacular, una de las más sofisticadas de las aborígenes, sufrieron toda clase de violencias precisamente por mantenerse vinculados a aquélla, y ya he mencionado varias veces la guerra de exterminio que sufrieron los del Yucatán por parte del gobierno mexicano.

En tercer lugar, quedarían los pueblos cimarrones, los grupos mencionados reiteradamente a lo largo de este trabajo y protagonistas del próximo capítulo, que no sólo eran refractarios al proceso de excedentarización, sino que, por añadidura, se oponían de manera decidida al acoso, recurriendo a sus herramientas que se convertían en armas cuando no quedaba otra posibilidad. Los pueblos cimarrones, insisto, fueron muchos y de la mayoría se ha perdido no sólo el recuerdo, sino que incluso se ha llegado a olvidar el nombre, como sería el caso de los *bandidos* del norte de México que a partir de 1910 escogieron a Pancho Villa como representante.

9.

Gente de a caballo

9.1. Señores y guerreros

En las naves de los invasores llegaron a América, desde octubre de 1492, cuadrúpedos europeos allí desconocidos; algunos escaparon, recuperaron la libertad deviniendo orejanos y proliferaron. A finales del siglo XVI los rebaños de vacunos en el norte de la Nueva España se doblaban cada quince años y un viajero francés describía a su rey «grandes y lisas llanuras que se extienden sin fin y están cubiertas de un número infinito de reses». También se multiplicaron los caballos salvajes, llamados mesteños por los mexicanos, palabra que los gringos deformaron dando lugar a mustang. Bueno sería recordar que tanto ganado mostrenco supuso que en muchos lugares del nuevo continente las cercas no se levantaran para acorralar a los animales, sino para mantenerlos fuera de los campos y evitar que liquidaran las cosechas.

Fabulosas cantidades de vacunos y equinos degeneró en que se calificara de *cuatreros* a quienes los cazaban sin ser tenidos por propietarios. El desarrollo de la independencia venezolana habría sido indudablemente bien distinto sin la participación de los *bandidos* que escogieron a José Antonio Páez como representante.

* * *

Durante la llamada edad media se había intentado organizar de nuevo en Europa una sociedad belicosa y excedentaria, esto es, conseguir que la inmensa mayoría produjera muy por encima de sus necesi-

dades en beneficio de bien pocos. El caballo devino pieza clave del sistema como montura de las fuerzas represivas, para someter a los rurales o en las campañas militares expansivas; las que durante ocho siglos dirigieron los reyes cristianos peninsulares contra las gentes de Al-Andalus, por citar un solo caso. Y no olvidemos que en esta expansión concreta jugó papel importante otro animal, el mastín, pieza logística fundamental en la conquista de América.

Como era de maliciar, el caballo también se convirtió en indicativo del estatus de la clase explotadora. Los señores paseaban o cazaban a caballo mientras los rurales lo hacían a pie; o la caballería fue, durante siglos, el arma elitesca por antonomasia.

En interacción con lo que se estaba tramando en América, lo que he llamado reiteradamente en este libro el laboratorio, los occidentales forjaban en la misma Europa, ahora definitivamente, la nueva sociedad, y en esto Inglaterra fue pionera. Miles de personas de las islas fueron marginadas por resultar incompatibles irrecuperables con la Buena Nueva y, calificados de prostitutas, ladrones o cualquiera de las lindezas que el sistema endilga a los que devienen involuntariamente forajidos, fueron desterrados a las costas atlánticas de la América septentrional; allí se diluyeron, entre aborígenes o no, sin que sepamos gran cosa más de ellos.

En las Indias, los experimentos supusieron un impresionante rechazo y huidas masivas. Africanos que no querían ser esclavos, indios mestizos y mulatos, jurídicamente libres, que no aceptaban la nueva cultura occidental, blancos, criollos o recién llegados del viejo continente, refractarios a la moral que estaban imponiendo personas de su misma etnia, se refugiaron en distintos santuarios, en lugares más o menos recónditos.

Angel G. Quintero Rivera ha descubierto y estudiado la cimarronería puertorriqueña, que él tiene por oposición en retraimiento, o no activa, debido en parte a la escasa trascendencia de las plantaciones frente al peso aplastante del bastión militar de San Juan.

Vendría a continuación lo que Quintero califica de oposición activa, organizada en cimarroneras territorialmente muy grandes, de alguna de las cuales no ha quedado ni el recuerdo. Algo sabemos de las del centro y oeste de la America septentrional. Poco conocemos de los forajidos que se retiraron a una región vecina y prolongación de la anterior, al norte del actual Mexico, los antecedentes de los ya mencionados *bandidos* que escogieron a Pancho Villa e irrumpieron espectacularmente en la historia en 1910. Entre los araucanos o en la Pampa se refugiaron los que huyeron a las zonas más australes y yo, personalmente, me he interesado por los que huían de las sociedades excedentarias organizadas a partir de Caracas y Bogotá.

Pero hubo muchas cimarroneras más y a cada rato se encuentran nuevas referencias, de las que surgieron en el inmenso Brasil y sobre los cangaceiros o, fuera de América, de las australianas, a cuyos miembros se llamó *bushrangers*.

Todos estos escurridizos forjaron en América culturas nuevas, tan nueva como otra cualquiera; abiertas, se renovaban constantemente al asimilar aportes de quienes se arrochelaban en nuevas huidas, que se sincretizaban sin mayor problema dado que nadie defendía ortodoxia alguna; resistentes, sus miembros tenían en común el mencionado rechazo al laboratorio; y alternativas, puesto que a partir de experiencias bien distintas, y resultado de adaptarse a medios particulares, reinventaban sociedades autosuficientes que sus miembros sabían opuestas a la violenta que forjaban los occidentales.

Dado que entre los miembros de las sociedades cimarronas no existían graves discrepancias o antagonismos sociales, la mezcla étnica y cultural fue total: no hubo grupos marginados; lo que se traduce, en algunos casos todavía ahora, en la sorprendente y atípica homogeneidad racial y de costumbres. Así, no queda el menor rastro individualizado de los miles de negros que se refugieron en el Llano a lo largo de más de cuatrocientos años.

* * *

Nunca sabremos, ni pienso que tenga trascendencia, cuántas personas integraron estas sociedades cimarronas; pero creo que sería posible, y quién sabe si conveniente, una tarea de recuperación, averiguar el funcionamiento de las mismas. Porque tuvieron suficiente trascendencia —en su oposición activa— como para entorpecer y retardar los proyectos de las oligarquías que querían y debían neutralizarlos. Así la organización de estados-naciones propugnados por los notables de Buenos Aires o Caracas siguió unos determinados derroteros debido, en parte, al rechazo de gauchos o llaneros. Si prosigue el desconocimiento sobre su oposición seguirá siendo incomprensible la llamada independencia de principios del siglo XIX. Y precisamente porque eran sociedades alternativas a la excedentaria o capitalista fueron aniquiladas y escamoteadas ya que suponían refugio, inspiración o modelo para los refractarios internos. Cada vez que la oligarquía intentaba profundizar y estabilizar su proyecto crecía el número de forajidos a la vez que los cimarrones se organizaban y defendían atacando, comportando la paralización, una vez más, del ensayo.

* * *

Estas sociedades cimarronas activas no habrían podido serlo, no habrían podido defenderse durante centurias del acoso oligárquico, sin disponer de caballos que les daban una gran movilidad y les hacían bien poco vulnerables.

Mientras en la edad media sólo cabalgaban señores y represores, en Américas las bestias fueron esencialmente montura para, precisamente, los más decididos refractarios al sistema.

9.2. El Llano, los llaneros y su cultura

Como ya he dicho, me he interesado por desentrañar del olvido, de estas sociedades cimarronas, a la que arraigó en las sabanas de las actuales Venezuela y Colombia. Dado el ninguneo que con este tipo de insurgencias ha perpetrado la HO quizás sería interesante, y quién sabe si positivo, resumir lo que ahora ya conocemos. (Para las referencias, Izard, 1988.)

* * *

A finales de 1862, durante la guerra federal, el gobernador de Apure se quejaba de «la guerra injustificable que [los insurgentes] hacen a la *nación*», y medio año más tarde los dirigentes políticos del bando, que aparentemente no estaba integrado en la *nación*, sintieron la necesidad de pactar con sus enemigos cuando ya tenían la guerra ganada y decidieron la traición de Coche, consumada por Falcón, el jefe político de los federales que, en un discurso, había dicho dos años antes: «Las revoluciones populares [...] no se pierden jamás [...]. Esta revolución [...] busca ensayar un cambio radical [...]. Un sistema por el cual sea el pueblo el que piense, administre, ejecute y cumpla su propio pensamiento.»

Me malicio que Falcón traicionó a su gente porque no creía que debía ser el pueblo quien pensase, administrase, ejecutase y cumpliese su pensamiento y porque entre sus tropas jugaron un rol destacadísimo los llaneros, que atemorizaban tanto a los conservadores como a los liberales.

* * *

Los Llanos —la tierra recorrida por los llaneros— son una de tantas fronteras americanas y podrían caracterizarse por una serie de peculiaridades como zona fronteriza, como pradera y como región venezolana.

En primer lugar son una frontera abierta, ya que por el río Negro se comunican con la inmensa cuenca amazónica. A medida que presionaban los blancos del norte, los escurridizos habitantes podían desplazarse hacia el sur y, teóricamente, quedaba a sus espaldas el inmenso Brasil. Por añadidura, hubo siempre dos Llanos de extensiones variables, el de la gente libre cazadora de animales orejanos y el de los ganaderos que intentaban controlar, mediante el rodeo, estas reses.

En segundo lugar, la formación del pueblo llanero fue el resultado de la sedimentación, en un lapso de tiempo relativamente corto, de distintas oleadas étnicas.

En tercer lugar, en los Llanos la resistencia frente a los invasores fue más larga que en otras fronteras americanas. El enfrentamiento con los blancos se inició, naturalmente, a poco de la llegada de éstos a Tierra Firme, pero la pronta valoración del Caribe como zona productora de caña estimuló el afán oligárquico por controlar la zona en potencia ganadera, y los conflictos se aceleraron ya desde mediados del siglo XVII. Contrariamente, los Llanos fueron una de las últimas zonas de frontera sometidas por los invasores: Venezuela fue incorporada al mercado mundial, controlado por los países capitalistas centrales, con posterioridad a otras repúblicas latinoamericanas. Si la Pampa fue conquistada a partir de 1880 por el general Roca, aniquilando a los gauchos; si el Far West fue incorporado hacia 1890 tras eliminar a los pieles rojas; la victoria sobre la resistencia llanera se produjo en la segunda mitad del siglo XX cuando el gobierno de Caracas, con los royaltis del petróleo, pudo organizar por primera vez un ejército represivo numeroso, bien armado y motorizado y, por encima de todo, disponer de recursos suficientes para corromper a los caudillos locales, dejando a los primeros sin aliados accesorios.

Y en cuarto lugar, si la insurgencia llanera ha sido prácticamente liquidada, la cultura persiste todavía e incluso el estado y el pueblo venezolano han podido apoderarse de algunos de los elementos más llamativos del ocio llanero y no en vano *Alma llanera* puede tenerse por el segundo himno nacional y *El gavilán* por el tercero.

Los Llanos no son óptimos como praderas dada la brutal diferencia entre el agostador verano y las inundaciones invernales, así ni antes de 1492 eran recorridos por grandes herbívoros, como los bisontes del norte, que fueron exterminados para socavar la base alimenticia de los aborígenes, ni, con posterioridad, pudieron sostener cantidades estimables de cuadrúpedos de origen europeo, precisamente para abastecer el mercado del viejo continente, como pudo hacer la Pampa cuatrocientos años después de la invasión.

Como región pienso que los Llanos se caracterizan, no por el secesionismo, fenómeno frecuente en cuanto surge el estado, sino porque

durante unos cuatrocientos años, dado que fue zona de refugio para quienes escapaban del territorio controlado por la oligarquía del norte, fue tierra de separados más que de separatistas, de gentes que rechazaban al gobierno de Caracas por lo que difícilmente se les podía considerar integrados en la república. Dicho de otra manera, fue la región más refractaria al centralismo caraqueño porque lo eran la inmensa mayoría de sus habitantes.

* * *

Los Llanos, una de tantas regiones naturales divorciadas de las artificiales divisiones políticas, son tierra caliente. La temperatura media anual en Calabozo (27,3°) es la más alta de Venezuela después de la de Maracaibo; pero, frente a lo que ocurre en el litoral, las oscilaciones térmicas diarias son considerables, de casi ocho grados y en casos extremos pueden llegar a 17°. También es mayor que en el resto de la República la oscilación entre el verano y el invierno, y durante éste a medida que aumenta la pluviosidad, el Orinoco, que ya lleva una enorme masa de agua, es incapaz de drenar el gran volumen aportado por sus afluentes (que atraviesan las sabanas de Apure con una pendiente muy poco pronunciada), con lo que éstos se desbordan y una parte respetable del territorio queda inundada.

Hacia principios de septiembre el fenómeno se invierte: desciende el nivel del Orinoco, se descongestionan sus tributarios y van reduciéndose las zonas inundadas. Sólo quedan ciénagas y caños que van mermando a medida que disminuyen las lluvias.

Esta alternancia, las inundaciones o la impresionante sequía hacen en la práctica inviable una actividad económica intensiva y excedentaria, aunque los habitantes de la región son capaces de subsistir armonizados con el nivel de los recursos.

Los llaneros presentaban una composición étnica y una procedencia geográfica peculiares. Sobre una base aborigen pequeña se fueron acumulando personas de las zonas próximas que huían por unas razones bien concretas y que normalmente buscaban refugio en las sabanas para poder sobrevivir, automarginándose frente a una legislación, como todas, represiva.

Así, sin cesar, a quienes ya habían nacido en los Llanos se iban añadiendo nuevos forajidos, el número de blancos, mestizos o indígenas fue mayor que en otras fronteras americanas, además, dados el número y tamaño de las plantaciones del norte y de las zonas más próximas del Caribe, una cantidad extraordinaria de negros africanos pudieron buscar refugio allí, puesto que eran mayores las posibilidades de subsistir.

Una primera etapa de inmigración se produjo a raíz de las incursiones castellanas en las costas de Venezuela, ya que, rápidamente eliminada la población aborigen de las Antillas, realizaron repetidas entradas en los valles costeros de Tierra Firme para esclavizar a sus habitantes. El asentamiento de los invasores en los valles del norte y del oeste supuso que nuevos grupos de indígenas emigraran hacia el sur y a mediados del siglo XVII se inició, tras algunos fracasados intentos anteriores, la definitiva penetración blanca en los Llanos, por tierra o siguiendo los cursos navegables, desde los núcleos ya conquistados de las sierras del oeste y del norte. Estas incursiones tenían como finalidad principal capturar indígenas para convertirlos en mano de obra forzada en las haciendas, excusándose las más de las veces en el afán evangelizador de los misioneros, y también provocaban (finalidad aparentemente secundaria), la huida de los llaneros (aborígenes o refugiados) dejando el campo libre a la oligarquía norteña para organizar hatos en las tierras abandonadas.

En el último cuarto del siglo XVIII los misioneros, persiguiendo a los aborígenes, actuaron sobre una región más al sur, la situada entre el Apure y el Meta, fundando poblaciones de indios y de españoles como San Fernando de Apure. Según Lodares, penetraron en una zona «hasta entonces quizás por ningún civilizado visitada», aunque decía a continuación que allí sufrieron grandes contrariedades «no sólo de parte de los indios por su natural inconstancia y amor a la vida libre, sino también de otros individuos que les faltaban al respeto», y añadía que los misioneros se vieron obligados a llevar consigo un emisario y alguna escolta para reducir a los indios y destruir «una rochela de zambos que hacían prevaricar a dichos indios».

En efecto, en las últimas décadas del período colonial aumentó el número de los llaneros, durante la transición final de la sociedad autosuficiente a la excedentaria, porque eran más quienes huían del norte rechazando unas transformaciones que se realizaban en su perjuicio.

Después de 1824, acabadas las guerras de la Independencia (y al margen de las cuestiones estrechamente vinculadas a éstas), vinieron a sumarse algunos factores nuevos a las causas que ya antes de 1810 habían convertido a los llaneros, muy a pesar suyo, en forajidos. De ello es una buena prueba la abrumadora cantidad de leyes condenando toda una serie de *delitos,* leyes que se ratificaban con tanta frecuencia seguramente porque se incumplían por parte de todos. Una de las viejas motivaciones era que la oligarquía apetecía toda la tierra de la región, no porque no dispusiera ya de grandes extensiones. sino para evitar que aparecieran nuevos propietarios que pudieran reclamar un porcentaje de los animales orejanos. Así, la oligarquía pretendió hacer-

se con todo el territorio de la orilla derecha del Apure, que hasta 1810, oficialmente, había sido realengo.

Por otra parte, más gente del norte buscó refugio en los Llanos debido a una nueva y más brutal persecución de la mano de obra potencial a través de las leyes que condenaban a los llamados vagos y mal entretenidos; el acoso venía del período colonial, pero se intentó, sin éxito, conseguir más obreros cuando la crisis de la esclavitud perjudicó a los terratenientes; por ejemplo, se decretó una nueva ley al respecto, el 1 de abril de 1845, pidiendo a todas las autoridades que velasen por su cumplimiento.

Un viejo problema que se agravó después de 1830 fue el comercio clandestino de bienes pecuarios. Durante el período colonial el contrabando fue un hecho crónico tolerado; el nuevo régimen republicano intentó inútilmente erradicarlo, pues confiaba que los aranceles aduaneros le permitirían sufragar unos gastos siempre superiores a los ingresos. A partir de este momento, la extracción ilegal de bienes pecuarios no fue sólo, para los llaneros, una forma de conseguir un beneficio material, sino también, dadas sus relaciones con los gobiernos de Caracas, una forma de resistencia contra la oligarquía que controlaba el poder central.

* * *

Como cualquier pueblo nómada y escurridizo los llaneros debían llevar toda su cultura «a cuestas»; mientras sus creencias, su coherente moral o los elementos de su ocio oral podían ser muy complejos, los componentes materiales debían ser de un gran sobriedad. Por esto mismo, y porque ha sido un pueblo marginado, no se localizan fácilmente los elementos de una cultura que, como tantas americanas, era un complejo sincretismo de elementos aborígenes, africanos y europeos.

Como ya he señalado, la vida material en los Llanos se vio totalmente trastocada con la llegada de los castellanos, aunque éstos tardarían todavía algún tiempo en interesarse por la región. Reses y caballos, escapados de las huestes invasoras o de las haciendas del norte, se aclimataron produciendo cambios irreversibles: los llaneros se convirtieron en excelentes jinestes cazadores de animales salvajes como montura o alimiento, con posterioridad, la proliferación de los animales tuvo dos consecuencias determinantes que actuaron en interacción, por una parte, la oligarquía terrateniente del norte intentó controlar a los animales salvajes organizando una ganadería excedentaria de rodeo, alternativa económica que no era obviamente viable dada la fragilidad de los recursos naturales; por otra, los llaneros, cazadores de animales

mostrencos, fueron calificados de cuatreros por quienes se autoproclamaban dueños de la tierra y, por encima de todo, de los animales. La antagónica postura adoptada frente al ganado orejano (controlarlo para venderlo o, sencillamente, cazarlo para sobrevivir) degeneró en una interpretación peyorativa que oponía trabajo a ociosidad, civilización a barbarie, y dio lugar a elucubraciones y adjetivaciones como mínimo chocantes.

Los habitantes de esta región con unas características muy peculiares, donde el número de riesgos era considerable y la aparente monotonía del paisaje podía suponer perderse en un terreno en el que podían llegar a faltar cosas verdaderamente imprescindibles, sólo podían subsistir si eran excelentes baquianos.

El tiempo invertido en procurarse el alimento, como en todos los pueblos nómadas cazadores, era una mínima fracción de la jornada diaria, mientras el resto se dedicaba al esparcimiento en el sinfín de alternativas que procuraba un ocio que podía llegar a ser muy sofisticado y, por encima de todo, participativo.

El llanero, conocedor de las limitaciones de su medio, tenía, en principio y por principio, un especial cuidado en preservarlo; era perfectamente consciente de que se perjudicaría irremediablemente a sí mismo si rompía el equilibrio. La caza de reses o bestias, una fuente de carne y la única de monturas, se realizaba mediante unas técnicas muy complejas que exigían una gran habilidad, similares a las que se practicaban en el resto del continente y que tenían, con seguridad, un origen común.

Las reses podían derribarse a caballo con el lazo, asiéndolas por la cola y haciéndoles perder el equilibrio o con la garrocha, lanza de unos cuatro metros, elaborada con el tronco de una palma, aguzándola en un extremo al fuego o fijándole una punta de hierro. Ramón Páez recordó que estas garrochas, en caso de necesidad, podían convertirse en armas extraordinariamente eficaces en campo abierto.

9.3. Sin más patria que la tierra que pisaban sus caballos

Como he reiterado, me llama poderosamente la atención que la literatura haya sido más capaz de captar el pasado que los historiadores; los llaneros, que tuvieron un destacado rol en el devenir venezolano, integran una parte estimable de la moderna narrativa (podemos pensar en *Las lanzas coloradas*, de Uslar Pietri, o en *Doña Bárbara* y *Cantaclaro*, de Rómulo Gallegos, por ejemplo), mientras no se mencionan, ni siquiera una vez, en una cantidad excesiva de análisis sobre las guerras de la Independencia o la Federal, lo que conduce a una interpretación del pasado venezolano sin pies ni cabeza.

He insistido en que buena parte de los llaneros se habían alejado voluntariamente de la zona controlada por los blancos y, en consecuencia, no tenían afanes expansionistas. Así las relaciones entre ganaderos y llaneros podrían ser más o menos pacíficas si los primeros no pretendían someter a los segundos o si no intentaban controlar todos los animales orejanos de la región, lo que ocurrió cada vez que fenómenos exógenos provocaron un tirón brutal de la demanda de bienes pecuarios. En cada una de estas circunstancias, la ganadería, ya de por sí extensiva (necesitaba controlar animales en áreas cada vez más grandes), se expansionaba aceleradamente: cada propietario miraba de ampliar la zona sobre la que controlaba animales o intentaba capturar animales en tierras de nadie y los grandes hacendados exigían más sabanas hacia el sur para organizar un segundo hato al que llevaban sus animales durante la estación seca.

No tenemos todavía información suficiente sobre la demanda pero hubo al parecer dos períodos culminantes: en las últimas décadas del período colonial, lo que degeneró en las llamadas guerras de la Independencia, y a mediados del siglo XIX, lo que degeneró en la llamada guerra Federal. En el primer período la crisis del cacao, en combinación con la expansión de la demanda para abastecer a las plantaciones del Caribe, significó que la oligarquía ganadera intentara controlar toda la reserva pecuaria de los Llanos. En el segundo período hubo plausiblemente interacción entre más causas: los países capitalistas centrales de coyuntura económica expansionista, pasaron por una época de crecimiento acelerado entre, aproximadamente, 1848 y 1873 vinculada, entre otras muchas distorsiones, a la guerra de Crimea: en la primera mitad de los sesenta, la guerra de Secesión en los Estados Unidos supuso que si hasta 1860 fueron grandes exportadores de cuero se convirtieran, por culpa de la contienda fratricida, en grandes importadores provocando un «hambre de cuero» que afectó a todo el mundo y en concreto a Venezuela.

* * *

Como en tantas zonas indianas de frontera, los misioneros precedieron a los soldados para controlar a los pueblos más refractarios a los blancos. Los primeros capuchinos, que llegaron hacia 1650, enfrentaron un sinfín de dificultades con los aborígenes de los Llanos: nomadismo y movilidad, gran variedad de lenguas, en las que además, no existían términos con que predicar el catolicismo. Para paliarlas recurrieron, directa o indirectamente, a la violencia.

De aproximadamente la misma fecha, 1668, son las primeras informaciones documentadas de la organización de un aparato represivo de

la oligarquía de Caracas para intentar acabar con los otros habitantes de las sabanas, los llaneros cimarrones, que a partir de la publicación de los primeros códigos devinieron, sin comerlo ni beberlo, en cuatreros. A partir de este momento ya no cesarían los intentos oligárquicos de deshacerse de la competencia en la zona ganadera y, aunque todavía no sabemos las razones, hubo algunos momentos en que el enfrentamiento debió alcanzar cotas impresionantes dadas las escasas referencias que han llegado hasta nosotros.

Ya he mencionado, para finales del siglo XVIII, la interacción entre la crisis del cacao, el incremento de la demanda de carne y animales de tiro en las plantaciones del Caribe y la expansión de éstas en Venezuela que supuso un mayor número de fugitivos (en especial esclavos o negros y castas acosados por la legislación contra vagos y mal entretenidos). La pretensión oligárquica de controlar la riqueza y los hombres de los Llanos coincidió con una mayor afluencia de personas que allí buscaban refugio y vivían de los animales orejanos, el conflicto era inevitable y alcanzaría unas dimensiones que nadie podía preveer. El mantuanaje, en un tan desesperado como ineficaz intento de imponer su ley en la zona ganadera, mandó redactar unas nuevas ordenanzas de Llanos, las de 1794, que, por las mismas limitaciones de su capacidad represiva jamás podría hacer cumplir, con lo que agravó el problema que quería liquidar: en lugar de acabar con los cuatreros los convirtió en insurgentes. Por añadidura, con las ordenanzas, no sólo se enfrentaba con los cimarrones acusados de cuatreros, sino también con los pequeños propietarios de hatos minúsculos y con los que tenían algunos animales en los ejidos.

Así, desde hacía tiempo había en el Llano una insurgencia latente y crónica que enfrentaba a la mayoría de sus habitantes con la oligarquía caraqueña. De forma inesperada, se produjo una situación crítica en la capital de la Colonia en 1808 y, definitivamente, en 1810. Mientras el mantuanaje creó primero una Junta Defensora de los Derechos de Fernando VII y, posteriormente, optó por la independencia, los llaneros, en una primera etapa, habrían incrementado la lucha en defensa de su cultura sin salir de las sabanas. Más tarde, ante la aparente consolidación de la oligárquica Segunda República, y la reanudación de sus pretensiones de controlar toda la sabana los llaneros escogieron un responsable, Boves, para pasar de la defensa al ataque. La victoria llanera dio lugar a un período mal conocido y peor estudiado que finalizó con la llegada del ejército expedicionario español de Morillo, quien en nombre del restaurado Fernando VII reinstauró el sistema anterior a 1808, lo que supuso provocar de nuevo a los llaneros a la insurgencia, y algo más tarde, a aliarse accesoriamente, con Bolívar, que en 1816 había iniciado el tercer y definitivo intento secesionista,

ahora contra las tropas metropolitanas que habían llegado a un contubernio con parte de la oligarquía caraqueña; grupo social que volvió a aterrorizarse y cambió de nuevo de parecer ante la proclamación de una monarquía constitucional (con la temida constitución de 1812) en la Metrópoli en 1820. Ahora se volcó al lado bolivariano para manipularlo y mantener el viejo orden de cosas en las relaciones entre la oligarquía y el pueblo, por lo que éste volvería a su estado normal, el de insurgencia crónica.

En el Llano, durante la tercera fase de la guerra, se demostró que los llaneros eran invencibles incluso ante experimentados ejércitos como el de Morillo, puesto que eran excelentes baquianos y se movían por su tierra con gran soltura, mientras que para los forasteros todo eran obstáculos insalvables. Richard L. Vawell, uno de los mercenarios británicos que luchó con los patriotas, se maravillaba de las habilidades de los llaneros y le sorprendía que no llevaran «bagajes ni ningún género de impedimenta», lo que les permitía una gran movilidad y atosigar constantemente al ejército expedicionario, que finalmente tuvo que retirarse de los Llanos, donde había entrado a sangre y fuego, sin llegar a entablar ninguna batalla formal con Páez. Los llaneros impedían que los españoles se movilizaran en busca de alimentos y rompieron las comunicaciones entre el grueso del ejército expedicionario y su cuerpo de reserva, obligando al primero a alimentarse con la carne de caballos y mulas, dejándoles, por añadidura, sin monturas y sin animales de acarreo para la artillería y los pertrechos.

Al final de las guerras de la Independencia, los llaneros habían vencido ejércitos supuestamente enemigos, pero nada más. La estructuración social, el aparato legislativo-represivo de los sucesivos congresos constituyentes, fue la exacerbación de lo que ya se había estado fraguando durante el período colonial y el poder siguió en manos del mantuanaje.

La insurgencia llanera del siglo XIX, continuación de la resistencia a la presión oligárquica colonial que había hecho crisis en 1810, fue obsesivamente tergiversada por los intelectuales venezolanos, que culpaban a los llaneros y a sus caudillos de desestabilizar la vida republicana; los llaneros eran hordas, eran un incendio que llegaba a enrojecer el horizonte, eran devastadores y pretendían una, para mí incomprensible, nivelación.

* * *

Las viejas y nuevas causas que favorecían el bandolerismo provocaron a lo largo de la pasada centuria la aparición de reductos en los Llanos, donde grandes o pequeñas bandas de *forajidos* encontraban

refugio e imponían su ley. Así sabemos que a finales de 1847 existía una partida que asentaba sus reales entre San Jaime y Guadarrama, en la provincia de Barinas. Más trascendencia alcanzó un foco de *bandoleros* que se estableció al final de la década de los cincuenta en Setenta (lugar que había sido rebautizado como Independencia después de 1821), en la provincia de Apure. De ello informaba el jefe político del cantón Nutrias: se había convertido en guarida para marginados de otras régiones de Venezuela que recorrían las riberas del Apure; el lugar había sido refugio desde tiempo inmemorial y «alcázar de célebres bandidos como los Morones, Virgüez, Vargas, Barsos y otros cien». Los cuatreros se dedicaban esencialmente a desollar reses para comercializar los cueros, pero en su osadía llegaban a descuerar, en los mismos corrales de los hatos, las vacas lecheras mansas; también robaban caballos, y tendrían tan amedrantados a los propietarios de los hatos próximos, que éstos no osaban visitar sus propiedades; las autoridades desconocían si los alzados tenían un jefe y quién era, pero estaban seguras de que contaban también con prófugos de los presidios del norte.

La impunidad con que los forajidos actuaron en los Llanos a lo largo de tanto tiempo se debía, en buena parte, a dos circunstancias; a que contaban con la tolerancia, cuando no la colaboración, de la mayoría de los habitantes de la zona y, en segundo lugar, a que las fuerzas represivas del gobierno fueron siempre insuficientes y debían actuar con notoria inferioridad logística frente a los que debían ser, y en la mayoría de los casos no lo eran, perseguidos y controlados. Por añadidura, las fuerzas gubernamentales, sin recursos y sin soldadas, debían vivir sobre el terreno y solían convertirse en una plaga más temible muchas veces que los facinerosos.

* * *

Algunos dirigentes federales, en su afán de hacerse con el poder político en Caracas, fueron suficientemente insensatos como para buscar alianzas accesorias con los rebeldes campesinos y con los indómitos llaneros y, obviamente, unos y otros tenían unas pretensiones nítidamente transparentes que nada tenían que ver ni con el federalismo, ni con el liberalismo; sólo les unía con aquéllos la común enemiga con la oligarquía caraqueña y esta connivencia dio lugar a una nueva guerra civil, que una vez más estuvo a punto de liquidar la frágil estructura republicana.

En el interior, la federación fue secundada de forma masiva por cimarrones, pero está suficientemente documentada la participación de ganaderos como para que no pueda hablarse de casos atípicos

Ignoro cuál fue la causa de su intervención: pudo tratarse de vinculaciones ideológicas o, más plausiblemente, de enfrentamientos entre ganaderos y plantadores, entre ganaderos y comerciantes o entre dueños de grandes y pequeños hatos. Pero, repito, el grueso de los federales provenía de grupos subordinados, de clases subalternas, de rebeldes fronterizos. En una carta de finales de 1859, Ribas Galindo mencionaba a José Santiago Rodríguez, recientes victorias gubernamentales, pero se mostraba francamente pesimista, dado que «los federalistas, según se llaman ellos, son las tres cuartas partes de la población, y como el Fénix, renacen de sus cenizas. El día que tengan armas, Dios sabe qué sucederá». Si los insurgentes eran un 75 por 100 de la población, el grueso de sus filas debía nutrise de desheredados, lo que hizo cundir la alarma entre quienes se sentían amenazados.

Esta segunda guerra civil duró casi cinco años porque, como ya he dicho, los insurgentes eran mayoría, y porque entre ellos figuraban los llaneros, invencibles en su tierra. Pero, además, porque los gubernamentales se encontraban en una flagrante inferioridad logística y, lógicamente, dado el cariz de la contienda, se les hizo en la práctica imposible levantar un ejército, puesto que los humildes estaban en la trinchera opuesta y los notables no estaban dispuestos a pelear en una guerra de la que sólo pretendían beneficios. Ello también significaba que fueran cada vez mayores y más insolubles las dificultades de los conservadores para obtener alimentos o pertrechos.

Insisto en que la guerra federal fue sólo un capítulo más del largo enfrentamiento que se había exacerbado en Venezuela, como en todas las Indias, desde mediados del siglo XVIII. Por ello, la violencia alcanzó las mismas cotas que en las guerras de la Independencia. Y si nuestra información sobre las barbaridades cometidas en los años sesenta, a diferencia de lo que ocurre con la anterior, es tan escasa, se debe exclusivamente a que nadie ha estado interesado, sino todo lo contrario, en ventilarla. Quienes seguían a Boves en 1814 eran oficialmente realistas que se enfrentaban con patriotas venezolanos; pero, ya que no puede enmascararse el carácter de guerra civil que tuvo la Federal, los fabulistas han optado por escamotear la violencia de los grupos enfrentados.

No tengo la menor intención de levantar un sádico inventario de atrocidades, pero pienso que algunos casos bastarán para evidenciar el abismo que separaba a ambos bandos. A principio de febrero de 1863, en un escrito del concejo municipal de Orituco apoyando las propuestas de Páez en pro de la pacificación, se reconocía que la tregua había sido criticada, pero que tampoco podían negarse los resultados positivos, pues «se han morigerado los hechos atroces de aquella época, en que el furor de los partidos se cebaba en inocentes víctimas y aun en

los exánimes cadáveres», y de un mes más tarde era un oficio del gobernador del Guárico informando de lo ocurrido en Ortiz a principios de mes: los federales habían detenido a un soldado, que había prestado importantes servicios a los gubernamentales, y tras asesinarlo habían cometido con el cadáver «los actos de la más bárbara crueldad, sacándole los ojos y otros hechos que la decencia pública rechaza relacionar».

Como en otras épocas y contiendas, mientras los federales sabían procurarse el sustento, las fuerzas represivas eran incapaces de autoabastecerse y se convertían en una plaga. Y, como en cualquier situación bélica, aparecían además los beneficiarios de la guerra, quienes, como zamuros, obtenían ganancias de los enfrentamientos; en un informe se significaba que, cuando las tropas gubernamentales carecían incluso de cobijas, había quienes deseaban que la guerra no concluyera «porque están haciendo su fortuna en ella; fortuna criminal porque es con la desgracia de multitud de familias».

Los federales comerciaban con el resto del mundo por el Orinoco y con Colombia por el Arauca: exportaban sus producciones, en especial bienes pecuarios, y recibían lo que no producían, principalmente pertrechos bélicos. Desde el período colonial existía este tráfico, entonces clandestino, pero ahora, durante la guerra, las autoridades gubernamentales, sobre todo las militares, querían erradicarlo para cortar una línea de abastecimiento de sus enemigos, intento que comportaba, lógicamente, las protestas de quienes con él se lucraban, esencialmente los comerciantes de Angostura.

Por los mismos años, cundió y triunfó en Colombia un movimiento anticentralista que repetidamente cooperó con los insurgentes venezolanos; ideas y hombres circulaban por las mismas rutas fluviales: a finales de 1862, el jefe del estado mayor general transmitía una nota denunciando que en el vapor Apure viajaba un tal doctor Galindo, comisionado por el general Mosquera, para inculcar en Caracas «ideas en el plan revolucionario que sostiene este malvado», lo que avisaba para que «el tal comisionado no derrame el veneno de la misión que con tanto desprendimiento va ejerciendo».

Evidentemente, si el veneno del federal neogranadino Mosquera podía emponzoñar a los venezolanos, era, sencillamente, porque la idea de la Colombia bolivariana seguía viva y el anticentralismo tenía muchos adeptos: casi tres años antes de que la vieja guerra fría se convirtiera en caliente, varios vecinos de la provincia de Barinas, empezando por las autoridades, se habían pronunciado por la reconstrucción de la confederación colombiana, pronunciamiento que se hizo también en otras provincias.

Sorpresivamente, como ya había ocurrido otras veces en el pasado

venezolano, cuando uno de los dos bandos enfrentados en la guerra civil, esta vez el llamado federal, la tenía ganada desde el punto de vista logístico, sus dirigentes sintieron la necesidad de pactar con sus oponentes, que estaban en la práctica deshauciados, lo que reconocían incluso éstos, pocos días después de la rendición; el 27 de junio, el expresidente Rojas había escrito al licenciado Rodríguez, «doce provincias estaban en favor de la Federación, que las dominaba en absoluto. Nosotros dominábamos a medias a las demás; de manera que sumando, apenas se extendía nuestro mando a la quinta parte de la República. Reducidos a un estrecho círculo, interceptadas las comunicaciones, devorados por la falta creciente de recursos, acosados por el espectro de las traiciones, ¿qué hacer?».

En efecto, era obvio que los centralistas tenían la contienda perdida desde hacía varios meses. Lo que resulta incomprensible es por qué pactaron los que estaban venciendo tan claramente, y pienso que hay una sola explicación: los dirigentes políticos del bando federal, que habían usado y abusado de una demagógica, populista y confusa verborrea en apariencia antioligárquica, temían que sus seguidores, y en especial los aliados accesorios como los llaneros, intentaran de verdad llevar a cabo una revolución social. Según Carlos Irazábal, en el segundo anteproyecto elaborado para ser firmado en Coche se había llegado a redactar un punto séptimo que decía: «Así el general Páez como el general Falcón emplearán sus respectivos ascendientes en calmar las pasiones agitadas por la guerra, y en que la situación que va a sobrevenir sea tan pacífica, libre y durable como lo necesita la patria para reponerse de sus quebrantos.»

Como he señalado al principio, la traición de Coche se llevó a cabo, por parte de los dirigentes federales, para evitar que el pueblo pensara, administrara, ejecutara y cumpliera su propio pensamiento, y como ello fue así, después de Coche las cosas siguieron exactamente igual en Venezuela y sus aledaños que antes de iniciarse la contienda: los oprimidos y los marginados afectados por las mismas opresiones y marginaciones, los llaneros abocados a seguir defendiendo con las armas, tierra y cultura, y todos convencidos, una vez más, de que no podían confiar en los caudillos y en los políticos porque de nuevo los traicionarían.

Y no todos aceptaron la claudicación de Coche, los llaneros continuaron su vieja lucha, y durante un largo tiempo siguió el estado de guerra latente con todas sus secuelas. Tampoco acataron la traición algunos militares conservadores, que se sublevaron en Puerto Cabello y, vencidos, se trasladaron a Oriente y desde allí a Trinidad, isla desde la que el agente confidencial de la Federación envió a la secretaría del Exterior un informe sobre «los conatos liberticidas» de estos «enemigos del régimen público» y del gobierno.

Pero más grave que estas insubordinaciones fue, al parecer, la continuación con bien pocos cambios de la situación social anterior a 1859 que había exasperado a tantos hasta conducirlos a la insurgencia generalizada. Todavía se calificaba de abigeo la caza que realizaban los llaneros y continuaron los abusos de algunas autoridades, ahora llamadas federales, que perjudicaban a pequeños propietarios indefensos.

A tenor de la documentación conservada, parece que la inestabilidad que siguió afectando especialmente a la mitad austral de Venezuela, se debió en buena parte a oficiales federales que siguieron en armas, porque se consideraban traicionados ideológicamente, o marginados en la distribución de prebendas, o porque seguían acaudillando a quienes continuaban la misma insurgencia que se había ya iniciado durante el período colonial.

En agosto de 1864 se había fraguado una nueva insurgencia en el Apure, en la que estaban al parecer implicados jefes federales, pero también de otras tendencias. El temor fue suficiente como para provocar el viaje de Falcón a Barquisimeto y la organización de un poderoso ejército para hacerles frente. Pero a finales de año, cuando se había conjurado el peligro, el gobierno provincial, a pesar de sus penurias económicas, dio los auxilios necesarios a este ejército, comandado por el general Rufo Rojas, para que abandonase la región. El ejército de Rojas, ahuyentado del Aupure, se estableció en el vecino Guárico, provocando airadas protestas del presidente de este estado que le acusaba de apoderarse de las pocas bestias y reses que quedaban en los hatos.

Como en 1821, después de Carabobo, los ejércitos «libertadores» en los que los llaneros eran mayoría se convertían en un peligroso estorbo que, como nuevos almogávares, todos se quitaban de encima, con la diferencia de que en 1864 no había excusa alguna para ahuyentarlos hacia el Perú.

* * *

De la intervención llanera durante este largo período no sabemos apenas nada, y ello se debe, exclusivamente, una vez más, a que nadie se ha interesado en su estudio; pero no existe la menor duda de que asonadas y guerras hubieran tenido un cariz bien distinto sin la intervención de los centauros de la sabana. La revolución legalista acaudillada por Joaquín Crespo, la Restauradora de Cipriano Castro y la Libertadora, que tuvo más caudillos que soldados, las revueltas del Mocho Hernández, de Maisanta o de Arévalo Cedeño, no podrán jamás captarse en su totalidad si olvidamos el papel jugado en cada uno de estos acontecimientos por los llaneros, quienes, con las lanzas en la

mano, traicionados por los dirigentes políticos, y en la mayoría de los casos protagonizando verdaderas epopeyas (que naturalmente los fabuladores nos han escamoteado), intentaron defenderse del acoso oligárquico, que, en nombre del beneficio material y del progreso, quería y debía barrerlos y aniquilarlos como pueblo. De nuevo hay más información en las obras de los creadores que en las de los historiadores; sobre Maisanta y el resto de la gente del Llano pueden leerse las novelas de José León Tapia.

10.

Saber, conocimiento, creación y entretenimiento

Ya en 1855 decía Baudelaire que «cualquier pueblo es académico al juzgar a los demás y bárbaro al ser juzgado», a pesar del esfuerzo que antropólogos y otras personas interesadas en la temática venimos haciendo en favor del uso correcto de la voz cultura, sigue vigente la obsoleta y periclitada acepción elitesca. Todavía se encuentran, con demasiada frecuencia, no sólo en la prensa, sino también en obras escritas por universitarios, expresiones, me malicio imperdonables, hablando de pueblos o gentes *sin* cultura, suponiendo a alguien *muy* culto o *más* culto que otros. Una de las emisoras que en Caracas transmite especialmente música de la llamada clásica se autoproclama *Emisora cultural.*

Por supuesto la cuestión tiene trascendencia cuando debemos referirnos al pasado de la gente. Carrera Damas, en un libro excelente y útil, que nos servirá para el último epígrafe, *El dominador cautivo,* es víctima de esta confusión a lo largo de la obra; si puede dar a veces la impresión, hablando de la cultura venezolana, que se vale de la definición amplia y englobadora, queda claro finalmente que piensa sólo en la acepción restringida y rechazadora, que incluiría en exclusiva la literatura impresa, las llamadas bellas artes y poca cosa más.

La batalla de los antropólogos es antigua, más que centenaria; Tylor, en 1871, definía cultura como «aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el

hombre en cuanto miembro de la sociedad». El venezolano Mariano Herrera la define quizás más redondamente, «todo lo que los pueblos o naciones han imaginado, escogido, creado, aprendido o construido para adaptarse y vivir en un medio concreto (y en unas condiciones históricas determinadas) y para relacionarse entre ellos». Son corrientes definiciones más telegrámicas, lo que hace la gente para vivir o comunicarse, o la de Dolores Juliano, «el conjunto de las realizaciones espirituales y materiales de un grupo humano» (1986, 3), dentro de un trabajo que tengo por excelente y sin el que habría sido incapaz de pergeñar este capítulo.

* * *

La consolidación definitiva de la sociedad excedentaria supuso el funcionamiento de cuatro culturas: la liberal, de las clases dominantes; la nostálgica o romántica, de los conservadores; la de masas, elaborada por intelectuales orgánicos del liberalismo para consumo de éstas, y la antigua cultura popular, también llamada resistente.

10.1. Cultura liberal

Los liberales, a pesar de que supuestamente pregonan una sola cultura, la suya por supuesto, única para todos, centralizada, englobadora a determinados niveles —algunos del ocio pongo por caso— se reservan unas variantes, podríamos llamarlas elitescas, sin nada que ver con las que ellos mismos adscriben al pueblo llano; a nivel musical, contraponen la llamada clásica con la folk y a la vez procuran, por distintos mecanismos, que no haya trasvase. Lo mismo ocurre a nivel moral, desde el poder preconizan unos valores (laboriosidad, sobriedad, morigeración o continencia) que intentaran imponer y convertir en los valores normales, pero que, por supuesto, ellos no piensan practicar. Otra peculiaridad fue la creación de nacionalismos —casi tantos como estados— a la vez que se proclamaban universales o internacionales y devenían, a muchos niveles, meros consumidores de valores —especialmente en arte, literatura, etc.— procedentes de las distintas capitales imperiales.

Insistiendo, querían vender que en cada estado existía una identidad cultural nacional (en realidad era internacional, la del liberalismo; una de sus mas graves contradicciones) para contrastar y neutralizar la gran variedad (dentro de su unicidad) de culturas populares resistentes que, más o menos, convivían dentro de sus fronteras estatales; por añadidura querían disimular las brutales diferencias sociales y econó-

micas, que les beneficiaban, proyectando la imagen de grupo homogéneo y sin fricciones del que se autoproclamaban dirigentes y representantes.

Lo que en Venezuela alcanza niveles grotescos: uno de los mitos de la HO supone que allí no existen clases sociales, pues Bolívar las abolió de un plumazo durante la guerra de la independencia. Para citar un solo caso, y son muchos los que podría traer, el académico Tomás Polanco Alcántara, en su discurso de julio de 1987 contestando (en los dos sentidos de la palabra) al de incorporación del marxista Mario Sanoja Obediente, decía: «Aprecio que, a pesar de que conozco opiniones diferentes, es contradictorio con nuestra realidad hablar de "clases sociales" en la Venezuela de este siglo, a menos que se tenga un concepto muy particular y propio acerca de lo que es una de esas "clases sociales". Nuestra vida social se ha caracterizado por una magnífica permeabilidad que ha permitido la transformación rápida y efectiva de la población venezolana [...]. La educación gratuita, incluso universitaria, permite a quien nace, a veces en la mayor indigencia, alcanzar las más altas posiciones en el país. La libertad de oportunidades y el desarrollo nacional sólo exigen, para quien quiere participar en ellos, competencia y capacidad [...]. Ello es un orgullo para Venezuela, porque es la prueba más evidente que en el país no existen estos grupos sociales antagónicos, se llamen o no clases, pero cuya contradicción haga evolucionar la sociedad.»

* * *

Para Juliano, esta cultura liberal, oficial o dominante está «caracterizada por su capacidad para realizar elaboraciones de gran alcance (por ejemplo, sistemas científicos o filosóficos) y por su condición normativa. Recibe y estructura aportes individuales (sabios, artistas); establece los patrones estéticos, legales, religiosos y económicos que dirigen la actividad de los demás sectores; tiene poder de decisión y goza de prestigio».

Sus oficiantes suelen tenerla por *la* cultura, la cultura *culta* o la Cultura con mayúscula y se la puede tener por dominante porque, verdad de perogrullo, hay una o varias culturas dominadas, sin poder de decisión. La cultura dominante, pongo por caso, impone una codificación y una valoración (de acuerdo, claro, a su escala de valores), lo que significa que los miembros de las clases subalternas no puedan hacer una interpretación directa de su propia existencia.

A otro nivel, la cultura liberal controla la información, decide lo que puede llegar a la gente del pueblo o lo que distintas culturas dominadas pueden intercambiar entre ellas.

Desafortunadamente son demasiados los casos que podría aportar de la escala de valores que acabo de mencionar: asignar —de manera gratuita por supuesto— *ignorancia* a los campesinos a los que además se tacha de retrógrados, inmadurez a las mujeres o a las naciones que ellos califican absurdamente de *primitivas*, o falta de *sensibilidad* a los explotados en general. Por añadidura, esta desvalorización o infravaloración puede ser más dolorosa —y casi prefiero citar textualmente a Juliano— llegando a provocar que se tambalee «incluso la fuente de seguridad que daba a los distintos grupos subalternos su manipulación milenaria de los recursos. También las técnicas tradicionales resultan erróneas o anticuadas con respecto a la nueva tecnología, como su visión del mundo había resultado antes incorrecta y supersticiosa. La tecnología tradicional pasa a formar parte de la "cultura popular", al mismo tiempo que se crean escuelas e institutos para enseñar a campesinos y obreros la forma correcta de trabajar y, paralelamente, escuelas femeninas destinadas a enseñar a las mujeres cómo hacer bien las tareas que siempre habían realizado» (34).

A otro nivel, la cultura liberal decidió que sólo era *saber* el institucionalizado y «este *saber* se legitima en criterios de autoridad en mayor medida que en criterios de eficacia. En los comienzos de la institucionalización de la carrera médica, la persecución de las brujas (las tradicionales curanderas en las áreas rurales) no se basaba en la presunta ineficacia de sus actuaciones, sino al contrario, en el hecho de que sus "poderes" escapaban al control institucional. El medico no apoyaba su prestigio ante el campesino en el hecho de curar más enfermos que el "sanador" tradicional, sino en la circunstancia de que había estudiado y estaba formalmente autorizado para desempeñar su misión» (34). Me malicio que de aquí debe proceder el abuso de llamar siempre doctor al médico, aunque no haya obtenido un título de tercer ciclo. Juliano concluye al apartado afirmando: «Los sectores sin poder se ven a sí mismos como carentes de "saber" en todos los ámbitos y, por consiguiente, interiorizan la posición desfavorable que ocupan en la estructura social como una consecuencia de sus propias limitaciones.»

Este menosprecio intelectual tiene sus gradaciones; la estructura de pensamiento de las clases subalternas se supone inapropiada como un todo, desde el punto de vista de las *elites*, por supuesto, que clasifica aquellas elucubraciones como hijas de la ignorancia y la superstición; pero algunos aspectos de este pensamiento son más controlados, cuando contradicen y contestan el patrón de comportamiento que la sociedad reproduce y a través del cual se reproduce.

Ya he mencionado el control sobre la información. Desde no hace tantas décadas se ejerce en buena parte a partir de la supervisión de la escritura; los dominadores decidieron, en primer lugar, que sólo debía

escribirse *lo* importante y que lo que escriben los grupos sin poder no lo es. Como el resto de los mecanismos de represión funciona cuando se ha interiorizado, así los miembros de las clases populares saben que no saben, y no se atreven a dejar constancia de sus experiencias, porque piensan de verdad que no tienen importancia ni trascendencia. Esto supone, por descontado, que las clases subalternas reciben pero no producen información escrita, desde las leyes hasta las modas que rigen el consumo. En estos ámbitos los dominantes o explotadores ordenan lo que deben hacer los dominados (acatar, respetar, trabajar, comprar) sin tener en cuenta, claro está, el parecer o los intereses de los que van a acatar, trabajar o comprar.

En esta línea de valoración y control podría mencionar otro caso venezolano, campaña del ministerio correspondiente, un afiche de un libro viajando en el *metro* y la leyenda «más vale el que más lee», por supuesto en un ámbito en el que los dominados tampoco deciden las políticas editoriales y sólo leen lo que les endilgan.

Aquella subordinación comporta un intercambio desigual (lo contrario de la reciprocidad) entre estados, culturas o lo que sea. Siempre, y en incremento, los dominantes ofrecen en contrapartida servicios simbólicos (*su* orden, *su* seguridad, *su* protección, *su* moral o *su* cultura). Y, no es necesario jurarlo, el intercambio alcanza su máxima expresión si los dominantes sólo devuelven prestaciones simbólicas a cambio de prestaciones materiales y concretas y cada vez más desvalorizadas. El caso paradigmático sería a escala global el intercambio entre los PCC y los PCP, vinculados a la aportación civilizadora de Occidente. Fenómeno antiguo, es frecuente encontrar afirmaciones de que, si bien los aborígenes americanos fueron asesinados, masacrados y esclavizados, recibieron a cambio una lengua, una religión y una cultura civilizadoras.

10.2. Cultura nostálgica conservadora

Ha estado —y sigue estando— vigente en muchos países y regiones desde principios del siglo pasado, y no se diferencia excesivamente de la liberal. Es también represiva, persigue conseguir la sumisión, el mencionado intercambio desigual, pero en lugar de proponer como meta y finalidad unos valores utópicos que supuestamente están en el futuro *(todavía no se han alcanzado pero se alcanzarán, cada vez estan más cercanos),* propone unos valores utópicos que supuestamente se dieron, eran vigentes y produjeron la felicidad antes de 1789. Si los liberales ideologizan el período que ellos llaman feudal —y en América, colonial— exagerando unas circunstancias que presentan como ex-

tremadamente injustas, inquisitoriales, retardatarias y violentas, los conservadores perpetran un acto de magia pareja pero invertido, según el cual en el pasado medieval habrían reinado la justicia, la libertad, el progreso y la paz.

10.3. Cultura de masas

Según Dolores Juliano, «está basada en la producción y el consumo estandarizados. Responde a pautas fijadas internacionalmente y se apoya en relaciones impersonales. Es un producto generado por la "cultura oficial" en cierta etapa de su desenvolvimiento y destinada a los sectores de población que no tienen acceso a los niveles más altos de la cultura dominante. La cultura de masas carece de existencia autónoma, así como de los niveles mínimos de organización interior que permitirán catalogarla como cultura; es una seudocultura (por su falta de autonomía y de organización, independientemente de sus contenidos)» (7).

Los dominantes —a pesar de lo que dicen— producen esta *subcultura* precisamente para embrutecer a las masas (música, literatura o canciones) para domesticarlas y para manipularlas. Deberíamos recordar aquí lo que ya he dicho sobre la religión y los elementos morales que la oligarquía dice deben practicarse aunque ella no piensa hacerlo. Los dominantes producen una cultura que, ellos mismos, valoran con desprecio, previamente la imponen a través de distintos procedimientos y, una vez que las clases subalternas se han habituado a la misma, de forma coercitiva, son denunciados sus deplorables gustos o costumbres por consumir un producto tan lamentable.

La cultura de masas es más opresiva allí donde el sistema piensa que peligra su dominación, para neutralizar grupos muy contestatarios o refractarios, o en lugares donde el hacinamiento de desorientados puede devinir un polvorín, suburbios donde son amontonados los desarraigados urbanos, poblados mineros, etc.

A otro nivel, la cultura oficial puede apoderarse de los símbolos de aquellos grupos a los que necesita anular y hacerlos suyos Se pueden erigir estatuas a los héroes revolucionarios después de liquidarlos (caso de Emiliano Zapata, sin ir mas lejos), se pueden apoderar de las canciones de los llaneros para simular su asimilacion, pueden convertir en bien de consumo efigies de representantes populares afirmando que fueron liberales.

10.4. Cultura resistente

Para Juliano está «basada en relaciones cara a cara, organiza áreas definidas de sus relaciones sociales y de sus intercambios con el me-

dio. Responde a especificaciones locales (o, al menos, de menor extensión que las de la cultura dominante). Es una cultura desvalorizada, propia de aquéllos que no detentan el poder, de las clases subalternas. Carece de poder de decisión para establecer normas fuera de su limitado ámbito, y aun dentro de éste sus elaboraciones sufren la confrontación (muchas veces desfavorable) con las que provienen de la cultura oficial. Tiene cierto nivel de organización propia (por eso puede ser considerada cultura), pero su funcionamiento está constantemente expuesto a ser redefinido o manipulado según los intereses de la cultura mayor (por eso es "popular" o "subalterna")» (7).

La cultura popular es dependiente y opuesta de la dominante —por eso la llamo también resistente— puesto que las clases dominadas o explotadas han elaborado (consciente o inconscientemente) una concepción del mundo antagónica, y por supuesto, cuestionadora de la oficial y por el mero hecho de resistir, o sobrevivir, la cultura popular desmiente la pretensión totalizadora de la cultura oficial.

Durante un largo período —que casi abarcaría todo el siglo pasado— la cultura popular no sólo fue menospreciada en su funcionamiento, sino incluso en su análisis, al que se dedicaban, de manera arqueológica, folkloristas buscando restos de un pasado supuestamente desaparecido o muerto. Pero a partir de Gramsci, los marxistas italianos iniciaron el análisis de las culturas de las clases subalternas. Más tarde aparecieron investigadores progresistas indagadores de grupos oprimidos también de regiones colonizadas y muy especialmente en América Latina, interesándose de nuevo por las minorías étnicas —que tantas veces eran mayoría— y provocando un auge considerable de los estudios indigenistas, en especial por parte de las escuelas de antropología; estudios que se vinculan a una actitud comprometida con el cambio social y no vinculada a la conservación museística del pasado.

Las culturas resistentes —casi siempre anteriores al ensayo liberal— no necesitan intentar su legalización, lo que sí deben hacer los miembros de las clases dominantes, mayormente a medida que crece el rechazo y el afán de los miembros de las primeras por apegarse a su propia cultura. A este nivel sería curioso recordar cómo calificaban a los blancos algunos pueblos resistentes, los ayoreos del Chaco boreal les llamaban *konhióne*, los insensatos; mientras los sioux decían que el oro era el metal amarillo que volvía locos a los *wasi 'chus*, los hombres codiciosos que se llevan la mejor tajada.

A otro nivel, dado que no suelen reivindicar una utopía del porvenir, sino que intentan rescatar formas comunitarias e igualitarias que se dieron en su propio pasado, pueden parecer propuestas sin futuro y reaccionarias. Argumento del que se aprovecharon, por supuesto, los

liberales que sí se presentaban como progresistas en cuanto aseguraban que se alcanzaría, tarde o temprano, la justicia y la igualdad.

En esta línea es esclarecedora, y ya clásica, la opinión de Jaume Torras en su conocido trabajo sobre *Liberalismo y rebeldía campesina*, al señalar que: «Un grave obstáculo para apreciar cabalmente el sentido de las movilizaciones populares de tipo tradicional reside en el hecho de que sus motivaciones y sus objetivos no solían verterse en textos programáticos, de que la propaganda escrita, si la había, desempeñaba en ellas una función muy secundaria y marginal —a diferencia de lo que ocurre en movimientos políticos modernos, no solo por el mayor grado de alfabetización de la población, sino porque las pretensiones innovadoras o diferenciadoras que enarbolan les imponen la necesidad de ofrecer una explicación sintética de sus propuestas y de las referencias ideológicas que las legitiman—. La revuelta popular de tipo tradicional, en cambio, solía presentarse como exigencia del restablecimiento de un orden originario, dato cultural que todos conocían ya. Con mayor frecuencia que a través de programas en que sus razones y propósitos se resumieran y ordenaran, las revueltas de este tipo los expresaban a través de comportamientos rituales cuyo contenido simbólico suele escapar al historiador, y de manifestaciones orales irremisiblemente perdidas, o conservadas de forma fragmentaria e indirecta. Para entender unos y otras habría que poder situarlos dentro de un esquema que articulara los componentes básicos de la mentalidad y del modo de vida campesinos en el período estudiado; lamentablemente, la indiferencia que en la práctica hemos manifestado los historiadores por el análisis antropológico, y sobre todo los anacronismos y el sesgo clasista de nuestra concepción de cultura, son un mal bagaje para emprender esta tarea.»

Así, mientras la cultura dominante insiste en imponer su visión del mundo y pretende que los dominados interioricen toda su escala de valores que legitimaría aquélla, las clases subalternas intentan defenderse contestándola y aferrándose a su visión. Esta oposición o enfrentamiento es el culpable de que a la cultura dominada se la pueda tener indistintamente por retrógrada o progresista, según la óptica del que la describe. Pero precisamente la cultura popular sigue siéndolo en cuanto sigue resistiendo, pues los grupos que han asimilado e interiorizado a plenitud las pautas culturales de los dominadores han perdido las especificidades culturales que les convertían en una cultura. En el otro extremo —y tampoco serían una cultura subalterna— estarían aquellos grupos que hubiesen rechazado del todo el intento asimilador de una cultura dominante y se hubiesen organizado autonomamente.

Juliano alerta también sobre el riesgo —ante el impacto que la cultura de la opresión puede tener sobre la cultura de los oprimidos—

de tener a ésta como un elemento *residual*, «es decir, definirla como aquella parte de la cultura que no ha sido integrada en los marcos de la cultura dominante, de considerarla como un cajón de sastre que no tiene ni organización propia ni articulación interna». Este riesgo es cada vez mayor, puesto que las bolsas, geográficas o sociales, de cultura popular son las bolsas de aislamiento, marginación o pobreza y ello provoca que se consolide la ilusión de una cultura predominante «que elabora y organiza la mayoría de los rasgos que configuran la vida de una población», arrinconando o barriendo los elementos, obsoletos o inútiles, de la cultura popular. Y todo ello es así porque, como recuerda Juliano, ningún grupo de gentes, por diminuto o marginal que sea, renuncia a comprender y comprenderse, porque todos buscan una coherencia interna en su intento de entender su medio. Así, las únicas diferencias serían la extensión del ámbito organizado —enorme, o más o menos minúsculo—, lo que implicaría que «los referentes lógicos de la cultura popular, son más concretos y en que la dominante tiende a imponerse y a desintegrar a los segundos».

Juliano resume lo anterior con unas afirmaciones: «Podemos ver que lo característico de las culturas populares es su condición de subsistema dentro de otros sistemas mayores y su elaboración (fraccionaria, pero existente) de los distintos niveles de relación con el medio, relaciones internas dentro de la subcultura y relaciones con la cultura dominante. Los contenidos de estas elaboraciones son diferentes en cada caso, pero tienen en común constituir intentos de brindar a sus integrantes un marco coherente de interpretación, subordinado al de la cultura general, pero no coincidente con ésta, y que puede —en algunos casos— llegar incluso a erigirse en propuesta alternativa» (54).

10.5. Nacionalismo

Uno de los elementos fundamentales de la cultura liberal, cuando se decidió la organización en estados, es el nacionalismo que, como ya he indicado, comporta algunas de las contradicciones más aberrantes y abiertamente flagrantes del sistema, primero porque choca con el supuesto universalismo cultural de los liberales y porque, segunda contradicción en América Latina, se presenta como cohesionador a la vez que las clases dominantes no cejan en su empeño de autoproclamarse herederas, y únicas descendientes, de los invasores occidentales quienes provocaron unas diferenciaciones y antagonismos étnicos que, en lugar de superarse, son cada vez mayores, violentos y disgregantes.

El nacionalismo ha de crear, para justificar precisamente la nacionalidad, una HO o nacional que es una ideologización, en la mayoría de

los casos esperpéntica o grotesca, del pasado y unas pautas de identidad y/u homogenidad. Una vez decidido, desde el poder, que unas determinadas peculiaridades conforman la identidad de los componentes, pueden ser marginados todos aquéllos que consciente, o las más de las veces inconscientemente, no las reúnen. Puede darse así el contrasentido de que sean considerados nacionales los hijos de emigrantes europeos y rechazados los aborígenes. A otro nivel, quienes aseguran que existe una homogeneidad cultural, dentro de unas fronteras, están obligando a muchos, en general a la mayoría, a abjurar de sus peculiaridades precisamente porque la cacareada homogeneidad es un embeleco inexistente; por este camino pueden ser rechazados miembros de naciones que siguen vinculados a las mismas creencias que ya habían elaborado sus ancestros mucho antes de 1492.

* * *

Recuerdo que el discurso de la HO atribuye la lucha por la independencia a la imperiosa necesidad de deshacerse del insoportable yugo colonial. Pero a la vez —dadas las discrepancias étnicas— los notables criollos querían recordar constantemente que ellos descendían de los conquistadores y necesitaban reiterar una supuesta superioridad de los *blancos* sobre las demás etnias. La dicotomía, rechazo a la metropoli, pero sacralización de la invasión occidental, ya apareció en los primeros acontecimientos del período y, por supuesto, en los ensayos de la HO y es más grotesco —si cabe— en la historiografía supuestamente progresista.

Bastaría citar algunos acontecimientos de la independencia venezolana. En una de las primeras proclamas de la Junta de Caracas, 30 de abril de 1810, se hablaba de *nación* refiriendose a los habitantes de ambos continentes. Cuando la consolidación de la monarquía bonapartista en Madrid y la absurda actitud de la Regencia de Cádiz provocaron un mal llamado vacío de poder, empezando a pensar las oligarquías virreinales en alguna forma de autogobierno, reclamaron que debía recaer sobre ellos —los criollos blancos— como descendientes directos de aquéllos que habían conquistado las Indias, poniendo en evidencia, lo repito, que el poder debían detentarlo los descendientes de los invasores en detrimento de los descendientes de los invadidos que, en última instancia, podían ser gobernados, no gobernantes.

La defensa de esta hilación, la oligarquía blanca descendiente de los peninsulares a través de los conquistadores, queda patente en algunas de las primeras medidas tras la proclamación de la independencia. El 5 de julio de 1811, a la vez que el Congreso reunido en Caracas la proclamaba, «se dispuso que en los escritos oficiales se añadiera a la

era común la colombiana, para honrar la memoria del inmortal Colón»; y por si quedaba duda alguna, medio año más tarde el mismo Congreso en el articulado sobre la elección de un poder ejecutivo federal, especificaba en el tercero, que los electos debían reunir, entre otras cualidades, la de «ser nacidos en el continente Colombiano (antes América española)», denoniminación que, como sabemos, fue disminuyendo en extensión restando limitada a la Nueva Granada.

Esta particularidad queda clarísima en el *Bosquejo de la Revolución en la América Española*, del protagonista de los acontecimientos Manuel Palacio Fajardo, al afirmar que los notables decidieron generosamente olvidar los males, agravios y privaciones «que el derecho funesto de conquista ha causado indistintamente a todos los descendientes de los descubridores, conquistadores y pobladores de estos países».

Podrían citarse también ensayos de la HO. Felipe Larrazábal —su primera edición del *Bolívar* es de 1865— afirmaba: «La raza española de los siglos XV y XVI descubridora, conquistadora y civilizadora de América, era superior a la raza indígena, a los indios descubiertos, conquistados y civilizados por ella.» Por su parte, Ricardo Martínez, en un ensayo de puro marxismo de jaculatoria, *A partir de Boves,* de 1963, afirmaba: «Según los descubrimientos de Morgan puede concluirse que, objetivamente, cualquiera fueran los móviles económicos de los conquistadores, con toda la abominable crueldad de sus normas de colonización, la conquista entrañó un avance social sin precedentes en la historia humana, porque, es innegable, que los conquistadores, con sus rebaños, con la introducción de nuevos cultivos, el empleo de implementos de hierro, la introducción del idioma español y otros elementos civilizadores establecieron las premisas para el salto histórico de los estadios inferior y medio de la barbarie a la civilización.»

10.6. Organización del estado

En relación con lo que he señalado sobre la homogeneización, Juliano (1988, 68-69) resalta algunas diferencias entre Europa y América Latina a la hora de unificar estado y nación; en ambos continentes se pensó sería el final de un proceso necesario e irreversible que concluiría en un conglomerado homogéneo, histórica y étnicamente, pero con diferencias de clase. Pero mientras en Europa se distorsionó el pasado confundiendo estado con país, en América era algo que debía construirse para que en un futuro más o menos próximo la realidad se pareciese al modelo escogido. Dadas las dificultades de contar con la población existente —cuyas diferencias étnicas impedían cualquier falacia—, debía destacarse un proyecto de futuro común en la homoge-

neización entre blancos autóctonos y los emigrantes, que sí procedían del mismo tronco. Para llevar a cabo este proyecto era necesario un estado centralizado y fuerte que, a la vez, controlara una enseñanza única y obligatoria para conseguir se interiorizara el discurso nacionalista.

Quisiera destacar algunos puntos de la interpretación de Kalmanovitz (1977, 186-191) sobre la estructuración del estado nacional: se acabó desarrollando un modelo que sería similar al alemán por la conservación de los privilegios de los latifundistas que explotaban y sojuzgaban a las masas rurales, sin apenas derechos políticos. La formación fue relativamente tardía, tomó bastante tiempo y eclosionó en la segunda mitad del siglo XIX, a partir del enfrentamiento entre centralistas y federalistas. Piensa que fueron notables obstáculos algunos puntos programáticos del liberalismo radical, el federalismo, impidiendo consolidar un estado central y fuerte, o el librecambio y la oposición a la intervención estatal en economía; por ello fueron los conservadores clericales quienes acabaron consiguiendo la unificación, apoyandose en el control económico, el autoritarismo, la iglesia y el proteccionismo, y éste, por supuesto, no sólo económico, sino también social; la unificación se consolidó a la vez que cuajaba un ejército profesional, único y centralizado para liquidar el centrifuguismo de los notables provinciales y la insurgencia popular.

En este modelo eran totalmente marginados aborigenes y afroamericanos, en beneficio de las clases dominantes y con el contubernio de la iglesia, pues se excluían sus culturas y lenguas. Concluyendo con lo que yo señalaba al principio, dice Kalmanovitz: «La integración que han sufrido las masas indígenas al conglomerado nacional ha sido un proceso de enajenación de sus tierras, abolición forzosa de sus formas de gobierno local y la más racista negacion de sus peculiaridades culturales, siendo corriente el genocidio de pueblos enteros.»

11.

Azúcar y abolición

11.1. Los retales del imperio

En 1824 el inmenso imperio colonial español había quedado reducido al archipiélago de las Filipinas y a dos de las grandes Antillas, Puerto Rico y Cuba.

La rebelión de los africanos en Haití, la abolición de la esclavitud en las antillas inglesas y francesas, la dedicación intensiva de los estados sudistas al algodón, el agotamiento de las tierras del noreste brasileño y la difícil problemática de las nuevas repúblicas latinoamericanas de la cuenca del Caribe, convirtieron a Cuba en el primer productor mundial de azúcar de caña. La producción no cesó de aumentar desde finales del siglo XVIII (de unas once mil toneladas en 1786 a algo más de un millón en 1894) y los beneficios de los plantadores fueron extraordinarios, mientras los precios también subían en flecha hasta 1857. Pero a partir de este año los precios se estabilizaron e incluso bajaron, debido en parte a la considerable competencia del azúcar de remolacha producido en Europa.

Esta nueva situación provocó hondas transformaciones en la isla. Para mantener los ingresos como mínimo constantes, los hacendados se vieron abocados a incrementar la producción y, dentro de lo posible, la productividad. Era imprescindible extender la zona dedicada a la caña, comprar más esclavos en el preciso momento en que su precio subía vertiginosamente, obtener de ellos el máximo rendimiento posible (durante la zafra trabajaban hasta veinte horas diarias los siete días de la semana, por lo que no debe extrañarnos que un esclavo adulto viviera,

estadísticamente, entre ocho y diez años), y adoptar adelantos tecnológicos, todo lo cual exigía considerables inversiones de capital que los plantadores no poseían en suficiente escala.

Ya se había pasado del trapiche al ingenio y construido algunos centrales. Pero desde mediados de siglo el beneficio del azúcar se modernizó considerablemente: en esencia, se adoptaron las innovaciones de la industria europea de la remolacha, lo que, si incrementaba la capacidad de molturación, exigía, para abastecer los ingenios o centrales, una nueva extensión de las tierras dedicadas a la caña.

Por tanto, la mecanización del beneficio significó un cuello de botella, al producirse un desfase entre la capacidad de molienda y la de producción de caña con mano de obra esclava. Se buscaron alternativas sin resultado; así, en 1863 se ensayó un arado movido a vapor. Incluso un grupo de ricos hacendados criticó la mecanización del beneficio y llegó a proponer soluciones aberrantes, como la de exportar el azúcar sin refinar.

Las exigencias de capital fueron arruinando a los hacendados medianos y pequeños, que se vieron obligados a vender sus tierras a los grandes productores siempre necesitados de mayores extensiones, y esta ruina sentó las bases del gran latifundio azucarero que se desarrolló esencialmente desde el último cuarto de siglo.

Los capitales —para maquinaria o para esclavos— los aportaban en cantidades considerables y exigiendo intereses más usurarios a medida que aumentaba su demanda, comerciantes españoles, entre los cuales los catalanes ocuparon lugar destacado, que se dedicaban también a la trata clandestina y a comercializar un elevado porcentaje del producto final. A partir de 1850 fueron siendo reemplazados por financieros norteamericanos.

La mano de obra esclava (también se empleaba en la produccion de tabaco) era introducida de contrabando por mercaderes ingleses, españoles, cubanos y norteamericanos, en connivencia con las autoridades metropolitanas y coloniales. El alto precio de los africanos —la vigilancia inglesa era cada vez mas difícil de burlar y el soborno a las autoridades cada vez más elevado— y el renovado temor a rebeliones de las esclavitudes, hicieron pensar a los plantadores en la necesidad de buscar otras salidas. Ya he mencionado los indios mayas y los culis.

Por otra parte, la ambigua actitud del gobierno español (decia acatar los acuerdos internacionales que abolian la trata, pero no permitia ingerencias en sus territorios), se hizo más difícil desde 1839, pues una bula pontificia condeno la trata y castigo con la excomunión a los transgresores y, en especial desde 1845, ya que un nuevo tratado con Gran Bretaña obligó a especificar las sanciones que se impondrían a los que continuaran practicando este comercio. La posterior victoria del

Norte en la Guerra de Secesión norteamericana, significó que disminuyera, hasta casi extinguirse, la introducción de nuevos esclavos en la isla.

A partir de este momento, lo que se debatiría ya no sería la abolición de la trata, sino la de la esclavitud en Cuba. Cuestión que trascendió a la Metrópoli; en 1865 se fundó en Madrid la Sociedad Abolicionista Española, al año siguiente prohibida por el gobierno. La *revolución* de septiembre de 1868 permitió la reapertura de la Sociedad, en el mismo momento en que se iniciaba una guerra secesionista en la Antilla, provocando un mayor enfrentamiento entre abolicionistas y partidarios de la esclavitud.

En diciembre de 1872, el gobierno, ante las campañas abolicionistas españolas y del resto de Europa y la imposibilidad de acabar con la rebelión cubana, decretó como medida disuasoria la abolición de la esclavitud en Puerto Rico. Fue la gota que colmó la insatisfacción conservadora. Esta creó una poderosa Liga Nacional que aglutinó desde los carlistas hasta los republicanos unitarios. A la Liga se adhirieron, además, asociaciones de comerciantes e industriales y la aristocracia española en bloque, pero sólo consiguió una sucursal eficiente en provincias, la de Barcelona, a la que se afiliaron dos obispos, algunos intelectuales y la gran burguesía en pleno. Ya años antes, ésta, a través de la Diputación, había organizado en colaboración con el gobierno una tropa de mercenarios catalanes para combatir a los secesionistas cubanos.

La Liga llevó a cabo una masiva campaña de prensa y consiguió obstruir la discusión en las Cortes, a lo que respondieron progresistas y republicanos federales con diversos actos, en los que no quisieron intervenir los internacionalistas, que proponían simple y llanamente la independencia para las Antillas.

Hechos que colaboraron a la renuncia de Amadeo de Saboya y a la proclamación de la Primera República que tampoco solucionó los problemas.

11.2. Rebeliones y luchas

El temor a una rebelión esclava había sido una de las causas de que la oligarquía criolla no se inclinara por la emancipación a principios del siglo XIX. Posteriormente, aunque creció el antagonismo entre las dos clases explotadoras, comerciantes peninsulares y hacendados criollos, ya que los primeros conseguían un mayor control sobre el comercio exterior, les unió el interés común por la conservación de esta esclavitud, de la que ambas dependían. Más de una vez los segundos temieron

verse abandonados, pero nunca pensaron en la secesión —se sabían incapaces de defenderse frente a una mayoría de color—, sino en la anexión a los Estados Unidos contando con el apoyo de los comerciantes peninsulares.

Desde principios de la década de los sesenta, los ideólogos de los hacendados, convencidos de la incompatibilidad de una imprescindible modernización agraria con la esclavitud, empezaron a solicitar un abolicionismo gradual que no comportara cambios radicales, no afectara a la producción azucarera, *preparara* adecuadamente a quienes iban a obtener la libertad y fuera acompañado de indemnizaciones a los propietarios.

En este cambio de actitud, además de la razón económica, influyeron, una vez más, el pánico a la rebelión y el triunfo de los nordistas en la Guerra de Secesión, pues se temía una presión del nuevo gobierno de Washington sobre el de Madrid para que aboliera la esclavitud en la isla, a pesar de que, durante la contienda, la oligarquía criolla había demostrado a todas luces sus simpatías por los norteños y por Lincoln, no obviamente por su abolicionismo, sino porque su triunfo iba a suponer la eliminación de plantaciones azucareras en el Sur y una notable ampliación del mercado para el producto cubano.

En agosto de 1867, los dirigentes patriotas que preparaban la rebelión que se iniciaría el 10 de octubre siguiente, se entrevistaron con representantes de la oligarquía criolla para recabar su apoyo, y éstos ofrecieron entre tres y seis millones de pesos. Pero a los pocos días se retractaron, arguyendo que un enviado del general Grant había informado que alcanzaría la presidencia y una de sus primeras medidas sería acabar con la presencia española en la isla.

Al estallar la rebelión, sus líderes adoptaron frente a la esclavitud la misma postura que los reformistas: proponían la abolición gradual con indemnización sin fijar fechas, plazos ni montos. Tampoco declararon abiertamente su filiación política, pues iban del autonomismo al separatismo radical pasando por el anexionismo a los Estados Unidos, englobando, en esencia, pequeños hacendados y ganaderos de Oriente, mientras, de momento, la oligarquía, los pequeños campesinos blancos o de color y, naturalmente, los esclavos quedaban al margen.

Sin embargo, Céspedes y los pequeños hacendados que le siguieron habían manumitido desde un primer momento a sus esclavos, pidiéndoles se unieran a su revuelta, aunque ni proclamaron la abolición, ni exigieron a otros hacendados occidentales que también manumitieran a sus siervos; esperaban, todavía, arrastrar a la oligarquía. Incluso al mes de iniciada la revuelta, Céspedes, como capitán general de la república en armas, decretó que serían juzgados sumariamente y eje-

cutados los oficiales o soldados que «se introdujeran en las fincas, ya sea para sublevar o ya para extraer sus dotaciones».

A finales de 1868, el panorama había cambiado sensiblemente. Los rebeldes habían buscado el apoyo económico, militar y diplomático de Norteamérica, pero ésta, a pesar de las promesas de Grant, se decantó de forma decidida por España.

La oligarquía criolla se encontraba, por su parte, en un callejón sin salida. En España había triunfado el pronunciamiento de septiembre y con anterioridad aquélla habíase negado a conceder una ayuda a los progresistas, solicitada por el general Prim. Temía que el gobierno provisional, para hacer frente a la rebelión de Céspedes y para cobrarse el favor no recibido, diera la libertad a los esclavos, prefiriendo una «Cuba africana, si no podía ser española». Por el otro flanco, no confiaba en los insurgentes. Así, intentó maniobrar en Madrid para conseguir que, de declararse la abolición, se retardase al máximo y fuera paulatina; siguió estrategia similar con los rebeldes para obtener de éstos, caso de que triunfaran, la sustitución de la esclavitud por un régimen de patronato, obligando a los africanos, una vez emancipados, a trabajar para su expropietario por poca cosa más que los alimentos; y maniobrar en Washington, siguiendo en su proyecto anexionista, porque Estados Unidos ya era el principal mercado del azúcar cubano y porque esperaban que su gobierno podría defenderles si estallaba la temida revuelta negra.

Por su parte, los independentistas, visto que la lucha sería larga y no conseguirían el apoyo de los grandes hacendados, decidieron reclutar tropas entre los campesinos pobres, blancos o de color, y entre sus esclavos. Y, ampliada la base, empezaron las llamadas al abolicionismo. El 27 de diciembre Céspedes decretó la emancipación de los africanos de aquellos plantadores que se opusieran a la revuelta, pero respetando todavía a los de quienes se declaraban adictos; el decreto iba aún más allá; sólo obtendrían la libertad los esclavos que fueran enrolados en las filas republicanas por sus propios propietarios, dejando bien sentado que, sin embargo, seguirían siendo propiedad de los plantadores mientras no se legislase al respecto e, incluso, que no se aceptarían en su ejército esclavos que huyesen de las plantaciones sin autorización expresa de sus propietarios.

Ante la extensión de la revuelta, autoridades y tropas españolas incrementaron la represión, lo que les llevó a enfrentarse, en las zonas por ellos controladas, con la misma oligarquía que buscaba su colaboración, y algunos de sus más conspicuos representantes debieron exiliarse, sin que por ello abandonaran su ambigua postura.

A mediados de 1869 se celebró en Guáimaro una convención para unificar los distintos focos rebeldes que habían ido apareciendo ade-

más del de Céspedes y para promulgar una constitución provisional. El tema de la esclavitud estuvo en primer plano y se hacía difícil conciliar el parecer de la mayoría de los caudillos, que seguían soñando con el respaldo político y económico de la oligarquía y el de las masas que formaban el grueso del ejército. A principios de 1870 ya era bien patente que los grandes hacendados no pensaban colaborar con los insurgentes, y que mantenían su actitud equívoca sólo para impedir que penetraran en sus plantaciones; desde este momento los dirigentes rebeldes empezaron a pensar en la posibilidad de alistar plenamente a las esclavitudes (como se había hecho en el continente a principios de siglo), practicar una táctica de tierra quemada, incendiando las cosechas, a la vez que clarificaban sus proyectos legislativos.

A los diez años de iniciada la insurgencia, febrero de 1878, los rebeldes tuvieron que claudicar, a pesar de haber logrado un sinfín de éxitos militares. España había conseguido organizar un ejército colonial de doscientos cincuenta mil hombres, mientras los separatistas se habían disgregado en bandos enfrentados, en especial después de la muerte de Céspedes (1874).

Desde antes de 1868, las enormes deudas que los hacendados habían ido contrayendo con los comerciantes peninsulares hicieron que muchas plantaciones azucareras fueran pasando a manos de éstos; el proceso se aceleró durante la Guerra de los Diez Años, pues algunos plantadores se arruinaron con las devastaciones provocadas durante la misma, otros fueron expropiados (incapaces de cancelar deudas contraídas a lo largo de la contienda, época en la que las dificultades de todo tipo incrementaron la especulación y el agio de los prestamistas), y los menos vieron confiscadas sus propiedades acusados de colaborar con los secesionistas.

Terminada la guerra, mientras el partido autonomista, el de los hacendados criollos, fundado en 1878, se inclinaba por la abolición de la esclavitud con indemnización y con una reglamentación del trabajo de los libertos, pensando que las indemnizaciones les permitirían liquidar sus deudas y modernizar sus instalaciones, el partido de la unión constitucional, el de los comerciantes peninsulares, se inclinaba por la abolición, sin compensación a los propietarios, convencidos de que la medida arruinaría a los escasos criollos que todavía conservaban sus plantaciones y éstas pasarían enteramente a sus manos. En 1880 el gobierno de Madrid decretó la abolición con patronato por ocho años.

Desde finales de la década de los setenta, a los antiguos problemas se añadió la caída del precio del azúcar en el mercado mundial, por la competencia del de remolacha y por la aparición de nuevos productores del de caña, en el mismo momento en que el gobierno metropolitano elevaba los impuestos (mientras que en Europa se subvencionaba la

producción de remolacha) y practicaba una política arancelaria proteccionista, a pesar de que España ni podía soñar en absorber toda la producción cubana —más de la mitad del total mundial—, y lo único que conseguía era dificultar la exportación a terceros países.

El sistema esclavista había llegado a un techo: era imprescindible, no sólo aumentar la productividad de la cosecha recurriendo a mano de obra asalariada (el esclavo no había recibido instrucción técnica y, sobre todo, no tenía interés alguno en rendir más), sino también mecanizar todavía más la elaboración para llegar a costos de producción más bajos.

Ahora bien, los enormes capitales que exigía esta renovación teórica no podían aportarlos ni los hacendados, arruinados, ni los mercaderes peninsulares, que ya habían perdido el control de la comercialización: en efecto, hacia 1860, más de la mitad del azúcar cubano era enviado por ellos a la misma España y reexportado a Gran Bretaña, Francia, Alemania y el resto de Europa, y sólo un 36 por 100 pasaba a los Estados Unidos; mientras que en 1877 los comerciantes norteamericanos, a pesar de las dificultades arancelarias, ya importaban el 82 por 100 del azúcar cubano y eran ellos los que se beneficiaban de la reexportación a terceros mercados.

Fueron grandes compañías capitalistas norteamericanas, las mismas que ya controlaban la comercialización, quienes financiaron la renovación, al crear los grandes centrales absorbieron, necesariamente, primero las haciendas medianas y más tarde los restos de las de los grandes plantadores criollos y las de los comerciantes peninsulares. A partir de este momento, los días de la Cuba dependiente de España estaban contados.

11.3. Azúcar amargo

El incumplimiento de lo pactado en Zanjón y la visión del gobierno de Madrid de las demandas populares como mera cuestión de orden público, provocaron que desde 1887 renaciera un movimiento secesionista organizado y liderado por José Martí que, en 1892, fundó el definitivo Partido Revolucionario Cubano, pensando alcanzar la independencia mediante la insurrección armada, que se inició en febrero de 1895, a la vez en distintas regiones de la isla y con participación de gentes de las clases subalternas. Martí murió en combate a las pocas semanas, quedando como caudillos Máximo Gómez y Antonio Maceo. Este murió también en combate a finales de 1896, cuando intentaba un levantamiento en La Habana.

Ante la extensión y la popularidad de la insurgencia, Madrid recu-

rrió de nuevo a la represión, dirigida por el capitán general Valeriano Weyler, y se concentró la población rural en poblados controlados por el ejército, por supuesto sin darles alternativas para subsanar sus necesidades, debido a lo cual se calcula fallecieron de hambre unas trecientas mil personas.

En 1897 se puso en evidencia que la política de Weyler no liquidaba la insurgencia a la vez que, al conocerse en el resto del mundo, provocaba duras campañas denunciándola. Por añadidura, la guerra colonial era también rechazada por las clases subalternas de la Metrópoli, las únicas que debían proporcionar soldados.

Desde inicios de 1898 Madrid intentó otras vías, a mismo tiempo que se evidenciaba que Washington no iba a permanecer de brazos cruzados; y en febrero la explosión del acorazado Maine en la bahía de La Habana sirvió de excusa para una intervención abierta que tuvo lugar en abril y significó conquistar la isla en semanas.

En diciembre de 1898 Estados Unidos y España firmaron el tratado de París, sin contar con el parecer de los patriotas cubanos; Puerto Rico pasaba sin más a los Estados Unidos que, en Cuba y Filipinas, heredaron la insurgencia de unos rebeldes que ya llevaban años luchando por la libertad, no para ingresar en la Unión.

De alguna manera, la intervencion desenmascaró al imperialismo norteamericano que, hasta este momento, no había sido tan evidente pues incrementó el original territorio de finales del siglo XVIII a traves de una larga y cruenta guerra con las naciones aborigenes, cada vez más barridas hacia el oeste.

12. Apéndice

12.1. Secesionismo y esclavitud

Simón Bolívar, en un discurso ante el congreso de Angostura del 15 de febrero de 1819, afirmaba que la manumisión de los esclavos no se había llevado a cabo exclusivamente para conseguir tropas para su ejército:

> «La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela, y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes que amenazaban un diluvio de fuego [...]. Encareceros la justicia, la necesidad y la beneficencia de esta medida, es superfluo cuando vosotros sabéis la historia de los Hélotas, de Espartaco y de Haití.»
>
> Publicado por Vicente Lecuna, *Proclamas y discursos del Libertador*, Caracas, 1939, Litografía del Comercio, 231-232.

El 20 de abril de 1820 Bolívar escribía a Santander,

> «Las razones militares y políticas que he tenido para ordenar la leva de esclavos son muy obvias. Necesitamos de hombres robustos y fuertes acostumbrados a la inclemencia y a las fatigas, de hombres que abracen la causa y la carrera con entusiasmo, de hombres que vean identificada su causa con la causa pública, y en quienes el valor de la muerte sea poco menos que el de su vida. Las razones políticas son aún más poderosas. Se ha declarado la libertad de los esclavos de derecho y aún de hecho [...] todo gobierno libre que cometa el absurdo de mantener la esclavitud es castigado por la rebelión y algunas veces por el exterminio, como en Haití [...]. ¿Será justo que mueran solamente los hombres libres para emancipar a los esclavos? ¿No será

útil que éstos adquieran sus derechos en el campo de batalla, y que se disminuya su peligroso número por un medio poderoso y legítimo? [...].»

Banco de Venezuela, *Cartas del Libertador, Caracas. 1964-1970. II. 309.*

El congreso constituyente de Cúcuta decretó el 19 de julio de 1821 sobre la supresión de la esclavitud. Se prohibía la introducción de nuevos esclavos, se constituyó un inoperante fondo para la manumisión de los comprados anteriormente y sólo declaraba libres a los hijos de esclava que nacieran a partir de este momento, pero con la salvedad, como rezaba el artículo 2.º, de que

«Los dueños de esclavas tendrán la obligación precisa de educar, vestir y alimentar a los hijos de éstas [...]: pero ellos en recompensa, deberán indemnizar a los amos de sus madres los gastos impedidos en su crianza con sus obras y servicios que les prestaran hasta la edad de dieciocho años cumplidos.»

Universidad Central de Venezuela, *Cuerpo de Leyes de la República de Colombia*, 1821-1827, Caracas, 1961, 31-32.

Comentarios

La consolidación del excedentarismo tuvo en el Caribe características locales y generales. Se inventó la mano de obra cuando no la había y era imprescindible para conseguir productos coloniales que no podían cultivarse en otros climas, para ello se trajeron esclavos africanos. Características generales fueron la sacralización del crecimiento y el culto al beneficio máximo, a cualquier precio. Se trajeron más esclavos para producir más azúcar y el sistema —insoportable y cada vez más explosivo— estalló, 1791, en la futura Haití. A partir de este momento la rueda giró en dirección contraria y en lugar de crecer el entusiasmo por la esclavitud, creció el pánico ante la misma.

Concretamente en Venezuela el pánico degeneró en paranoia a raíz de las sublevaciones en cadena que no cesaran desde 1812, de aquí las expresiones dantescas «tempestuosas nubes» o «diluvio de fuego».

Reiteradamente se pensó que los esclavos podrían proporcionar soldados para enfrentar rechazos provinciales o ejércitos expedicionarios. Un buen análisis del caso argentino en Núria Sales, *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*, Barcelona, 1974, Ariel quincenal 106.

Sin duda pensaron que la recluta solucionaba, a la vez, el para los

libertadores problema de un demasiado elevado porcentaje de africanos.

El escamoteo del congreso de Cúcuta es ostensible.

12.2. Liberalismo saintsimoniano

El peruano Manuel Pardo, jefe del partido civilista, ministro de hacienda y presidente de la república, defendía *sembrar* los beneficios del guano para transformar el país; entre muchas otras cosas proponía:

> «Y qué medio más fácil, más rápido y más poderoso de aumentar con la producción nacional a un mismo tiempo la riqueza de los particulares y del Estado. ¿Qué medio más expédito y más sencillo que las vías de comunicación? [... los ferrocarriles] en el Perú lo crearán todo: comercio, industria y hasta la propiedad, porque darán valor a lo que hoy no tiene./De otra parte el aumento de riqueza material que los ferrocarriles producen se traduce también en un verdadero aumento de civilización, en la mejora moral e intelectual de la nación. [...] Mejorando la condición material de nuestros pueblos opondremos la valla más eficaz contra los avances de la tiranía de una parte y de la otra contra los esfuerzos de los anarquistas.»
>
> Manuel Pardo, *Estudios sobre la provincia de Jauja*, Lima, 1860, *cfr.* Heraclio Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú*, Lima, 1974, Instituto de Estudios Peruanos, 186.

Orientaciones

Creencia en los poderes taumatúrgicos del progreso. Los ferrocarriles harán milagros.

Estos son, a su vez, vehículos de mejoramiento. Civilizan.

El pensamiento era juliovernesco. Bien poco tenía que ver con la realidad. Piénsese en la problemática social actual del Perú.

12.3. Conservadurismo clerical

Culminando una peculiar política el presidente del Ecuador Gabriel García Moreno firmó un atípico concordato con Roma en 1862, según el artículo 3.º

> «La instrucción de la juventud en las Universidades, colegios, facultades, escuelas públicas y privadas, será en todo conforme a la

doctrina de la Religión Católica. Los obispos tendrán para ello el exclusivo derecho para designar los textos para la enseñanza, tanto en las ciencias eclesiásticas como en la instrucción moral y religiosa. Además, lo obispos y los prelados ordinarios ejercerán con toda libertad el derecho que les compete de prohibir los libros contrarios a la religión y a las buenas costumbres; debiendo también vigilar el gobierno y adoptar las medidas para que dichos libros no se importen ni se propaguen en la República [...].»

Según el artículo 6.º el gobierno

«dispensará su poderoso patrocinio y apoyo a los obispos en los casos en que lo soliciten, principalmente cuando deban oponerse a la maldad de aquellos hombres que intenten pervertir el ánimo de los fieles y corromper sus costumbres [...]».

En compensación la Santa Sede concedía el derecho de patronato gracias al cual el presidente, según el artículo 12,

«podrá proponer para los arzobispados y obispados sacerdotes dignos en el sentido de los sagrados canones», y según el 13 tendría «el derecho de nombrar eclesiasticos dignos, tanto para las prebendas de las dignidades y canongías, cuanto para las raciones de los capitulos catedrales [...]».

Cfr. Oscar E. Reyes, *Breve historia general del Ecuador*, Quito, 1967, s.e., II, 145-148.

Orientaciones

Sarcasmo para la pretendida secularización moderna

Recordar la insistencia de los liberales sobre el control de la iglesia, sobre la enseñanza en el período feudal.

Podría preguntarse si gobierna el estado sobre la Iglesia o al revés.

12.4. La memoria popular

Son bien conocidas, pero difíciles de localizar por sus mismas características, expresiones de las clases subalternas evidenciando saber que una determinada historia, la HO, mencionaba acontecimientos que no eran exactamente los suyos. Según la voz popular aparecieron en Quito, o en otros lugares, pasquines, conseguida la independencia, que

decían, «Ultimo día del despotismo y primero de lo mismo». Una popular canción venezolana reza:

«Negros no hubo en la Pasión
indio no se conocía
mulatos no los había:
de blancos fue la función.»

Y el grupo «Un sólo pueblo», también venezolano, que recoge e interpreta música popular, canta una décima zuliana, llamada *Batalla naval de Santa Rosa*:

«En 1810 se suscribió en Santa Rosa
la página más gloriosa
que pueblo dio alguna vez
allí cambiamos de tez,
de esclavo a civilizado
y dejamos enterrado,
con heroico patriotismo,
la faz del colonialismo que nos tenía azotados.
Sin embargo, han transcurrido,
para propios y estraños,
173 años
que de nada han servido.
La esclavitud ha seguido,
la miseria está de pie
y la libertad que fue
signo de civilizados,
es tanto lo que ha cambiado,
Miguel,
que ya no se ve.»

Cfr. José E. Machado, *Cancionero popular venezolano*, Caracas, 1985, Monte Avila, 103. (La primera edición es de 1919).

El disco de «Un solo pueblo», Promus, Caracas, LPPS-20270.

Orientaciones

A pesar de la machaconería de la HO existe la consciencia, más o menos clara, entre las clases populares de la existencia de dos historias, y de que la suya no es la de los que mandan y explotan.

Curiosamente, los sarcamos son precisamente sobre una HO sacralizada, convertida en mito y culto, lo que convierte aquéllos en sacrilegios.

12.5. Los «ciudadanos» aborígenes

Para sojuzgar las revueltas de los mayas del Yucatán, entre otras medidas, se levantó un aparato legislativo represivo, como la ley de 27/08/1847, «Restableciendo y reglamentando las antiguas leyes para el régimen de los indios», de la que copio parte del enunciado y algunos artículos:

> «El gobernador provisional de Yucatán [...] declara./Que los indígenas no tienen la aptitud necesaria para que continúen en el goce de los derechos que consigna a los ciudadanos la Constitución de 1841:/Que por falta de esta aptitud están expuestos a multitud de extravíos, tan perjudiciales a sus personas e intereses y ofensivos a la sociedad, cuando que ésta ya reclama providencias eficaces para reprimirlos y colocarlos en la posición que demanda su bienestar y conservación del orden público./Que por lo mismo es de absoluta necesidad sancionar leyes adecuadas a su caracter y costumbres, para que con su puntual observancia, e inspirandoles la moral que corresponde, se consiga morigerar sus inclinaciones, dedicarlos a ocupaciones constantes y útiles, y hacer que por este medio sólo prevalezca en ellos la sumisión y obediencia debidas al gobierno [...]. Artículo 1.º. Los indígenas quedan desde ahora reducidos al pupilaje en que se hallaban antes de que se les otorgase el libre uso de los derechos concedidos a los ciudadanos [.]./Artículo 22. 2.º Los parrocos [...] cumplirán con el deber que tienen de instruir y predicar a los indígenas sobre los elementos de la religion [.] /Artículo 22 4.º No permitirán la vagancia y ociosidad entre los indigenas deberán dedicarlos a ocupaciones utiles, especialmente a las de agricultura [.]
>
> *Cfr.* Moisés González Navarro, *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén*, Mexico, 1970. El Colegio de Mexico, 302-306.

Orientaciones

Son evidentes el menosprecio y el racismo. Se tiene a los aborígenes como a niños que no creceran. Son muy vulnerables, no tienen personalidad.

Las insurgencias populares sólo vistas como cuestion de orden público.

El gobierno «exige» «sumisión y obediencia».

Regreso a procedimientos y métodos del execrado colonialismo.

A pesar de los trescientos años transcurridos, los aborígenes siguen aferrados a su cultura y negandose a aceptar la laboriosidad occidental.

12.6. Burguesía y colonialismo

A raíz de la primera guerra de la independencia cubana el empresariado catalán se puso evidentemente al lado del gobierno de Madrid, defendiendo su política. Pongo por caso, en el periódico *El Fomento de la Producción Nacional* (316, 27/10/1869) los de esta patronal decían:

> «Siempre que se trate de la dignidad, de la independencia y de la integridad de la patria, siempre que se trate de mantener muy alto el honor de nuestra bandera, siempre que se trate de prestar nuestro apoyo a hermanos nuestros, donde quiera que se hallen; nos creemos en el derecho, que al mismo tiempo es un deber, de unir nuestra voz a la de los españoles de corazón, para exclamar con ellos muy alto que cuando de honra y de deber se trate, no hay peligro, ni sacrificio que no deban arrostrarse para que España pueda seguir ostentando honradamente su proverbial altivez./La insurrección de Cuba es para España cuestión de deber y de honra [...]; intereses españoles son los intereses de las Antillas; recuerdos son de gloria para nosotros aquellas preciosas islas, que la bandera de Castilla abrió a la civilización Europea.»

Cfr. Miquel Izard, *Manufactureros, industriales y revolucionarios*, Barcelona, 1979, Crítica, 167.

Orientaciones

Determinados grupos sociales, en circunstancias que ellos llamarían *históricas* siempre recurren a las grandes palabras, bien huecas por cierto, a las rimbombantes promesas, a los llamados patrióticos.

Se habla de sacrificios, pero el ejército estaba formado por explotados.

Por supuesto, Castilla llevó a América, la civilización.

Bibliografía

Amin, S. (1974): *La acumulación a escala mundial*. Siglo XXI, Madrid.

Andrade, R. (1984): *Historia de Ecuador*. Editora Nacional, Quito.

Arguedas, A. (1967): *Historia General de Bolivia*. Pta. del Sol, La Paz.

Benítez, J. A. (1977): *Las Antillas: colonización, azúcar e imperialismo*. Casa de las Américas, La Habana.

Blakemore, H. (1977): *Gobierno chileno y salitre inglés, 1886-1896*. Andrés Bello, Santiago de Chile.

Bonfil Batalla, G. (compilador) (1981): *Utopía y revolución. El pensamiento político contemporaneo de los indios en América Latina*. Nueva Imagen, México.

Bonilla, H. (1974): *Guano y burguesía en el Perú*. IEP, Lima.

Cardoso, C. (compilador) (1980): *México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social*. Nueva Imagen, México.

Cardoso, C., y Pérez Brignoli, H. (1979): *Historia económica de América Latina*, Crítica, Barcelona, 2 vols.

Cardozo, E. (1965): *Breve historia del Paraguay*. Eudeba, Buenos Aires.

Carmagnani, M. (1976): *Formación y crisis de un sistema feudal. América Latina del siglo XVI a nuestros días*. Siglo XXI, México.

Céspedes del Castillo, G. (1983): *América Hispánica*. Labor, Barcelona.

Contreras, J. (compilador) (1988): *La cara india, la cruz del 92. Identidad étnica y movimientos indios*. Edit. Revolución, Madrid.

Cosío Villegas, D. (coordinador) (1977): *Historia general de México*. El Colegio de México, México, 4 vols.

Chaunu, P. (1964): *L'Amérique et les amériques*. A. Colin, París.

Chevalier, F. (1979): *América Latina, de la independencia a nuestros días* Labor (Nueva Clío, 44). Barcelona.

Di Tella, T. S. (1978): «Las clases peligrosas a comienzos del siglo XIX en México», en T. Halperin Donghi (compliador): *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*. Sudamérica, Buenos Aires.

Fohlen, C. (1967): *La América anglosajona de 1815 hasta nuestros dias*. Labor (Nueva Clío, 43), Barcelona.

Flores Galindo, A. (1984): *Aristocracia y plebe. Lima, 1760-1830* Mosca Azul Editores, Lima.

Galeano, E. (1983-1986): *Memorias del fuego*. Siglo XXI, Madrid, 3 vols.
Gastiazoro, E. (1980): *Historia argentina. Introducción al análisis económico-social (1536-1880)*. Agora, Buenos Aires.
González Navarro, M. (1970): *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén*. El Colegio de México, México.
Guerra, R. (1975): *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y los países hispanoamericanos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
Halperin Donghi, T. (1969): *Historia contemporánea de América Latina*. Alianza, Madrid.
—— (1985): *Reforma y disolución de los imperios ibéricos. 1750-1850*. Alianza (AA 3), Madrid.
Izard, M. (1979): *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830)*. Tecnos, Madrid.
—— (1988): *Orejanos, cimarrones y arrochelados. Los llaneros del Apure*. Sendai, Barcelona.
—— (1987): *Tierra firme. Historia de Venezuela y Colombia*. Alianza (AA 10), Madrid.
Juliano, M.ª D. (1986): *Cultura popular*. Anthropos (Cuadernos 6), Barcelona.
—— (1988): «Expansión de fronteras sobre comunidades indígenas», en Contreras: *La cara india*, 57-80.
Kalmanovitz, S. (1986): *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*. Siglo XXI, Bogotá.
—— (1977): *Ensayos sobre el desarrollo del capitalismo dependiente*. Pluma, Bogotá.
Klein, H. S. (1982): *Historia general de Bolivia*. Juventud, La Paz.
Laclau, E. (1973): «Feudalismo y capitalismo en America Latina», en VV AA. *Tres ensayos sobre América Latina*. Anagrama (Cuadernos 63), Barcelona.
Le Riverend, J. (1981): *Breve historia de Cuba*. Ed. Ciencias Sociales, La Habana.
Lynch, J. (1976): *Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826*. Ariel, Barcelona.
Maestre Alfonso, J. (1988): «Luchas y reivindicaciones de los indígenas latinoamericanos», en Contreras: *La cara india*, 33-55.
Madina Castro, M. (1968): *Estados Unidos y America Latina. siglo XIX*. Casa de las Américas, La Habana.
Molina, G. (1978): *Las ideas liberales en Colombia*. Tercer Mundo, Bogota, 3 vols.
Moreno Fraginals, M. (1978): *El ingenio. Complejo economico social cubano del azúcar*. Ciencias Sociales, La Habana, 3 vols.
Oddone, J. A. (1966): *La formacion del Uruguay moderno*. Eudeba, Buenos Aires.
Pérez Brignoli, H. (1985): *Breve historia de centroamérica*. Alianza (AA 7), Madrid.
Pérez de la Riva, J. (1976): *Para la historia de las gentes sin historia*. Ariel, Barcelona.

Rock, D. (1988): *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín.* Alianza (AA 21), Madrid.
Sánchez-Albornoz, N. (1977): *La población de América Latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2000.* Alianza, Madrid.
Simpson, L. B. (1977): *Muchos méxicos.* FCE, México.
Sweezy, P. M., *et al.* (1975): *Economía política del imperialismo.* Ediciones Periferia, Buenos Aires.
Talavera Deniz, P. (1984): *Economía mundial y subdesarrollo.* Hacer, Barcelona.
VV.AA. (1981-1982): *Historia del Ecuador.* Editora Nacional, Quito.
Villalobos, S. (1983-1989): *Historia del pueblo chileno.* Zig-Zag, Santiago de Chile, 5 vols.
Yepes del Castillo, E. (1972): *Perú 1820-1920: un siglo de desarrollo capitalista.* IEP. Lima.
Zum Felde, A. (1972): *Proceso histórico del Uruguay.* Marca, Montevideo.

fnac Callao
19/01/96
210103010432
9 788477 380870
IZARD, M.
LATINOAMERICA SIGLO XIX
3000012
Precio Editor 1.560pts
LO INTELIGENTE ES PAGAR MENOS
PRECIO fnac
1.482
KN-334-101